Erillas. Pérez

# VILLA-TULA

(SEGUNDA PARTE DE MILITARES Y PAISANOS)

## COMEDIA EN CUATRO ACTOS

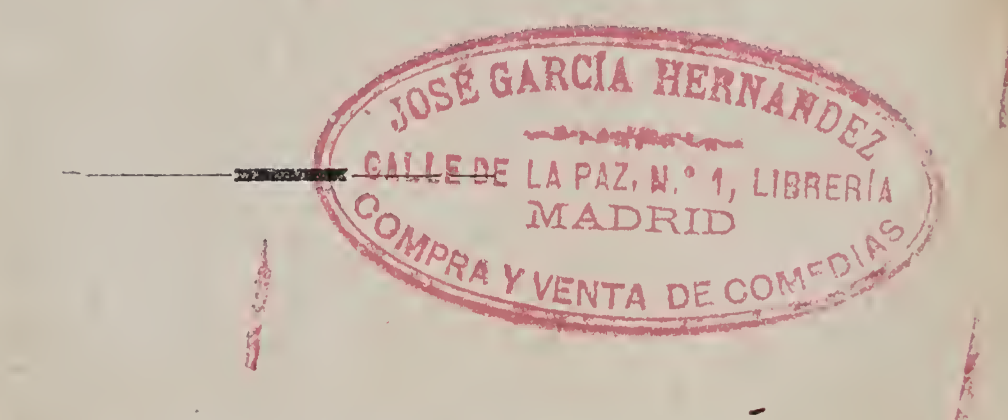
ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE LA OBRA ALEMANA

REIF VON REIFLINGEN

POR

## VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 24 de Diciembre de 1893




MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

J Ramon — — Sr Alvarez
Mendoza — — " ~~Rigletts~~ Rábago
Ernesto — — " Agustín
Arturo — — Agustín
Cebolleta — — Aniceto
Lorignac — — Escobar
Serafín — — Pérez
Bernardo — — Alvarez
Jiménez — — Chacón
Andrés — —

A D. Emilio Mario (hijo)

*Recuerdo cariñoso de su amigo*

Vital Aza

# REPARTO

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| TULA | SRA. | TOVAR. |
| LUISA | | RUIZ. |
| INÉS | | ALVERÁ. |
| ENRIQUETA | SRTA. | NESTOSA. |
| DOÑA CATALINA | SRA. | FERNÁNDEZ. |
| PETRA | | SUÁREZ. |
| DON RAMÓN | SR. | MARIO. |
| RAMIRO MENDOZA | | THUILLER. |
| ERNESTO MEDINA | | CIRERA. |
| ARTURO | | GARCÍA ORTEGA. |
| CONSTANTINO CEBOLLETA | | LACALLE. |
| MR. LEVIGNAC (1) | | CEPILLO. |
| SERAFÍN | | BALAGUER. |
| JIMÉNEZ | | MARTÍNEZ. |
| BERNARDO, guarda | | URQUIJO. |
| ANDRÉS, criado | | MONTENEGRO. |

**La acción en un pueblo de la provincia de Palencia**

(1) Este personaje hablará con marcadísimo acento francés.




# ACTO PRIMERO

Sala baja elegante de una casa de campo. En el foro, derecha (del actor) puerta que comunica á las habitaciones interiores. En el foro, izquierda, una puerta grande que da á una terraza sobre el jardín. Dos puertas laterales en la izquierda. Segundo término de la derecha otra puerta. En primer término de este lado escalera del piso principal, de la que se ha de ver el arranque en la escena. En el foro una mesita con recado de escribir. En los primeros términos otras dos mesitas. Perchero en el foro. Sillas de regilla.

## ESCENA PRIMERA

1 D

PETRA, ANDRÉS y dos mozos, que bajan la escalera con un sofá. Luego JIMÉNEZ con una butaca

PETRA ¡Cuidado!... ¡Ahora! Bajen ustedes sin temor... Pero de prisa, ¿eh? que los convidados deben de llegar en seguida y están las habitaciones sin arreglar... Por aquí... Vengan ustedes por este lado. (Segunda izquierda.) Colóquenlo ustedes allí, á la derecha... (Entran Andrés y los mozos con el sofá en segunda izquierda y salen luego.) ¡Eso es!

JIM. (Que baja con una butaca.) Diga usted, prenda: ¿á dónde me dirijo yo con esta butaca?

PETRA ¡Pero, hombre, si esa es para el gabinetito de arriba, el que da sobre el jardín!

JIM. ¿Conque esta butaca es para arriba?

PETRA Sí, señor.

JIM. ¿Pues sabe usted lo que estoy pensando?

PETRA ¿Qué?

JIM. Que podía haberme ahorrado el trabajo de bajarla.

PETRA ¡Naturalmente!

JIM. ¡No! ¡Si es lo que yo digo! (Dejando la butaca.) Dende que nos hemos venido á esta casa de campo, estoy *guillao* completamente. Y la culpa la tiene usted.

PETRA Bueno, bueno.

JIM. ¡Por éstas! (Besando las cruces.) Cuando vine con el capitán, es decir, con el señorito, porque ahora ya *toos semos* paisanos; y mire usted que es lástima que los dos hayamos *dejao* el servicio, porque mi amo á estas horas *pué* que fuese *comendante*, y yo...

PETRA ¡Coronel!

JIM. No, hija; pero me parece que en estos cuatro años, bien podía yo haber *deprendío* á leer y escribir, y estaría ya propuesto *pa* cabo segundo por lo menos.

PETRA ¡Qué lastima!

JIM. Pues como le iba á usted disiendo... Cuando hase tres meses vinimos el señorito y yo á comprar esta finca, y asomó usted por la escalinata del jardín, me quedé *ansina* con la boca abierta... «¿Quién es esa *jembra*?»—pregunté á un moso que estaba en la carretera. «La hija del guarda»—me contestó. «¡Qué hija del guarda—dije yo para mí!—¡Ese es el Angel de la Guarda en persona.»

PETRA ¡Vaya, vaya, Jiménez! Déjese usted de parola, que hoy tenemos todos mucho que hacer.

JIM. ¡No! ¡Si ya sé que usted me mira por ensima del hombro, porque pica usted más alto!...

PETRA ¿Yo?

JIM. Sí, señor. El domingo, cuando bajé al pueblo, me lo contaron *too*.

PETRA ¿Y qué le contaron á usted?

JIM. La *verdá*... Que está usted en amores con Serafín, el mansebo de la botica del señor Sebolleta.

PETRA Bueno, ¿y qué?

JIM. *Pus ná*; que si se casa usted con ese hombre, va usted á faltar á la desencia y á las buenas costumbres, y á *too*.

PETRA ¿Qué está usted diciendo? ¡Pues no sé qué tendría de extraño!

JIM. ¡Pues no ha de tener, criatura! ¡Casarse con un mansebo de botica!... ¡Eso no es casarse! ¡Eso es *amansebarse!*

PETRA ¡Qué barbaridad! (Salen Andrés y los mozos.)

AND. ¿Qué hacemos ahora?

PETRA Bajen ustedes el lavabo del tío de la señorita, y le colocan ustedes aquí (Segunda, derecha.) al lado de aquella ventana.

AND. A escape. (Vanse Andrés y los mozos por la escalera.)

PETRA ¡Por Dios, Jiménez! Que se va haciendo tarde... Dese usted prisa. (Se dirige al foro.)

JIM. *¡Ná!* ¡Que cada vez estoy más *aburrío* de ser paisano! Cuando yo era de la clase de tropa, no había mujer que se me resistiera. ¡Pero es claro! la gente del campo no sabe distinguir. ¡Mire usted que llamar á esta casa *Villa-Tula*!... ¡Esto ni es villa, ni pueblo, ni *ná!* Este es un desierto con gente sin sivilisar.

PETRA Ahí viene la señora. (Desde la puerta del jardín.)

JIM. Pues *¡arsa pa* arriba! (Coge la butaca y sube por la escalera.)

## ESCENA II

PETRA, TULA y luego ANDRÉS y los mozos

TULA (Con unos ramos de flores.) ¿Qué tal Petrilla? ¿Cómo va eso?

PETRA Muy bien, señorita! Todo estará según las órdenes de usted.

TULA Me alegro mucho. Deseo que mis huéspedes estén lo más cómodamente posible. (Se sienta al lado de la mesita de la izquierda.)

PETRA Sí lo estarán. Y luego, que como todos son de confianza...

TULA Eso sí. De cumplido sólo hay uno... á quien he destinado el gabinetito de arriba... Es un caballero francés, muy amigo de mi esposo, y con el que sólo he hablado dos veces á nuestro paso por Madrid... ¡Ajajá! Ya están arreglados los *bouquets*.

PETRA Y que son preciosos.

TULA Toma. Colócalos en ese cuarto... en los jarrones de la chimenea. (Segunda, derecha.)

PETRA ¡Ah! Creí que los destinaba usted á la hermana del señorito.

TULA No; son para Inés, mi antigua institutriz, que vendrá con su marido. Ya verás qué personas tan simpáticas. A Inés le encantan las flores; por eso me he acordado de hacerla estos dos *bouquets*.

PETRA Voy en seguida. (Vase con las flores segunda, derecha, y vuelve en seguida.)

TULA A ver, á ver. (Segunda, izquierda.) ¡Perfectamente! Aquí estará muy bien la tía Catalina, y aquí (Primera, izquierda.) á su lado Enriqueta, mi cuñadita... Ha quedado monísimo este cuarto. (Volviéndose al oir que bajan Andrés con un cubo y un jarro y los mozos con el lavabo.) ¿Eh? ¿Qué traen ustedes? ¡Ah, sí! ¡Petra!...

PETRA (Que sale.) Vengan ustedes... ¡Cuidado, no se rompa el espejo!... Allí... donde les he dicho, junto á la ventana. (Entran Andrés y los mozos, segunda derecha, y salen luego, yéndose por el jardín.)

TULA Oye. ¿Qué es de mi tío? No le he visto hace lo menos dos horas.

PETRA ¡Calle usted, por Dios! Hoy está de muy mal humor.

TULA ¿Sí? ¿Por qué?

PETRA Porque le hemos quitado el sofá en que solía dormir la siesta.

TULA ¡Pobre tío! Tiene razón en quejarse; pero, ¿qué le vamos á hacer? No tenemos muebles bastantes, y hay que quitar de un lado para poner en otro.

PETRA ¡No! ¡Si en cuanto le dije que no había más remedio, y que usted lo había dispuesto

así, se quedó tan conforme! Conmigo está siempre muy amable. ¡Es más bueno el pobre señor!...

TULA ¡Ya lo creo! ¡Buenísimo! ¡Calla, un coche que se para! ¿Si serán ellos?

PETRA (Que ha corrido al foro.) Es el señorito solo.

TULA ¿Solo? ¿Qué habrá pasado? Tendrá que ver que, después de tanto como hemos trabajado estos días, no vinieran los invitados. (Aparece Mendoza por el jardín.)

F 1

## ESCENA III

DICHOS y MENDOZA

TULA ¿Qué, no ha venido nadie?

MEND. Hija mía, que me he cansado de esperar en la estación. El correo de Madrid, en que deben venir los amigos Medina y Levignac, trae cuarenta minutos de retraso. Y como el tren ascendente tiene que esperar el cruce en Peralejo, la tía y Enriqueta tardarán todavía hora y media por lo menos.

TULA ¡Qué fastidio!

MEND. He dado orden al cochero de que vuelva á la estación por si acaso.

TULA ¡Ea! Pues vamos á aprovechar estos momentos, que aún faltan algunos detalles... ¡Petrilla!

PETRA ¡Señorita!

TULA Dile al cocinero que se retrasará un poquito la cena; pero que tenga cuidado, por Dios.

PETRA Voy en seguida. (Vase puerta foro, derecha, y vuelve luego.)

TULA Estoy contentísima de esta muchacha. ¡No tienes idea de lo que me ayuda en todos los quehaceres de la casa!

MEND. Yo también estoy muy satisfecho de su padre. Es un guarda muy respetuoso, muy servicial y muy honrado. (Se sientan al lado de la mesita de la derecha.)

TULA Es muy buena esta gente.

MEND. ¡Vamos! La verdad... ¿Te vas haciendo ya á la vida de campo?

TULA ¡Ya lo creo! La vida de población me aburría soberanamente. Aquí estoy en mis glorias. ¡Como que esto es lo que yo deseaba!

MEND. Me alegro. Ya sabes que sólo por complacerte, y para consagrarme sólo á tí, he abandonado mi carrera. Así que, conociendo tus aficiones, en cuanto Luisa y Cebolleta nos escribieron anunciándonos la venta de esta finca, me faltó tiempo para venir á verla, y te aseguro que cada vez estoy más satisfecho de la compra. (Se levantan.)

TULA ¡Mira, mira, cómo han quedado las habitaciones! Esta, que es la más espaciosa, para Inés y su marido. (Segunda, derecha.)

MEND. Perfectamente.

TULA Aquí Enriquetilla. (Primera, izquierda.)

MEND. Muy bien.

TULA Y aquí, á su lado, la tía Catalina. Creo que estarán con bastante comodidad.

MEND. ¡Ya lo creo!

TULA Al señor Levignac le he arreglado lo mejor posible el gabinete de arriba. Siento que no tenga todo el *confort* que yo hubiera deseado, pero...

MEND. No temas. ¡Si Levignac es un hombre muy corriente! Por mal que esté aquí, no estará peor que en el gabinetito que ocupamos durante dos años en la casa de pupilos de la calle de Jacometrezo cuando yo era alférez y él agente de negocios... sin negocios. Te ha de ser muy simpático, ya verás... Es un hombre muy fino y muy bien educado. No tiene más que una debilidad; mejor dicho, dos debilidades: el creerse un muchacho, cuando pasa ya de los cincuenta, y el tenerse por un adonis.

TULA Pues, hijo mío, yo hubiera deseado que nuestros huéspedes ocuparan pabellones lulujosos, pero el hotelito no da más de sí, y luego que tampoco estamos tan sobrados de muebles. ¡Tú no sabes lo que Petra y yo hemos inventado por que no falte lo más

preciso! ¡Llevamos unos dias, que ya, ya!

MEND. ¡Pobre mujercita! Siento haberte proporcionado todas estas molestias; pero ya sabes que yo tenía el compromiso...

TULA No, tonto, no; si esto me ha servido de distracción... Por lo demás, ya sabes que yo no tengo más capricho que satisfacer todos tus deseos.

MEND. Ni yo más deseos que satisfacer todos tus caprichos.

RAM. (Dentro y en lo alto de la escalera.) ¿Pero dónde está mi boina? ¿Quién demonios ha cogido mi boina?

TULA El tío... Hoy creo que está de un humor insufrible. (A Mendoza)

PETRA (Que ha vuelto un momento antes, y se dirige á la escalera.) ¿Qué es eso, señor? ¿Qué le falta á usted?

## ESCENA IV

DICHOS y DON RAMÓN, que baja del piso principal

RAM. (Presentándose.) ¡La boina! Hace una hora que la busco y no la encuentro por ningún lado... ¡Es claro! ¡Este trasiego de muebles es insoportable!

PETRA Espere usted un momento. Yo se la buscaré. (Vase puerta segunda derecha.)

MEND. ¿Qué es eso tío? ¿Se ha levantado usted de mal humor de dormir su siesta? (1)

RAM. ¿La siesta, eh? ¡Cualquiera puede dormir la siesta en esta casa! Ya sabes que á mí no me gusta dormirla en la cama.

MEND. Bueno, pues para eso tiene usted el sofá.

RAM. ¡Lo tenía!

TULA He mandado bajarlo á ese cuarto. (Segunda, izquierda.)

MEND. Bien, pero las butacas...

RAM. ¡Las tenía!

TULA Están en el gabinete de Levignac.

(1) Derecha del actor: Ramon, Tula y Mendoza.

RAM. ¡Si me han dejado sin muebles! ¡Con decirte que hasta me han llevado el lavabo!...

MEND. ¡Pobre tío! ¡Pues tiene razón!

TULA Sí que la tiene; pero él es muy bueno y me perdonará. Es cuestión de ocho días.

RAM. Lo que es esta noche, como no me siente en el suelo ó me ponga en cuclillas, no sé cómo me voy á arreglar para quitarme las botas.

TULA Vamos, tiito, no te incomodes conmigo.

RAM. Francamente, hija, venir á pasar aquí tres ó cuatro meses muy á mi gusto, y por vestir á unos huéspedes desnudar á otro...

TULA ¿Qué?... ¿Serías capaz de abandonarnos y de volverte al pueblo con la tía?

RAM. ¡No! ¡Eso no! La tía está muy bien sola. Y yo también estoy perfectamente sin la tía... No me hables de volver á su lado, porque eso sí que me pone de muy mal humor. Yo estoy muy contento aquí, porque os quiero mucho (1) y porque vosotros también me queréis.

MEND. Ya puede usted decirlo.

TULA ¿Lo ves? Ya se le ha pasado el enfado. Si al tío le conozco yo como nadie.

RAM. ¡Sí que me conoces! Mejor que mi mujer y eso que llevamos treinta y nueve años de matrimonio; pero, es claro, como ella no quiere dar nunca su brazo á torcer...

TULA ¡Y tiene razón! Le harían mucho daño. (Riéndose.)

RAM. Con esta chiquilla no se puede. Tiene un carácter angelical. ¡Lo que ha cambiado esta criatura!

TULA Muchas gracias, tío.

RAM. Sí, hija, sí. De soltera tenías tus caprichitos; tus genialidades; pero desde que os casásteis, yo no he visto un cambio más completo...

TULA El amor, tío, el amor.

RAM. ¡Qué el amor! La índole de la persona. Más enamorada de mí que Teresa, cuando nos

(1) Tula, Ramón y Mendoza.

casamos, no lo está ninguna mujer, y sin embargo, ya lo habéis visto, siempre estamos como el perro y el gato, y ¡conste que yo soy el perro!

PETRA ¡Aquí tiene usted la boina! (Limpiándola.)

RAM. Gracias á Dios.

PETRA ¿Dónde dirá usted que estaba metida?

RAM. ¡Qué se yo! (Tula y Mendoza van á la puerta del jardín.)

PETRA ¡En el cubo del lavabo!

RAM. ¡Buena se habrá puesto!

PETRA Por fortuna estaba seco. Pero son lo más torpes esos muchachos...

RAM. (¡Monísima!) (Haciéndola una caricia.)

PETRA ¡Vamos! ¡No sea usted malo! (Vase foro derecha.)

RAM. (¡Qué ojillos tiene esta chiquilla!) (Transición.) Conque, vamos á ver. ¿Hoy seremos cuatro más á la mesa?

TULA ¿Cómo cuatro? ¡Cinco!

RAM. ¿Cinco? A ver... El médico, uno; Inés, dos; ese señor francés, tres y Enriqueta cuatro.

TULA ¡Claro! Como que no cuentas conque viene tambien la tía.

RAM. ¡Cómo la tía! (Asustado.) ¡Ah! ¡Ya! La tía de éste, doña Catalina. ¡Qué susto me habíais dado! Me alegro mucho de que venga tanta gente. Nos divertiremos estos días. ¿No piensas invitar á ningun otro amigo?

TULA ¡No, por Dios, tío! Aquí ya no cabe otra persona más.

MEND. Tienes razón; pero no cantemos victoria. Acabo de leer en un periódico que uno de estos días pasará por aquí con dirección á Palencia, el relevo de aquella guarnición.

TULA ¿Y qué?

MEND. Que si las tropas pernoctan en el pueblo, tendremos alojados.

TULA ¡Ay, hijo, por la Vírgen! ¡Que no pernocten!

MEND. ¡Yo creo que no! Lo posible es que vayan de paso.

TULA Sí, que vayan benditos de Dios. Ya tenemos bastante con los cinco huéspedes.

MEND. ¡Cállate! Ahora me fijo en otra cosa.

TULA ¡Qué! (Alarmada.)

MEND. Que cuando escribí á Medina y á Levignac invitándoles á venir, me dirigí también á Arturo.

TULA Bien, pero Arturito no te ha contestado.

MEND. Eso es verdad; pero bien podría ser que se hubiera extravíado su carta, ó que tal vez se proponga sorprendernos.

TULA Pues te aseguro que sería una sorpresa muy poco agradable, porque no sé dónde le íbamos á meter.

RAM. ¿Qué Arturito es ese? ¿El cadete?

MEND. Hoy ya es alférez y está de guarnición en Burgos. Lo que es como haya recibido mi carta y le den licencia, aquí le tenemos á la hora menos pensada.

TULA Pues sentiría que viniera en esta ocasión.

RAM. ¡Vaya! Pues si llega Arturito ya me estoy viendo sin cama. Siempre me echaréis á dormir con el cocinero.

MEND. ¡No, tío, no tanto! Ya sabe usted que la cama se respeta hasta en los embargos judiciales.

RAM. ¡Ea! Con vuestro permiso voy á dar mi paseito de todas las tardes por la orilla del río.

TULA Cuidado con la humedad. No olvides que estamos en Septiembre y que los crepúsculos son fresquitos.

RAM. No tengas cuidado. Hasta después.

MEND. Hasta luego, tío.

RAM. (Desde la puerta del jardín.) Sí, aquí le tiene usted...

MEND. ¿Quién es?

RAM. El guarda, que pregunta por tí (Vase Don Ramón.)

MEND. Que pase.

## ESCENA V

TULA, MENDOZA y BERNARDO (de uniforme, con bandolera y escopeta.) Luego JIMENEZ

BERN. Buenas tardes. ¿Dan ustedes su permiso?

MEND. Adelante, Bernardo.

BERN. Vengo á dar una buena noticia al señorito.

MEND. ¿Qué hay? (Tula revisa las habitaciones.)

BERN. Que acabo de recorrer toda la parte alta del sotillo y he visto que abundan las perdices.

MEND. Me alegro. Y liebres, ¿habrá alguna?

BERN. Tampoco faltan. Y hasta zorros. Hay uno, sobre todo, que ha dado en la gracia de venir todas las noches hasta ahí abajo, hasta mi casilla, y ya me ha *soplao* cuatro gallinas de las mejores. ¡Le tengo unas ganas!

MEND. ¿De manera que cree usted que mañana mis amigos y yo no perderemos el tiempo?

BERN. ¿Qué han de perder? Lo que es con buenas piernas y buena puntería se pueden cobrar unas cuantas piezas.

MEND. Pues eso es lo que deseamos.

BERN. ¿Manda algo más el señorito?

MEND. Que no me descuide usted los perros.

BERN. ¡Quiá! ¡No señor! Ahora vengo de verlos. Están perfectamente.

MEND. Espere usted. Puede que haya que revisar las escopetas.

BERN. Con mucho gusto. Para eso y para hacer cartuchos, si se necesitan, me pinto yo solo.

MEND. Sí, ya sé que es usted una especialidad.

BERN. Como que en toda la comarca no hay quien sepa una palabra de armas de fuego.

MEND. Pues voy á ver... ¡Jiménez!... ¡Jiménez! ¿Dónde estará ese ganso? ¡Jiménez!

JIM. (Que baja.) Aquí estoy (Cuadrándose.) ¡A la orden, mi capitán!

MEND. ¡Qué capitán ni qué calabazas! ¡Cuándo te convecerás de que somos paisanos!

JIM. Señorito. Hay cosas á las que no se acostumbra uno nunca.

MEND. Vamos á ver. ¿Has limpiado las escopetas?

JIM. Sí señor. Ya las he colocado en el armero del despacho.

MEND. Ven por ellas. Aguarde usted, Bernardo. (Vanse Mendoza y Jiménez, puerta foro derecha.)

BERN. Como disponga el señor.

TULA Ya sabrá usted que estoy muy satisfecha de su hija.

BERN. Muchas gracias, señora.

TULA — Es muy servicial y muy dispuesta para todo.

BERN. — La pobrecilla hace lo que puede. Su madre, que esté en gloria, la educó bastante bien, gracias á Dios. Y luego como la chica es de buen mandar y voluntariosa para el trabajo...

TULA — Sí que lo es.

BERN. — Ya ha visto la señora nuestra habitación. Aquello es una tacita de plata. ¡Si hasta me ha *bordao* unos juegos de cama! ¡Y aquellas cortinas tan elegantes son obra suya! Y en punto á cocina, no hablemos. Por la mañana cuando me levanto para ir á recorrer la finca, me tiene siempre dispuestas unas sopas con huevos, que se chupa uno los dedos de gusto... y usted perdone la expresión.

TULA — Es muy buena muchacha Petrilla.

BERN. — Muy buena, sí señora. Ahora me tiene algo disgustao, porque he sabido que anda en amoríos con un chiquilicuatro del pueblo, y yo, la verdad, quisiera que la chica se casara á mi gusto.

TULA — Es muy natural.

MEND. — (Dentro.) ¡Bernardo!

TULA — El señorito le llama á usted.

BERN. — Pues voy, con su permiso.

TULA — Vaya usted, vaya usted. (Vase Bernardo puerta foro derecha.)

## ESCENA VI

TULA, DON RAMON, LUISA y CONSTANTINO

TULA — ¡Qué atrocidad! (Mirando su reloj.) Las seis de la tarde y todavía no han llegado los trenes. Se vá á echar la noche encima.

RAM. — (Dentro. En el jardín.) Pasen ustedes, pasen ustedes.

TULA — ¿Eh? ¿Quién?

RAM. — Tulita, aquí tienes á los boticarios.

TULA — ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Mi querida Luisa! (Se besan.)

LUISA Chica, creí que ya estarían aquí tus convidados, pero ya nos ha dicho el tío...

TULA Señor Cebolleta...

CONST. Para servir á usted.

TULA ¡Caramba! Vienen ustedes de tiros largos.

CONST. De tiros cortos dirá usted, pòrque esta levita se me ha quedado muy corta; pero ha sido empeño de esa.

LUISA Naturalmente: no íbamos á venir de visita como estábamos en casa: sobre todo tú que siempre andas hecho un facha y con un olor á medicamentos, que no se te puede resistir.

RAM. ¡Ah! Pues ahora huele perfectamente.

CONST. ¡Ya lo creo! Como que me he rociado con esencia de bergamota.

TULA Pero siéntense ustedes.

RAM. Siéntese usted, Cebolleta.

CONST. Sentiremos venir á molestar.

LUISA No digas bobadas, Constantino. Tula tiene bastante confianza conmigo para...

TULA ¡No faltaba mas! Los buenos amigos no molestan nunca. (Se sientan los cuatro. Tula y Luisa á la derecha y Don Ramón y Constantino á la izquierda.)

RAM. ¿Un cigarrito? (1).

CONST. Venga.

LUISA No se lo dé usted, Don Ramón. Acaba de fumar hace un momento. Ya sabes que el tabaco te hace daño...

CONST. Muchas gracias. (A Don Ramón.) Dice mi mujer que el tabaco me hace daño.

LUISA Eres una ingrata. Desde el domingo no has vuelto á bajar al pueblo.

TULA Me ha sido imposible. Perdóname. Tú no sabes lo que yo he tenido que hacer todos estos días.

LUISA ¡Ya, ya! Estoy enterada de todo por Serafín.

TULA ¿Por quién?

LUISA Por el mancebo de la botica. Como él y la chica del guarda se entienden...

(1) Tula, Luisa, Constantino y Ramón.

TULA Sí, sí, algo me han contado.

LUISA Por él he sabido qne era hoy cuando llegaban Inés, su marido y todos esos señores.

TULA ¿No habrán venido ustedes á pié?

LUISA Quiá, hija. ¿Quién se anda dos kilómetros de esta manera?

CONST. ¡Y con estas botas que me hacen un daño horrible!

LUISA Hemos venido en un carruajito.

CONST. En la *carreta* del juez municipal.

TULA ¿Cómo?

LUISA En la *charrette,* Constantino. No digas simplezas.

CONST. Bueno, mujer: *charrette* en francés, es *carreta* en castellano.

RAM. Tiene razón.

LUISA Bien, pero hay cosas que no deben traducirse.

TULA ¿Qué sabes de tus papás?

LUISA Están buenos, gracias. Ayer tuvimos carta.

TULA ¿No piensan venir por aquí?

LUISA No pueden. Mamá sigue siempre con sus achaques, y como papá está ahora que no sabe si vuelve ó no vuelve á ser alcalde...

RAM. ¡Qué afán, hombre, que afán tiene tu padre de proporcionarse disgustos!

CONST. Dice usted bien. La dichosa alcaldía ha sido causa de tener que dejar aquella farmacia. Ya lo vió usted. En cuanto destituyeron á mi suegro, todos se fueron á comprar á la botica de enfrente, á la del sobrino del nuevo alcalde. ¡Con decirles á ustedes que hubo semana en que no vendí más que media onza de sal de higuera y dos pastillas contra lombrices!...

TULA ¡Bonito negocio!

CONST. Si seguimos allí nos arruinamos, créame usted.

LUISA Por fortuna, aquí nos vá perfectamente.

CONST. Se vive nada más. El pueblo es bastante grande, pero como no hay más que un médico... A mí deme usted muchos médicos.

RAM. ¡Pues á mí no me dé usted ninguno!

LUISA ¿Y tu marido? ¿Estará en la Estación?

TULA ¡Nó! Como los trenes vienen con retraso, se ha cansado de esperar, y está en su despacho. Ahí sale.

## ESCENA VII

DICHOS, MENDOZA y BERNARDO

MEND. Bueno, puede usted llevárselas, Y mañana temprano venga usted á recibir órdenes.

BERN. Está muy bien.

MEND. ¡Oh! ¡Tanto bueno por aquí! (Viendo á los boticarios.—Vase Bernardo por la puerta del jardín con las escopetas.)

MEND. ¿Qué tal, Luisita?

LUISA Bien, gracias.

MEND. ¡Mi querido Cebolleta!

CONST. Yo, como siempre.

MEND. No, como siempre, no. Hoy está usted muy elegante.

LUISA ¿Lo ves? Todo el mundo se fija en tí.

CONST. ¡Naturalmente! Como que así va uno llamando la atención. Ya has oído á los chiquillos del pueblo. «*¡Miále! ¡Miále,* que majo que va el Boticario!» Y se reían los muy condenados.

RAM. ¡Cosas de chicos!

LUISA ¡Claro! ¡Como que no tienen costumbre de ver estos trajes! Están sin civilizar. ¡Con decirte que la primera vez que me puse sombrero salía la gente á las puertas de la calle á mirarme como una cosa rara! Pero se van acostumbrando. Hoy, gracias á mí, son ya varias las señoras que los usan.

CONST. Como que á esa la llaman la *figurina.*

MEND. ¿Y qué tal, insigne farmacéutico? ¿Como va esa salud pública? (1). (Sentándose.)

CONST. Medianamente.

RAM. ¡Qué! ¿Hay muchas enfermedades?

CONST. Al contrario. Muy pocas. Por eso me quejo. ¡A mí deme usted muchas epidemias!

(1) Tula, Luisa, Constantino, Mendoza y Ramón.

RAM. ¡Bueno! A usted que le den todas las que quiera, pero á los demás déjenos usted tranquilos.

MEND. ¿Supongo que mañana será usted de los nuestros?

CONS. ¿Cómo?

MEND. Que nos acompañará usted á cazar unas cuantas perdices.

CONS. ¿Quién, yo?

LUISA Sí, señor; cuenten ustedes con él.

CONS Pero mujer...

LUISA ¿Para qué quieres la escopeta de dos cañones que compraste el año pasado?

MEND. ¡Ah! ¿Tiene usted escopeta? ¡Pues basta!

LUISA ¡Y traje también!

CONS. ¿Qué traje?

LUISA El de dril de color de naranja, que tienes sin estrenar.

RAM. ¡De dril y de color de naranja! No hay perdiz que se resista.

LUISA Los arreos de caza que te falten se los pides al registrador. Ya sabes que él tiene de todo. ¡Irá, irá con ustedes!

CONS. Bueno, si esa se empeña...

LUISA A ese en sacándole de su farmacia y de su casino...

RAM. ¡Cómo! ¡Tienen ustedes casino en el pueblo!

LUISA ¡Ya lo creo! ¡Y teatro!

TULA ¡Anda, anda! Y decías que el pueblo estaba sin civilizar.

LUISA Y ahora tenemos también Orfeón.

MEND. ¡Hola, hola! ¿Y canta usted? (A Constantino.)

CONS. ¿Quién, yo?

LUISA ¡Quiá! Si ese cantara, sería cosa de echar á correr.

CONS. No me tira la música.

LUISA Pero en cambio, el mancebo es uno de los primeros tenores. Hija mía, y lo ha tomado con una afición, que todo el santo día se lo pasa canturreando. A mí me ataca los nervios. ¡No lo puedo soportar!

TULA Ramiro, ten la bondad de decir que traigan luces.

MEND. En seguida. (Vase foro derecha y vuelve luego.)

LUISA Con franqueza. (Aparte á Tula.) ¿Qué tal vas en tu matrimonio? (Durante este aparte don Ramón ofrece un cigarrillo á Constantino que lo fuma recatándose de su mujer.)

TULA Muy bien. Soy completamente feliz.

LUISA Me alegro mucho. Por supesto que aquí no habrá más voluntad que la tuya.

TULA Te equivocas. Aquí no hay más voluntad que la de mi marido. El manda y yo obedezco gustosísima.

TULA Pues, chica, te compadezco. Yo sigo en esto los consejos de mamá. «Procura,—me dijo, —dominar á tu marido en el primer año de matrimonio, porque si entonces no lo haces después ya no habrá quien lo meta en cintura. Así lo hice y me va perfectamente. Ahí lo tienes. Está lo mismo que una malva. Desengáñate, Tula, á los maridos hay que tenerlos metidos en un puño.

TULA Al contrario... Yo creo que se les debe llevar en palmas. (Entran un momento antes Jiménez y Petra. El con un candelabro con las velas encendidas que coloca en la mesita del foro, y ella con tres palmatorias que irá dejando en las tres habitaciones, retirándose luego por el foro derecha.)

MEND. Dile á Andrés que encienda las farolas de la verja. (A Jiménez que se va por la puerta del jardín y vuelve luego, retirándose por la escalera.)

LUISA ¡Vaya! Es muy tarde y esos viajeros no acaban de llegar.

CONS. (¡Gracias á Dios!) (Se levantan los cuatro.)

LUISA Mañana volveremos.

TULA ¡Pues no faltaba más!

LUISA Constantino, vámonos.

CONS. Sí, vámonos, porque estas botas me están haciendo ver las estrellas.

LUISA ¡Jesús que hombre! No se puede salir de casa contigo.

CONS. Lo que no se puede es salir de casa con calzado estrecho.

RAM. (Aparte á Constantino.) Oiga usted. Observo que Luisita esta así... muy nerviosa.

CONS. ¡Sí, señor; mucho!

RAM. ¿Habrá novedades, eh?

CONS. ¿De qué?

RAM. Digo si...

CONS. ¡Ah! No, señor. Está así desde que nos casamos. ¡Me tiene hasta aquí! Yo al principio también sospeché si sería... eso que usted dice; pero, ya ve usted, han pasado más de tres años y ¡nada! ¡No debe de ser eso!

RAM. ¡Indudablemente!

LUISA Conque, hasta mañana, ¿eh? (Besando á Tula.)

TULA Hasta mañana.

MEND. Amigo Cebolleta, que cuento con usted.

CONS. Vendré, pero si todos los cazadores son como yo, están de enhorabuena las perdices.

LUISA Buenas noches, don Ramón.

RAM. Voy con ustedes hasta la verja...

TULA Que te espero á pasar todo el día con nosotros. Ya sabes que aquí comemos á la española.

LUISA No faltaré. ¡Adiós! (Vanse Constantino, Luisa y don Ramón. Mendoza y Tula los despiden desde la puerta del jardín.)

## ESCENA VIII

MENDOZA, TULA y en seguida DON RAMÓN, luego ANDRÉS

MEND. ¡Qué tipo tan famoso es el tal Cebolleta!

TULA ¡Divino! ¡Y lo que es Luisita ha echado un geniecillo, que ya, ya! Pero son muy buenos amigos.

MEND. Eso sí. Con nosotros se han portado muy bien.

RAM. ¡Ea! (Entrando.) ¿Me necesitáis para algo? Porque si no voy á dar mi paseito.

TULA Sí, tío. Me haces falta. Vas á ayudarnos á Petra y á mí á desempaquetar la vajilla.

RAM. No te molestes, mujer. Petra y yo lo haremos solos.

MEND. Yo voy poco á poco hacia la Estación... Los trenes ya no deben tardar.

AND. ¡Señorito! (Por la puerta del jardín.)

MEND. ¿Qué hay?

AND. Un caballero, que acaba de llegar en una tartana, pregunta por ustedes.

MEND. ¿Quién es?

AND. No le conozco. Me ha dao esa papeleta. (Una tarjeta.)

MEND. (Lee la tarjeta.) ¡Vaya! ¿No lo decía yo? ¡Ahí le tenemos!

TULA ¿A quién?

MEND. A Arturito.

TULA ¡Dios mío de mi alma! ¿Y que hacemos ahora?

MEND. No lo sé. Ya veremos.

TULA Yo no tengo valor para decirle que aquí no hay habitación.

MEND. Déjame á mí. Yo le recibiré. Ya nos arreglaremos; un hombre se coloca en cualquier parte.

RAM. Oye. Que si necesitáis mi cama...

MEND. ¡Pues no faltaba más! Esté usté tranquilo.

TULA ¡Vamos, tío, vamos! Yo no me atrevo á recibirle.

AND. ¿Qué le digo á ese señor? (Vanse Tula y don Ramón foro derecha.)

MEND. Que pase, hombre, que pase en seguida. ¡No hay más remedio! ¡Hay que ver dónde se coloca á ese muchacho! (Desde la puerta del jardín.)

## ESCENA IX

MENDOZA, ARTURO y ANDRÉS, con una maleta

MEND. ¡Arturito!

ART. (Dentro.) ¡Mendoza!

MEND. ¡Adelante, chico!

ART. ¡Hola, ex-capitán! (Se abrazan.) ¿Te sorprenderá seguramente mi visita?

MEND. ¡Claro! ¡Como no has contestado á mi carta!

ART. ¡Calla, hombre! Si hasta ayer no conseguí mi licencia. ¿Y tu mujer?

MEND. Por allá adentro. Ocupada en sus quehaceres. Luego la verás.

ART. Sí, luego; porque la verdad es que ahora no estoy presentable.

AND. ¿Dónde coloco esto? (Por la maleta.)

ART. Ahí, en cualquier parte.

MEND. Déjalo ahí. (Vase Andrés al jardín.)

ART. ¡Vaya con Mendoza! ¡Y estás muy bueno! Chico, te envidio. Esta debe de ser la gran vida. (Se sientan junto á la mesita de la derecha.)

MEND. Pero, oye, ¿en qué tren has llegado?

ART. En ninguno. He venido en una tartana desde Zarzalillo. Si tú no sabes lo que me ha pasado...

MEND. Alguna aventura amorosa, de seguro.

ART. No... es decir, sí; pero no vayas á creer. Yo no soy el de antes. He formalizado mucho. Pues verás. Venía yo muy tranquilo en mi departamento de primera cuando mucho antes de llegar aquí, entre Moraleda y Zarzalillo, se me ocurre salir á la ventanilla. ¡Chico! En el coche inmediato iba asomada una mujer...

MEND. ¡Sí! ¡Divina! ¡Celestial! ¡De la que te enamoraste perdidamente!

ART. ¡Eso es!

MEND. ¡Y dices que has cambiado! ¡Quiá, hombre! ¡Si tú eres incorregible!

ART. ¡No, señor! Es que aquella muchacha no es de las que se ven todos los dias. Joven; casi una niña, rubia como el oro, fresca como un capullo...

MEND. ¡Y esbelta como una palma!

ART. ¡Justo! ¡Mi tipo, chico, mi tipo! Una hora vinimos, primero mirándonos y luego hablando del calor, del paisaje y... de otras cosas muy bonitas. Y así hubiéramos continuado mucho tiempo, si una señora que iba con ella, la madre sin duda, una vieja muy antipática, no la hubiera obligado á retirarse de la ventanilla. Llegamos á Zarzalillo, donde el tren no se detiene más que dos minutos. «¡Aguadora!» gritó desde su departamento mi hermosa desconocida. La aguadora estaba lejos y no la oía. Salto al andén. «¿Quiere usted agua?—la dije.—No se

moleste usted en llamar; yo se la traeré.» Y un momento después me presenté ante ella con un enorme vaso de agua con azucarillo y una docena de mantecadas, que era lo único con que podía obsequiarla. La madre no quería aceptarlas de ningún modo, pero al fin las tomó y se comió un par de ellas con gran apetito, porque ya sentía debilidad. Cuando dieron la voz de *Viajeros al tren,* se me ocurre la idea de acompañar á aquella mujer encantadora. Subo al carruaje, recojo la maleta, y en el momento de abrir la portezuela del departamento en que ella iba, me detiene bruscamente un empleado diciéndome que allí no podía entrar porque era *reservado de señoras.* Y sobre si el coche llevaba ó no llevaba la tablilla, nos enredamos de palabras y á poco si andamos á cachetes... Cuando quise volver á mi puesto ya el tren estaba en marcha. Echo á correr; se me enreda la maleta entre las piernas y ¡cataplún! Allí me verías lo mismo que un sapo en medio del andén, llamando la atención de todos los viajeros y recogiendo las últimas miradas compasivas de aquella adorable criatura y las carcajadas burlonas de su antipática mamá. (Se levantan.)

MEND. ¡Pobre Arturo! (Riéndose.)

ART. ¡Y nada, que perdí el tren! Ya pensaba pasar la noche en Zarzalillo, cuando la suerte me deparó esa bendita tartana, en la que, al cabo de tres horas, y después de no pocos tumbos, consigo llegar á esta deliciosa Villa-Tula. Porque esto debe de ser delicioso. La entrada del jardín es soberbia y la casa...

MEND. No; la casa es pequeñísima. Tiene lo preciso nada más.

ART. ¡Vaya con Mendoza! Conque á ver, chico, yo deseo lavarme un poco y ponerme otro traje, porque ya lo ves, estoy hecho una lástima.

MEND. (Después de dudar un momento.) Ven acá. Puedes pasar aquí. (Puerta segunda derecha.)

ART. En seguida. (Coge la maleta.)

MEND. Ahí puedes arreglarte.

ART. ¡Magnífica habitación! Esto es recibirle á uno como á un príncipe.

MEND. ¡Anda, anda! Date prisa.

ART. Voy, voy. Hasta luego. (Vase, cerrando la puerta.)

MEND. Por ahora que esté ahí; luego ya veremos dónde se le acomoda.

## ESCENA X

MENDOZA, ERNESTO, INÉS y MR. LEVIGNAC

ERN. (Dentro.) ¡Pero, qué es eso! ¿No hay nadie en esta casa?

MEND. ¡Gracias á Dios! (Va á la puerta del jardín.) ¡Por aquí! ¡Vengan ustedes por aquí!

ERN. ¡Mendocita! (Le abraza.)

MEND. ¡Aprieta, chico! Ya creí que no llegábais. Señora... (Dando la mano á Inés.)

INÉS Dos horas de retraso. Esto es insoportable.

MEND. ¡Mi querido Levignac! (Le abraza.)

LEV. *¡Mon cher* Mendoza!

INÈS ¿Y Tula? ¡Dónde está mi querida Tula!

MEND. (Desde la puerta foro derecha.) Ahora saldrá. ¡Tula! ¡Tío! ¡Vengan ustedes!

ERN. ¡Aquí me tienes con mi gran escopeta! Vengo dispuesto á no dejar una perdiz en todos los contornos.

MEND. ¡Lo celebro muchísimo!

LEV. Y yo también vengo dispuesto á matar unas cuantas.

ERN. ¡Justo! También el señor Levignac es gran aficionado!

MEND. ¡Qué! ¿Se conocían ustedes?

ERN. Nos hemos conocido en el tren. Vinimos juntos desde Medina.

LEV. He tenido esa gran satisfacción.

INÉS Es un caballero muy amable.

LEV. ¡Oh, señora! Yo...

INÉS Gracias á él he tenido con quien hablar; porque le advierto á usted que mi señor

marido ha venido como un leño casi todo el viaje.

ERN. No exageres, mujer...

INÉS ¡Pero, por Dios! No se moleste usted. (A Levignac, que trae una caja de cartón.)

LEV. No es molestia, señora.

MEND. Pero, esa gente... ¡Ah! Ahí sale.

## ESCENA XI

DICHOS, TULA y DON RAMÓN, luego ANDRÉS

TULA ¡Inés! (Corriendo á abrazarla.)

INÉS ¡Tula de mi alma!

TULA ¡Cuántos deseos tenía de abrazarte! ¡Mi querido doctor!

ERN. ¡Tulita!

TULA ¡Jesús! ¡Y qué grueso está! ¡Si parece otro!

ERN. La vida de médico de pueblo me sienta admirablemente.

TULA ¡Ya lo veo! ¿Y el niño, qué tal?

INÉS ¡Hermosísimo!

ERN. ¡Tan famoso! ¡Agarrado todo el día á la nodriza lo mismo que una lapa!

INÉS Yo lo hubiera traído, pero la madre de ese se empeñó en que se lo dejáramos. (Aparece don Ramón.)

RAM. ¿Pero qué es eso? ¿A mí no se me abraza?

ERN. ¡Señor don Ramón!

INÉS ¡Mi querido don Ramón!

RAM. ¡Un abrazo, un abrazo! (Siguen hablando.)

MEND. Tula. Mi amigo Levignac... (1)

TULA ¡Oh, señor Levignac! Celebro mucho que se haya decidido usted á honrarnos con su visita.

LEV. Señora, es para mí una verdadera fortuna... (Siguen hablando.)

ERN. (A don Ramón.) ¿Y la señora, por allá, eh?

RAM. ¡Sí, por allá! ¡Con esa no se puede contar para nada!

AND. Señorito; el cochero pregunta... si...

(1) Ernesto, Ramón, Inés, Mendoza, Tula y Levignac.

MEND. Allá voy, allá voy. (Vase corriendo por la puerta del jardín.)

TULA Pero ustedes desearán descansar... Tío... Vas á hacer el favor de acompañar arriba á este caballero. (Haciendo la presentación.) El señor Levignac.

RAM. Con mucho gusto... Caballero...

TULA (Oye. ¿Qué habrá sido de Arturito?) (Aparte á don Ramón)

RAM. (Pues no lo sé. Se habrá marchado á dormir al pueblo.)

TULA Por aquí, señor Levignac. (Le indica la escalera.)

RAM. A sus órdenes. Pase usted.

LEV. ¡Oh! *¡Pas possible! ¡Aprés vous!*

RAM. ¡Oh, no! *Aprés* yo.

LEV. ¡Oh! *Je ne permette pas...*

RAM. ¡Bueno! *Merçi, ouí.*

LEV. ¡Ah! *¿Vous parlez bien le français?*

RAM. *¡Quelque chosse, quelque chosse!* (Como suena. Vanse los dos por la escalera, después de saludar Mr. Levignac.)

## ESCENA XII

TULA, INÉS, ERNESTO, luego ARTURO

ERN. Es muy simpático ese franchute.

TULA Sí que lo es. Van ustedes á ver la habitación que les tengo preparada...

INÉS Estando á tu lado, en cualquiera parte estaremos bien.

TULA Esta es. (Abre la puerta segunda derecha, y da un grito retrocediendo.) ¡Ay!

INÉS ¿Qué?

ERN. ¿Qué es eso?

TULA ¡Qué susto me he llevado! ¿A qué no saben ustedes quién está ahí? (Riéndose.)

INÉS ¿Quién?

TULA ¡Arturito!

INÉS ¿Sí?

ERN. ¿Arturito por aquí? ¡Cuánto me alegro!

TULA Le han metido equivocadamente en vuestra habitación.

ERN. (Puerta segunda.) ¡Eh! ¡Caballero! ¡Caballero! ¡Salga usted inmediatamente!

ART. (Saliendo.) ¿Eh? ¿Quién? ¡Medina! (Le abraza.)

ERN. ¡Arturito!

ART. ¡Ah! Señoras... Ustedes perdonen que me presente así... pero me disponía á hacerme la *toillette*... Tengo muchísimo gusto en saludar á ustedes...

TULA Yo celebro tanto verle á usted por aquí... Pero tiene usted que dispensarme... Ese es el gabinete de Inés y de su esposo...

ART. Señora... ¡Cuánto lo siento!... pero como Mendoza me indicó que ahí podía arreglarme... Yo creí... Ya decía yo... Dos camas para mí solo... era demasiado. Pero no importa. Por fortuna no he desempaquetado nada... Voy en seguida por mi maleta.

TULA No se moleste usted...

ART. Pues no faltaba más... (Corre á la habitación y sale en seguida con la maleta.)

TULA ¡Pobre muchacho! Ha venido sin avisar, y como el hotelito es tan pequeño...

ART. ¡Ya he levantado mi tienda! Pueden ustedes ocupar el campo...

TULA ¿No se incomodará usted conmigo?

ART. ¡Señora! ¿Yo incomodarme? ¡Si no sé lo que es eso!

ERN. Pues, chico, con tu permiso... Hasta luego.

ART. ¡Adiós, doctor! A los piés de usted, señora...

TULA (¿Y qué hago yo ahora con este muchacho?) (Vanse Inés y Ernesto por la segunda derecha.)

## ESCENA XIII

TULA y ARTURO, luego JIMÉNEZ

TULA ¿Conque dice usted que mi marido?...

ART. Sí, señora; él fué quien me mandó entrar ahí...

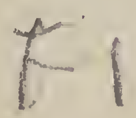
TULA Perdone usted, pero como Ramiro no está enterado...

ART. ¡Es claro! Estas cosas corresponden á las señoras... Conque usted dirá dónde puedo aca-

bar de arreglarme, porque vengo perdido del viaje.

TULA (Después de dudar un momento.) Aquí, venga usted aquí. (Segunda izquierda.) (¡No hay más remedio!)

ART. ¡Magnífico! Aquí estaré perfectamente... Muchísimas gracias, señora. Hasta luego. (Entra en la segunda izquierda con la maleta. Cierra la puerta.)



TULA Hasta luego, Arturito... ¡Esto ya me lo temía yo! ¡Es un verdadero compromiso! Y no sé, no sé dónde vamos á meter á este muchacho.

JIM. (Que baja del piso de arriba.) Señora; ese caballero que habla *ansina*, algo extranjero, pregunta por su maleta.

TULA Déjame en paz. No estoy ahora para pensar en nada. (Vase puerta foro derecha.)

## ESCENA XIV

JIMÉNEZ, MENDOZA, DOÑA CATALINA, ENRIQUETA, luego ARTURO

JIM. ¡Claro! Este jaleo es capaz de poner de mal humor á cualquiera. (Desde la puerta foro izquierda.) ¡Anda! ¡Más huéspedes entavía!

MEND. Sí, tía, sí. Tiene usted mucha razón, pero ha sido una torpeza del cochero, y luego como los trenes han llegado con tanto retraso...

ENR. Pues, la verdad; no hemos venido tan mal en ese carricoche que encontramos en la estación.

JIM. Buenas noches tengan las señoras.

CAT. Felices.

MEND. (A Jiménez.) Vete á ayudar á Andrés y á Fermín á subir los equipajes. (Vase Jiménez.)

CAT. ¿Y tu mujer, por dónde anda? (1)

MEND. Estará traginando por allá dentro. La infeliz no descansa estos días. Y como hoy han llegado también los otros huéspedes que esperábamos... Ahora iré á llamarla. (Medio mutis.)

---

(1) Doña Catalina, Mendoza y Enriqueta.

ENR. Oye, Ramiro. (Deteniéndole.) Entre esos huéspedes los habrá solteros y militares, de seguro.

MEND. Sí. Tenemos á un muchacho alférez. Un pollo muy guapo: ya verás.

ENR. Me alegro.

CAT. ¡Vaya! Ya tienes á tu hermana en sus glorias. ¡Jesús, qué criatura! No piensa más que en amoríos.

MEND. Es natural.

ENR. ¿En qué quiere usted que piense? Probablemente á mi edad le sucedería á usted lo mismo.

CAT. Yo no he tenido nunca tu edad. Es decir, yo no he pensado nunca en tonterías. He sido siempre muy formal.

ENR. Por eso se ha quedado usted soltera.

CAT. Me he quedado soltera porque no me ha convenido casarme.

MEND. La tía tiene razón. Y sobre todo, no es este el momento de discutir esas cosas. ¡Ea! Van ustedes á ver las habitaciones que Tula les tiene dispuestas.

CAT. Sí, hijo, sí. Deseo quitarme cuanto antes estos estorbos de la cabeza. Como en Briviesca no uso nunca más que mantilla...

ENR. (Aparte á Mendoza.) (¿Lo ves? Sigue con el mismo genio de siempre.)

MEND. Aquí tienes tu cuartito. (Primera izquierda.)

ENR. ¡Precioso!

MEND. Y aquí, al lado, tiene usted el suyo. (A doña Catalina.)

CAT. Pues voy en seguida. (Recoge el cabás y el abrigo y se dirige á la segunda izquierda.)

ENR. ¿Sabes que debe de ser muy bonita esta finca?

MEND. Ya verás, ya verás mañana cuando salgamos por ahí.

CAT. (Abre la puerta segunda izquierda y la cierra precipitadamente dando un grito.) ¡Jesús!

ENR. ¿Qué es eso?

MEND. ¿Qué le pasa á usted?

CAT. ¡Que ahí dentro está un hombre en paños menores!...

MEND. ¡No puede ser! (Corre á la puerta segunda izquierda.)

CAT. ¡Pues lo es! (1)

MEND. (¡Calle! ¡Si es Arturo! ¡Claro, le habrán echado de la otra habitación!)

CAT. ¿Era ó no era?

MEND. Sí, tía, sí, tiene usted razón. Sin duda algún error. Es un amigo que ha llegado hace un momento... (Desde la puerta.) El alférez de quien te hablaba... (A Enriqueta.)

ENR. ¿Sí? Voy á ver...

CAT. ¡Niña! (Deteniéndola.)

ENR. ¡Ay, es verdad! (2)

MEND. (Entreabriendo la puerta segunda izquierda.) ¡Arturito! ¡Despacha en seguida! ¡Sí, chico! Lo siento, pero esta habitación es para una señora.

ART. (Dentro.) ¡Voy! ¡Voy!

MEND. (Bajando.) Yo no sé quién le habrá mandado meterse ahí.

CAT. Pero, hombre, va á parecerle mal.

MEND. ¿Quiá? Si es un buen muchacho y amigo de toda confianza.

ART. (Saliendo con la maleta y sin abrocharse el chaleco ni la americana.) ¿Conque tampoco es aquí, eh?

ENR. (¡El joven de la ventanilla!)

CAT. (¡El caballero de las mantecadas!)

MEND. Te ruego que me dispenses, pero como estas señoras...

ART. ¡Ah! ¡Hay señoras! No había visto... Ustedes perdonen... (Abrochándose precipitadamente el chaleco y arreglándose la corbata.)

MEND. Mi hermana Enriqueta.

ART. Señorita... (Acercándose.) ¡Cómo! ¡Usted aquí! ¡Oh felicidad! (3)

MEND. ¿Qué es eso?

ART. ¡Que es la del tren! ¡Mi hermosa desconocida!

MEND. ¡Caramba! ¡Qué casualidad!

ART. ¿Cómo había de sospechar que era tu hermana? Pero, ¡ay, Dios mío! ¿Luego esa señora será tu madre?... Chico, perdona...

---

(1) Enriqueta, doña Catalina y Mendoza.

(2) Doña Catalina, Enriqueta y Mendoza.

(3) Doña Catalina, Enriqueta, Arturo y Mendoza.

MEND. Mi tía Catalina.

ART. ¡Tu tía! ¿Dices que es tu tía? ¡Ah, señora! ¡Cuanto celebro!... ¡Y yo que creía que era usted la mamá de!...

CAT. No, señor. Yo no soy mamá de nadie.

MEND. Mi tía es soltera. (1)

ART. Me alegro mucho.

CAT. Gracias. (Con sequedad. Aparte á Mendoza.) Será un buen muchacho, pero á mí me parece un badulaque. (Siguen hablando aparte Mendoza y doña Catalina. Entran Jiménez y Andrés con dos mozos con dos baules mundos, que colocan en la segunda de la derecha y en la segunda de la izquierda, retirándose luego al jardín.)

ART. ¡Ah, señorita! (Aparte á Enriqueta.) Su imagen de usted la llevaba clavada aquí, en mi corazón. En cambio, es posible que usted no hubiera vuelto á recordarme en su vida.

ENR. ¡Pues sí, señor, que le recordaba!

ART. ¿Es de veras?

ENR. ¡Si viera usted el susto que me llevé cuando se cayó usted en medio del andén!

ART. Yo también me asusté bastante.

ENR. ¿Se ha hecho usted daño?

ART. No, nada, una rozadura en este dedo; nada más.

ENR. ¿Sí? ¿A ver?...

CAT. ¡Niña! Vamos á arreglarnos.

MEND. Sí. Luego continuaréis vuestra conferencia.

ART. Hasta después; he tenido una verdadera dicha...

ENR. Adiós.

ART. A los piés de usted, señora.

CAT. Beso á usted la mano. (Vanse, doña Catalina puerta segunda izquierda, y Enriqueta por la primera del mismo lado.)

ART. (¡Es encantadora esta muchacha! ¡Verdaderamente encantadora!)

MEND. ¡Vaya con Arturito! ¿Quién había de decirte que habías de encontrar en esta casa á ese prodigio de hermosura? (Riéndose.)

ART. Y lo es. Créeme que lo es.

---

(1) Doña Catalina, Mendoza, Enriqueta y Arturo.

MEND. ¡Vamos, hombre! No digas tonterías.

ART. ¡Ay, Mendoza! Te juro que soy el hombre más feliz de la tierra. Y te lo repito. Yo no soy el de antes. He formalizado mucho.

MEND. Bueno, bueno. Voy á buscar á mi mujer. Espérame aquí. Vuelvo en seguida. (Vase foro derecha.)

## ESCENA XV

ARTURO, luego JIMÉNEZ, más tarde PETRA

ART. Y á todo esto sin saber todavía cuál es mi habitación.

JIM. (Que entra con una maleta.) Buenas noches tenga usted.

ART. Muy buenas noches.

JIM. (¡Calle! Yo conozco esa cara... ¡Si es don Arturo!) ¡Señorito!

ART. ¡Hola, Jiménez! ¿Tú también por aquí?

JIM. Sí, señor. Aquí estamos *desterraos*.

ART. Oye. ¿Sabes tú, por casualidad, cuál es la habitación que me destinan los señoritos?

JIM. Yo le diré á usted...

ART. ¡Gracias á Dios!

JIM. En lo tocante á esas cosas no sé ni una palabra... Pero ahí viene esa muchacha que está enterada de *tóo*. (Por Petra.)

ART. Se lo preguntaré.

JIM. ¿Se le ofrece á usted alguna cosa?

ART. No, nada.

JIM. A la orden de usted, mi... ¿mi qué?

ART. Alférez, nada más que alférez.

JIM. Pues no se retire usted, señorito, créame usted á mí. (Vase por la escalera.)

ART. Oiga usted, joven. (A Petra.)

PETRA Mándeme usted.

ART. ¿Será usted tan amable que me diga dónde se coloca en esta casa un caballero solo?

PETRA ¿Es usted, por ventura, ese señor extranjero que esperaban?

ART. No, hija. Ni por ventura ni por desgracia. Yo soy español, muy español.

PETRA Ya me lo parecía á mí.

ART. ¡Naturalmente! ¡Como que se me conoce en la cara!

PETRA Pues sabe usted que no sé... ¿Ha venido usted acaso sin avisar?

ART. Sí, he querido sorprenderles.

PETRA Aquí va á ser imposible... Pero, calle usted... Se me ocurre una idea... Sí, señor. Allí estará usted muy bien.

ART. ¿Dónde?

PETRA Voy á decírselo á los señoritos... Aguarde usted un momento...

ART. ¡Vaya usted con Dios! (Vase Petra corriendo puerta foro derecha)

## ESCENA XVI

ARTURO, luego DON RAMÓN

ART. Es muy simpática esta chiquilla... ¡Y muy guapa! ¡Ya lo creo! Tiene unos ojillos... y una boca, y un...

RAM. (Bajando por la escalera.) ¡Señor don Arturo!

ART. ¡Oh, señor don Ramón!

RAM. ¡Tanto tiempo sin vernos!...

ART. Cuatro años y pico.

RAM. Pero, ¿qué hace usted aquí solo?

ART. Esperando que me indiquen la habitación...

RAM. ¿Sí? Pues espere usted sentado. (Ofreciéndole una silla.)

ART. Muchas gracias.

## ESCENA FINAL

DICHOS, TULA y MENDOZA. Luego PETRA

MEND. (Aparte á Tula.) (Tiene razón Petra. Allí estará muy bien.)

TULA (Idem á Mendoza.) (Si esa chiquilla es lo más ocurrente...)

MEND. Querido Arturo... A tí te gustará que te tratemos con toda confianza.

ART. ¡Pues no faltaba más! Entre compañeros... (1)

(1) Tula.—Don Ramón.—Mendoza.—Arturo

TULA — Nosotros quisiéramos instalarle á usted como se merece...

ART. — Señora...

TULA — Pero el hotel es tan reducido...

MEND. — Irás á dormir á la casa del guarda.

RAM. — (¿Eh?)

ART. — A cualquiera parte. Ya sabes tú que nosotros estamos acostumbrados...

MEND. — Allí hay un cuartito muy alegre y estarás con toda comodidad.

RAM. — Pero, vamos á ver, vamos á ver... ¿No será mejor que don Arturo ocupe mi habitación, y sea yo el que vaya?...

TULA — ¡De ninguna manera!

MEND. — No, tío. Arturo no lo consentiría.

ART. — ¡Ya lo creo que no!

TULA — Pues hasta luego. Voy á ver á Enriqueta... Que vuelva usted en seguida. (A Arturo.) A las ocho en punto se cena.

ART. — Descuide usted, señora. (Tula vase primera izquierda.)

MEND. — ¡Ea! ¡Aquí tienes á tu hospedera! (Por Petra que se presenta con un pañolito á la cabeza y un farol en la mano.)

ART. — ¡Magnífico! (Coge la maleta.)

PETRA — Cuando guste el señorito...

ART. — ¡Vamos andando!

PETRA — Traiga usted la maleta...

ART. — ¡De ningún modo!

PETRA — Hay un paseito... La casa está allá abajo, al fin de la huerta.

ART. — ¿Al fin de la huerta? ¡Con usted voy yo aunque sea al fin del mundo! Hasta luego, Mendoza.

MEND. — Adiós, chico. Que no tardes. (Desde la puerta del jardín.)

RAM. — (¡Lo dicho! ¡Me hubiera gustado á mí ir á dormir á la casa del guarda!)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

Salita en la casa del guarda.—Puerta al foro derecha que da á un pasillo que comunica con la puerta del exterior.—Ventana en el foro izquierda.—Puertas laterales.—Mesacamilla en el centro.—Cómoda en el foro.—Sillería modesta.—Utiles de caza colgados de algunas escarpias de las paredes.—Sobre la mesa un velón.—Encima de la cómoda el farol de Petra y una palmatoria.

## ESCENA PRIMERA

BERNARDO y PETRA.—Es de noche.—(Bernardo está sentado al lado de la mesa y limpiando las escopetas. A su lado estará un perro mastín, echado, si es posible. Petra recoge los restos de la cena que coloca sobre la cómoda.)

BERN. ¡Maldita humedad! No hay aceite que baste para limpiar algunas piezas! ¡Buen arma es esta! ¡Ya le habrá costado dinero al señorito!... Es de las que matan solas. (Apuntando hacia donde está Petra.)

PETRA ¡Padre, por Dios!

BERN. No te asustes, mujer. Parece mentira que no te hayas acostumbrado todavía á las armas de fuego.

PETRA Me asustan mucho. No lo puedo remediar.

BERN. ¡Ajajá! Ya están presentables estas escopetas. Oye, no te lleves ese aguardiente, que quiero tomar otra copita antes de salir.

PETRA ¿Pero vuelve usted á salir esta noche?

BERN. Sí, tengo que ver si están bien cuidados los

perros, y he de dar además una vuelta por la finca.

PETRA — No tardará usted mucho. Recuerde usted que tenemos un huésped.

BERN. — ¡Bah! A las ocho y media, cuando yo bajé á cenar, todavía no se habían sentado á la mesa. Conque lo menos hasta las once... El alférez será de seguro el último que se retire.

PETRA — ¿Verdad que es un señorito muy simpático y muy fino?

BERN. — Demasiado fino para cazador. Me parece que las perdices que ese mate...

PETRA — ¡Si viera usted las chucherías que tiene!... Cuando, después que se vistió, entré á arreglar su cuarto, me encontré la mesa llena de frasquitos de esencias, de botes de pomadas y de chismes de tocador. ¡Si hasta tiene tenacillas para rizarse el pelo!

BERN. — ¡Qué barbaridad!

PETRA — Cuando subió de la habitación echaba un olor á violetas que era una delicia.

BERN. — ¿Sí, eh? Pues como mañana vaya á la cacería apestando á perfumes, no habrá un zorro que se le acerque. Y á propósito de zorros. ¿Has cerrado bien la puerta del gallinero?

PETRA — Sí, señor.

BERN. — Es una vergüenza, que aquí mismo y delante de mis narices, venga esa maldita alimaña á burlarse de nosotros. ¡Pero caerá, vaya si caerá! Esta noche voy á estar en acecho.

PETRA — Venga usted, padre. (Desde la puerta primera derecha.) Verá usted que buen olor se nota aquí...

BERN. — ¡Déjame de esencias! Esas son cosas de mujeres... El hombre debe oler á pólvora y á tabaco. Y en algunas ocasiones á aguardiente. (Bebe una copita.) Pero, es claro, como á tí te gustan los tipos así medio afeminados...

PETRA — ¿A mí?

BERN. — ¡Sí, señor, sí! No creas que porque nunca te he dicho nada, no estoy enterado de todo.

PETRA — Pero, padre...

BERN. — ¿A quién se le ocurre ir á enamorarse de un mancebo de botica?

PETRA Pues, bien, ya que usted lo sabe, no he de negar que me gusta Serafín.

BERN. ¡Serafín! ¡Mire usted que llamarse un hombre Serafín!

PETRA Pues es un buen muchacho, y muy instruído y con una voz muy bonita. Como que es uno de los primeros tenores del *Arfeón*.

BERN. ¡El *Arfeón!* ¡Sí! Ya lo oí la otra noche. Veinte zánganos cantando á voz en grito en medio de la plaza sin una mala guitarra siquiera. Eso es cosa de chiquillos, no de personas formales.

PETRA ¡Claro! Porque á usted no le gusta la música...

BERN. Lo que no me gusta es que hayas ido á fijarte en ese títere. Y lo que es como él se atreva á venir por aquí y á hablarme una palabra de matrimonio, le tiro de cabeza por esa ventana.

PETRA Bueno, si se empeña usted en hacerme desgraciada...

BERN. ¡Todo lo contrario! Lo que quiero es que seas feliz. Deseo verte casada con un cazador de oficio... ó con un guarda jurado... ó con un guardia civil... En fin, con un hombre; no con un mezcla ungüentos... (Llaman en la puerta del exterior.) Llaman. Vete á abrir. (Petra va á la puerta del foro.)

PETRA ¿Quién? (Desde el foro.)

SER. (Dentro) Servidor.

PETRA (¡Ay, Dios mío!)

BERN. ¿Quién es?

PETRA Pues es... es .. Serafín...

BERN. ¿Y á qué viene á estas horas?

PETRA No lo sé... Le juro á usted que...

BERN. Bueno, bueno. Abre. (Petra tira de una cuerda que se supone abre la puerta del exterior.) El nos dirá lo que desea.

PETRA ¡Por Dios, no vaya usted á!...

BERN. No temas. Ya sé lo que tengo que hacer. (Va al foro.) Está abierto, pase usted.

PETRA (Cerraré la ventana por si acaso.) (Cierra la ventana.)

## ESCENA II

DICHOS y SERAFÍN con el cuello de la americana subido

SER. Buenas noches.

BERN. Felices... (Se sienta al lado de la mesa y bebe algunas copas de aguardiente.)

SER. Buenas noches, Petra.

PETRA Téngalas usted muy buenas... (Con timidez.)

SER. ¡Caramba, que noche tan fresquita! Está cayendo una helada mayúscula. ¡Naturalmente! La congelación producida por el enfriamiento de la atmósfera... Y luego como hace viento...

BERN. Bueno. ¿Y qué viento le trae á usted por aquí? (1).

SER. Pues vengo, confiando en su bondad, á pedir á usted...

BERN. ¿El qué? (Bruscamente y levantándose.)

SER. Un favor de parte de mi principal.

PETRA (¡Ah!)

BERN. Eso es otra cosa... (Vuelve á sentarse.) ¿Y qué desea el señor Cebolleta?

SER. Que se ha comprometido á ir á cazar mañana con los señores de Villa-Tula, y se encuentra con que tiene escopeta, pero le faltan cartuchos.

BERN. ¡Claro! Con píldoras no se puede tirar...

SER. Como sabe que usted los vende, me rogó que viniera á pedirle unos cuantos...

BERN. ¿El arma será del sistema Lafaucheux?

SER. Sí, señor; una escopeta muy buena de dos cañones.

BERN. Pues precisamente tengo cartuchos bastantes.

SER. Don Constantino me mandó advertir á usted, que no se los diera con mucha pólvora, porque como los gases tienen esa fuerza expansiva...

---

(1) Serafín, Bernardo y Petra.

BERN. ¿Sí, eh? ¡Valiente cazador debe de ser el boticario!

SER. No ha cazado en su vida.

BERN. Pues mejor se quedaba en su farmacia. Pero, en fin, esa es cuenta suya. Voy á despacharle á usted en seguida. (Se dirige segunda derecha.)

SER. Por mí no se apure usted. Yo no tengo prisa.

BERN. Usted no la tendrá, pero yo sí. (A Petra.) ¡Ya sabes lo que te tengo advertido! (Vase.)

PETRA Sí, señor.

## ESCENA III

PETRA y SERAFIN

SER. ¿Qué es lo que te tiene advertido tu padre?

PETRA Nada, no es nada...

SER. Me tienes muy incomodado. Hace tres días que no bajas al pueblo.

PETRA Ya sabes por qué ha sido. La señorita Tula me ha tenido ocupadísima.

SER. El amor es como la necesidad. Debe aguzar el entendimiento. Ya me ves á mí. En cuanto supe que mi principal deseaba esos cartuchos, en vez de mandar al criado, me faltó tiempo para venir yo sin reparar en la hora, ni en la distancia. ¿Y por qué? Porque sabía que así me proporcionaba la dicha de verte... Ya te lo he dicho muchas veces. La música y tú sois las únicas aspiraciones de mi alma.

PETRA Habla bajo, por Dios.

SER. ¿Qué sucede? Te encuentro muy preocupada.

PETRA Ya te diré lo que sucede.

SER. Pues dilo.

PETRA No, ahora, no. Más tarde. Mi padre va á recorrer la posesión. Cuando salgas, ocúltate en el corralillo y ven luego á esta ventana. Necesito que hablemos.

SER. No faltaré. Hablaremos de nuestro amor, y

te cantaré la pieza nueva que estamos ensayando en el orfeon. Es preciosa. Se titula *La tormenta*. Tenemos los tenores una parte dificilísima, pero de mucho efecto. Verás como hace. (Se dispone á cantar.)
«El cielo se encapota...

PETRA Mi padre sale.

## ESCENA IV

DICHOS y BERNARDO

BERN. Aquí tiene usted los cartuchos. Veinte de *mostacilla* y veinte de perdigón zorrero. Me parece que bastan.

SER. Y sobran. (Recogiendo los paquetes con los cartuchos.)

BERN. Sí, ya sé que sobrarán los cuarenta; pero, en fin, menos mal si no nos pega una perdigonada á alguno de nosotros.

SER. ¿Y cuanto es?

BERN. Ya me arreglaré yo con Don Constantino.

SER. Vaya, pues muchas gracias, y muy buenas noches.

BERN. Paselo usted bien.

SER. Adiós, Petra. Hasta lueg... Digo, hasta otro día.

PETRA Vaya usted con Dios. (Vase Serafín cantando dentro.)

## ESCENA V

BERNARDO, PETRA y luego JIMENEZ

BERN. Supongo que le habrás dicho que no vuelva á acordarse del santo de tu nombre.

PETRA Sí... sí, señor... ya se lo he dicho.

BERN. Me alegro. Así se hace. ¡Pues no faltaba más, si no que una muchacha tan bonita como tú fuera á casarse con un espantajo como ese!

BERN. ¡Nada! ¡Nada! Que te deje en paz y que se dedique á sus jaropes. Y sobre todo, mejor

le fuera cortarse el pelo, y no llevar esa cabeza que parece un perro de aguas... (Coge la escopeta, se pone el sombrero y la bandolera y se dispone á salir.)

PETRA Pues todo el mundo dice que tiene cabeza de artista.

BERN. Bueno; pues si todo el mundo dice eso, yo digo que no tolero esos amores, y que prefiero que te quedes soltera toda la vida á verte casada con un felpudo semejante. Conque cuidadito conmigo. Tú ya sabes que yo me incomodo pocas veces, pero cuando se me sube el humo á la chimenea!...

PETRA Sí, señor, sí. Ya lo sé.

BERN. ¡Ea! Hasta más tarde... ¡Anda, Leal! (Al perro, si es que este no se ha marchado antes por la puerta del foro, única que debe estar abierta.) (Va al foro.) ¡Hola! ¿Que trae usted por aquí? (Por Jiménez que entra con un farol y una cesta con lo que dirá luego.)

## ESCENA VI

DICHOS y JIMÉNEZ

JIM. ¡A la paz de Dios! Aquí me manda la señorita con estas provisiones para el huésped... (Poniendo la cesta sobre la mesa.)

PETRA ¿Se han levantado ya de la mesa?

JIM. Ahora quedaban tomando café y unas copitas... ¡Vaya usted enterándose!... (A Petra.) Una botella de cognac. ¡Cosa buena!... Otra de ojén. ¡Superior!... Cuatro de cerveza. Esta es una porquería... Un bòte de azúcar... Otro de té y esta caja de galletas... Estas sí que son muy ricas... Ya las he probao en el camino. (Come una galleta.) ¡Señor Bernardo, tome usted una!

BERN. Gracias, no me gustan las golosinas. (1)

JIM. Pues á mí sí... ¡Petrilla, ahí va esa que paese un corasón!...

PETRA Muchas gracias... No tengo gana...

---

(1) Bernardo, Jiménez y Petra.

JIM. ¡Vaya una hija que tiene usted, señor Bernardo! ¡Esto no es mujer! ¡Esto es un ángel bajao del sielo pa atormentar á los hombres!

BERN. ¡Usted siempre de broma!

PETRA Es lo más exagerado... (Va colocando sobre la cómoda del foro el contenido de la cesta.)

JIM. ¿Yo exagerado?... ¡Quite usted, por Dios! ¡Pues si yo debía andar *desnúo!*

BERN. ¿Por qué?

JIM. ¡Porque soy la verdad pura!

BERN. ¡Qué cosas tiene este Jiménez!

JIM. ¿No es un dolor que á una chiquilla como ésta se la vaya á llevar un fabricante de cataplasmas?...

BERN. ¡Qué!... ¿También sabe usted lo de esos amores?

JIM. ¡Claro!

PETRA ¡Eso es! (Aparte á Jiménez.) ¡Eche usted leña al fuego!

BERN. ¿Lo ves? ¡No soy yo solo! Todo el mundo te critica... Hace poco la he estado riñendo por eso mismo... Pero ésta es buena, y hará lo que yo le mando... Y lo que es á don Serafin, como no desista de sus pretensiones, el día menos pensado le pego una perdigonada que lo inutilizo.

JIM. A mí, crea usted que me da lástima... Esta chica merese casarse con un hombre...

BERN. ¡Naturalmente!

JIM. ¡Como yo!

BERN. No; como usted, no... No me gustan los andaluces.

PETRA Ni á mí tampoco.

JIM. Pues tienen ustedes muy mal gusto... Por supuesto, que eso lo disen ustedes porque me ven *ansina;* pero si me hubieran conosido de uniforme, sobre too los días de gala... ¡Los corazones que yo he *conquistao!*... ¡Y los pañuelos de seda!... En casa los tengo!

BERN. ¿Los corazones?

JIM. ¡Los pañuelos, hombre!

BERN. ¡Vaya, vaya, Jiménez! Es muy tarde, y yo tengo necesidad de salir.

JIM. Voy con usted.

BERN. Yo vendré algo tarde... No me esperes.

PETRA Está muy bien, padre. (Vase Bernardo.)

JIM. ¡Adiós, ingratísima! (A Petra.)

PETRA Tome usted. Puede usted llevar la cesta. (Dándosela.)

JIM. ¡Eso es! ¡Pa esto he venío á quedar yo en el mundo! ¡Mardito sea!... (Vase malhumorado.)

## ESCENA VII

PETRA sola

Por más que digan, Serafín es un muchacho de muy buenas costumbres, y muy bien educado, y para mí vale más él que todos los chicos del pueblo... Vaya un defecto que le pone mi padre: que tiene el pelo largo... ¡No! Pues yo no digo que se lo corte! ¡Está tan guapo así!... Es una cabellera tan rizada y tan bonita... ¡Nada, nada! O me caso con Serafín, ó me quedo para vestir imágenes... Mañana mismo se lo voy á confesar á la señorita Tula, y de seguro que ella me proteje... El pobrecillo ignora que mi padre se opone á nuestros amores. Es preciso que lo sepa para que viva prevenido... (Abre la ventana.) Vaya si está fresquita la noche... No le veo... Sí... Allí me parece que está... ¡Phis! ¡Serafín! ¡Sí! Ya puedes acercarte... ¿Que no alcanzas?... Ponte encima de esos maderos... ¡Así!... Que no vayas á caerte...

## ESCENA VIII

PETRA y SERAFÍN

SER. (Asomándose á la ventana como si estuviera colgado del alfeizar.) ¡Ay! ¡Por fin! Creí que ya no nos veíamos esta noche. Los instantes se me han hecho siglos... Y luego como está la noche

tan fría y yo he venido con este trajecito tan ligero...

PETRA A ver si pillas una pulmonía.

SER. Mujer, no seas agorera. ¡Caramba, qué incómodo estoy así!... ¿Me permites que me siente en la ventana?

PETRA Sí, pero ten cuidado, por Dios. Mi padre tardará en venir, pero de un momento á otro debe llegar el alférez.

SER. ¿Qué alférez? (Serafín se sienta en el alfeizar de la ventana.)

PETRA Es verdad, que tú no sabes nada. Pues es uno de los señoritos que han venido á la cacería y que como no tiene habitación en el hotel, le han hospedado aquí.

SER. ¡Aquí! ¿Y dices que es un alférez? ¡Luego será joven!

PETRA Muy joven y muy simpático.

SER. ¡Ay, Petra! ¡Siento que en mi corazón brota la llama de los celos!

PETRA ¿Dudas de mí cuando sabes que te quiero con toda mi alma? ¿Cuando por tu culpa acabo de tener un disgusto muy grave?

SER. ¿Un disgusto y por culpa mía?

PETRA Sí; es preciso que lo sepas. Mi padre se ha enterado ya de nuestras relaciones.

SER. ¿Sí?

PETRA Y se opone rotundamente.

SER. ¿Qué me cuentas? ¡Me has dejado frío! Es decir, frío ya lo estaba yo, pero...

PETRA Ha dicho que si insistes en hacerme el amor, es capaz de pegarte una perdigonada.

SER. ¡Caracoles! (Se tambalea en el alfeizar de la ventana.)

PETRA ¡Cuidado! (Sosteniéndole.)

SER. ¡Ese es un atentado al libre albedrío! ¡El verdadero amor no reconoce imposiciones!

PETRA Eso digo yo.

SER. Por supuesto, que si tu padre insiste en sus propósitos, ya tengo yo una solución.

PETRA ¿Sí? ¿Cuál es? (Con ansiedad.)

SER. ¡El ácido prúsico! ¡Me enveneno!

PETRA ¡Pero hombre, esa no es una solución; esa es una barbaridad!

SER. Los que sienten como yo, no se acobardan ante los tóxicos.

PETRA ¡Calla! Alguien viene. (Se oye hablar á Arturo y á Levignac.)

SER. ¿Quién? (Asustado.)

PETRA Creo que es el huésped...

SER. ¡Ah!

PETRA Retírate en seguida... Mañana ó pasado nos veremos... ¡Anda! (Se acerca á la puerta del foro.)

SER. ¡Voy... voy!... (Al tratar de descolgarse se le caen á la escena los paquetes de los cartuchos.) ¡Ay! ¡Los cartuchos! (Se baja á la escena para cogerlos.)

ART. (Dentro.) ¡Pase usted! ¡Pase usted, señor Levignac!

PETRA ¿Qué haces? ¡Que ahí están!... Ya no tienes tiempo de saltar... ¡Ven! ¡Pronto! ¡Ocúltate aquí. En mi habitación. (Lo empuja á la puerta segunda izquierda que cierra en seguida.) ¡Gracias á Dios!

## ESCENA IX

PETRA, ARTURO y MR. LEVIGNAC

ART. ¡Adelante! ¡Adelante! (Desde la puerta del foro.) Buenas noches Petrita.

PETRA Felices.

LEV. (Desde el foro y como hablando con alguien que está en la puerta.) ¡Oh, sí! Puede usted retirarse con el farol. La noche está bastante clara y ya he aprendido el camino. ¡Adiós! (Entrando en escena.) Muy buenas noches.

PETRA Muy buenas.

LEV. ¿Es la hija del guarda?

PETRA Servidora.

ART. ¡Mi hermosa pupilera!

LEV. Verdaderamente es preciosa... ¡Ah, bribón! ¡Cómo ha sabido usted instalarse!...

ART. Siéntese usted, amigo Levignac. ¿Me permitirá usted que ya le llame amigo?

LEV. ¡Naturalmente! Me ha sido usted muy *simpatíco.*

ART. Gracias.

LEV. Y luego, como los dos somos los únicos jóvenes solteros de la partida... (Se sientan.)

ART. ¡Es verdad! (1)

PETRA (¡Y se sientan!) Es mejor que pasen ustedes á esa habitación. Aquí estarán ustedes muy mal.

ART. ¿Cómo mal? En esta casa se está bien en cualquier parte.

LEV. ¡Oh, *parfaitement!*

ART. El señor es de los míos. No le gusta acostarse temprano, y como en el hotel se ha retirado ya toda la gente, se ha empeñado en venir á conocer mi hospedaje y á que charlemos juntos un par de horitas...

PETRA (¡Dios mío de mi alma!)

ART. (A Mr. Levignac) Quisiera poder obsequiar á usted con algo, pero... ¡Ah, sí! Ahora recuerdo que Tula me dijo que había mandado traer unas botellas... ¿Estarán por ahí? (A Petra.)

PETRA Sí, señor, aquí las tiene usted. (Sobre la mesa.)

ART. ¡Magnífico! (Acercándose á ver las botellas.) Cerveza... ¿A usted le gustará la cerveza?

LEV. *¡Beaucoup!*

ART. ¿Cómo?

LEV. ¡Mucho!

ART. ¡Ah! ¡Ya! ¡Es alemana!

LEV. Mejor. Es lo único alemán que me gusta.

ART. ¿Será usted tan amable que?... (A Petra.)

PETRA Sí, señor, sí. Voy en seguida. (¡Virgen santa! ¿Y cuándo voy á sacar á Serafín?) (Vase puerta primera izquierda y sale en seguida con la botella descorchada y dos vasos en una bandeja.)

ART. Es una chiquilla muy simpática, ¿verdad?

LEV. Sí que lo es.

ART. Con su permiso, voy por unos cigarros... (Vase primera derecha.)

LEV. Como usted guste. Este joven debe de ser un infeliz; y así, con cierta maña, procuraré enterarme... La señora del médico es una mujer preciosa, y me parece á mí que... En fin, es cuestión de *tactíca*... (Sale Arturo.)

---

(1) Levignac, Arturo y Petra.

ART. Aquí tiene usted pitillos y dos clases de puros.

LEV. ¿Habanos?

ART. No, señor. El sueldo de un alferez no da para esos lujos. Son de diez y de quince céntimos, pero escogidos. En Burgos tengo yo una estanquera muy amiga. Pruébelos usted, son muy buenos. Mejor que habanos.

LEV. Y sobre todo, más baratos. (Coge uno, y lo enciende.)

PETRA ¿Quieren ustedes que les sirva? (Poniendo la bandeja sobre la mesa.)

LEV. No se moleste usted, nos serviremos nosotros... (Llena un vaso.) ¿Mr. Arthur?...

ART. ¡No! A mí no...

LEV. ¿No le gusta á usted la cerveza?

ART. No, señor. Desde que tuve tercianas y me dieron cocimiento de quina, la he aborrecido para toda la vida.

LEV. ¡Hombre, hombre! ¡Si esta bebida es el néctar de los dioses! ¡Es lo que beben los ángeles del cielo!

ART. ¿Sí, eh? Pues mire usted, si en el cielo han de obligarle á uno á beber cerveza, prefiero quedarme en el purgatorio.

LEV. ¡Parece increible! (Acercándose á Petra, que está en el segundo término izquierda.) Usted, encantadora niña... (Ofreciéndola el vaso.)

PETRA No, muchas gracias; tampoco me gusta.

LEV. Ponga usted al menos sobre este vaso esos labios de rosas y de claveles.

PETRA No, señor, no. (1)

LEV. ¡Es usted divina! ¡Celestial! (Se oye ruido en la puerta segunda izquierda.) ¿Eh? ¿Qué ruido es ese? (Volviéndose.)

PETRA Es... es el perro.

LEV. ¿El perro? (Bajando con temor.)

ART. ¡Ah! ¡Sí! Un mastín precioso. Lo he visto antes y ya somos muy amigos. Sáquele usted, sáquele usted. (A Petra.)

LEV. ¡No, no! Déjele usted encerrado. Ahí está bien.

(1) Arturo, Petra y Levignac.

PETRA (¡Qué ha de estar bien el pobrecito!)

LEV. Conque, Mr. Arthur, venga usted acá. *Parlaremos* de nuestras impresiones.

ART. Con mucho gusto. (Se sientan los dos á la mesa.) Petra, por nosotros no se moleste usted. Puede usted acostarse.

PETRA (¡Sí, facilito es eso!)

ART. Amigo Levignac. Otro vaso. (Le sirve otro vaso de cerveza.)

PETRA (Voy hacia la puerta, no sea que llegue de pronto mi padre.) (Vase por la puerta del foro.)

## ESCENA X

ARTURO y LEVIGNAC

LEV. *Je vous remerçie...*

ART. ¿Eh? (1)

LEV. ¿Usted, de seguro, hablará francés?

ART. No, hablar precisamente, no; pero...

LEV. Lo comprenderá usted.

ART. ¡Oh! ¡Eso sí! ¡Ya lo creo!

LEV. Entonces le hablaré en francés; me cuesta menos trabajo. *Je suis bien content d'avoir fait votre connesance, parce que vous comprennez, mon cher Arthur, que l'amitié est le plus beau sentiment du monde. ¿N'est pas?* (Arturo oye esto sin comprender una palabra. Pausa brevísima.)

ART. ¡No! Mire usted... es mejor que me hable usted en español, porque si no resulta depresivo para mí el no poder contestarle en el mismo idioma.

LEV. Bien, bien; como usted quiera.

ART. Y luego que como usted habla el español tan correctamente.

LEV. No tanto; pero en fin... Hace ya veinte años que estoy en España... Llegué cuando yo *estaba* un chiquillo.

ART. ¿Un chiquillo y no hace más que veinte años?

---

(1) Arturo, Levignac.

LEV. ¡Naturalmente! ¿Qué edad me echa usted?
ART. Tendrá usted unos cincuenta...
LEV. ¡Hombre, por Dios! No he cumplido todavía los cuarenta y ocho. ¡Soy un muchacho!
ART. Un chiquillo.
LEV. ¡Con el corazón siempre joven y siempre impresionable!
ART. ¡Yo también soy muy impresionable!
LEV. Lo que es usted es muy afortunado con las mujeres.
ART. ¡Pché! ¡Algo!
LEV. ¡En la mesa estaba usted colocado admirablemente! Entre la esposa del doctor y la encantadora Enriqueta.
ART. ¿Verdad que es encantadora? Esa criatura me ha trastornado el juicio por completo.
LEV. Pues, ánimo, y á ella. Yo le protejo á usted. (Dándole la mano.)
ART. Muchísimas gracias.
LEV. Pero, favor por favor. Queda usted obligado á la *recipróca.*
ART. ¿Cómo?
LEV. Yo también estoy muy enamorado.
ART. ¿Usted?
LEV. Sí, señor. Yo.
ART. ¡Ah, ya caigo! Le gusta á usted la tía, doña Catalina.
LEV. ¡Hombre, no sea usted tonto!
ART. ¡Gracias! (Ofendido.)
LEV. Usted perdone. He dicho tonto como pude decir simple.
ART. ¡Eh!
LEV. O bromista.
ART. ¡Ah! ¡Ya!
LEV. Como no domino el idioma...
ART. Es verdad.
LEV. Vamos á ver. En confianza. ¿Qué le parece á usted la esposa del Doctor?
ART. ¿Quién? ¿Inés? Me parece muy bien. Es una señora muy simpática; muy buena amiga y muy amante...
LEV. ¿De quién?
ART. De su esposo. Es un matrimonio felicísimo.
LEV. ¡Sí! Eso me ha parecido á mí... (Este joven

no me sirve... Hay que tener discreción.)

ART. No creo que sea de Inés de quien está usted enamorado...

LEV. ¡Qué disparate! Es otra persona... Ya le contaré á usted... Son amores de Madrid...

ART. ¡Ya!

LEV. Vaya, es muy tarde y los criados estarán esperando. Con permiso de usted. (Se levantan.)

ART. ¡Sí! ¡Sí! Que mañana tendremos que madrugar.

LEV. Muy buenas noches.

ART. Que usted descanse.

LEV. (Este chico no es tan tonto como parece.) *Adieu, Mr. Arthur. Bon soir. Ademain.* (Vase tarareando un couplet.)

ART. Vaya usted con Dios. (Vase Levignac.) ¡A este le gusta Inés! ¡A mí no me la da! ¡Pero que se ande con cuidado, porque yo no he de tolerar que se ofenda á la esposa de un amigo mío! Por dos personas que se amen de veras, pero que se amen como Dios manda, soy capaz hasta del sacrificio. Ya lo he demostrado varias veces. Pero cuando se trata de una infamia semejante... ¡No! ¡No! (Serafín abre la puerta y la cierra de pronto. Arturo al ruido vuelve la cabeza, pero no ve nada.) ¡Y no! ¡Y luego dirá Mendoza que no he formalizado!

## ESCENA XI

ARTURO y PETRA

PETRA (Dentro.) Usted lo pase bien. (Entrando.) (¡Gracias á Dios que se ha marchado ese hombre!)

ART. Hola, Petrita.

PETRA ¿Usted querrá acostarse?

ART. Me parece que ya es hora.

PETRA Sí, señor, sí. Aquí tiene usted la vela. (Dándole una palmatoria con la vela encendida.)

ART. Muchas gracias. Hasta mañana. (Se dirige puerta primera derecha.)

PETRA Que pase usted muy buena noche.

ART. (¡Dios haga que sueñe con Enriqueta!) (Vase.)

PETRA ¡Por fin!... Voy á sacar á ese pobrecillo. (Al ir á abrir la puerta segunda izquierda.) Estará impaciente, y con razón.

ART. (Saliendo.) ¡Petra!

PETRA ¡Eh! (Asustada.) ¡Ah! ¿Es usted?

ART. Que si por casualidad se me pegan las sábanas no me dejen ustedes dormir.

PETRA Descuide usted. Se le llamará temprano.

ART. No muy temprano. A eso de las ocho, (Medio mutis) ó de las nueve (Idem) ó aunque sea á las diez. Hemos quedado en que no es preciso madrugar mucho.

PETRA Bueno, bueno. Acuéstese usted tranquilo.

ART. Hasta mañana. (Se retira y cierra la puerta con llave.)

PETRA ¡Ay, que susto! No me volverá á suceder. (Pausa breve.) Sí, ahora es el momento. (Abre la puerta segunda izquierda.)

## ESCENA XII

PETRA y SERAFÍN

PETRA ¡Anda! ¡Sal en seguida!

SER. ¡Lo que yo he sufrido ahí dentro!

PETRA ¡Lo creo! ¡Márchate! (Empujándole.)

SER. ¡Oir que te requebraban y no poder impedirlo!

PETRA ¡Anda de prisa!

SER. ¡Y hacerme pasar por un perro! ¡Eso es lo que más me ha ofendido!

PETRA ¿Qué había yo de decir? ¡Pero por la Virgen Santísima! (Le lleva como un zarandillo hasta la puerta del foro.)

SER. ¡Voy... voy! ¿Tu padre, no andará por ahí?

PETRA ¡No! Vete tranquilo. Tira hacia la derecha y sal por la puerta del corralillo.

SER. ¿Conque á la derecha, eh?

PETRA ¡Sí! En seguida estarás en la carretera.

SER. (Desde el foro.) ¡No lo olvides! ¡O tu amor ó el ácido prúsico! ¡Adiós! (Vase.)

## ESCENA XIII

PETRA sola

PETRA ¡Ay! ¡Yo no sé como hay mujeres que encierran todos los días á sus novios! Yo no sirvo para estas cosas. Pero, menos mal. (Apaga el velón.) Por fin, ya puedo acostarme tranquila. (Vase con el farol que habrá sobre la cómoda. La escena queda á obscuras. Pausa corta.)

## ESCENA XIV

SERAFÍN, luego ARTURO

SER. (Entrando cautelosamente.) ¡Phis!... ¡Petra! (En voz baja.) ¡Petrilla!... ¡Los cartuchos!... ¡Que me he dejado los cartuchos!... Sin duda se ha acostado... ¿Dónde estará la habitación?... Debe de ser por aquí. (Tropieza en la mesa.) ¡No! Esta es la mesa... (Al tentar la mesa mete los dedos en un vaso de cerveza, se los chupa y hace un gesto de disgusto.) Ya me he desorientado... Por aquella rendija se ve luz. (La puerta primera derecha, que es la habitación de Arturo.) Allí es. (Se acerca á dicha puerta y mira por la cerradura.) No se ve nada. ¡No, pues yo sin los cartuchos, no puedo marcharme! (Dando con los nudillos en la puerta.) ¡Oye! ¡Abre!... ¡Soy yo!...

ART. (Dentro.) ¡Eh! ¿Quién va?

SER. ¡Dios mío, no es ella! (Retrocede asustado.)

ART. (Abre la puerta y se asoma á medio vestir.) ¿Quién llama?

SER. (¡Es el *huéspede*!) (Se dirige á gatas á ocultarse detrás de la mesa.)

ART. No hay nadie, pues yo juraría... ¡Eh!... ¡Allí hay un bulto! (Se acerca. Serafín anda á gatas al rededor de la mesa.) ¡Ah, vamos, es el perro!... (Silbando.) ¡Toma, Leal, toma!

SER. (¡Nada, que sigo de perro!) (Tropieza en una silla.) (¡Ay!)

ART. (Me parece que gruñe. ¡Claro, á obscuras no me conoce.) ¡Quieto, Leal! (Mientras saca la caja de fósforos de la americana.)

SER. (¡Santo Dios!) (1)

ART. (Enciende el fósforo y se acerca á Serafín que continúa en cuclillas.) ¡Toma!

SER. (Levantándose.) ¡Caballero! (Un momento de claridad en la escena.)

ART. ¡Jesús! (Se le cae el fósforo. Obscuro.) ¡Un hombre!... ¿Quién es usted? ¿Qué busca usted aquí?...

SER. Oiga usted, caballero...

ART. ¡No se acerque usted ó le levanto la tapa de los sesos! (Al ruido de las voces aparece Petra con el farol encendido. Luz en la escena.)

SER. ¡Ay! (Se acurruca detrás de la mesa.)

## ESCENA XV

DICHOS y PETRA

PETRA ¿Qué es eso? (Viendo á Serafín.)

ART. ¡Petra! (2)

SER. ¡Ven acá!

PETRA ¡Virgen Santa! ¿Tú aqui todavía? ¿Pero á qué has vuelto? (3)

SER. Que me he dejado olvidados los cartuchos.

ART. ¡Cómo! ¿Se conocen ustedes?

PETRA Sí, señor. No diga usted nada... pero este joven es mi novio.

ART. ¡Ah!

SER. Soy el novio de Petra.

ART. Y yo que le había tomado á usted.. (A Serafín.)

SER. Por el perro.

ART. ¡No! Por un ladrón. Como que si llego á tener el revólver hago una barbaridad.

SER. ¡Qué barbaridad!

ART. Pues, nada. Ustedes perdonen que les haya

---

(1) Serafín, Arturo.
(2) Serafín, Arturo y Petra.
(3) Serafín, Petra y Arturo.

molestado. (Dirigiéndose á su cuarto.) El noveno no estorbar.

PETRA ¡No! (Deteniéndole.) No se vaya usted. (1) ¡No quiero que se forme mal concepto de mí!

SER. ¡Y de mí! Nuestro amor es santo y puro.

PETRA Hace ocho meses que estamos en relaciones.

SER. Pero en relaciones formales.

PETRA Como que piensa casarse conmigo.

SER. En cuanto pueda abrir mi farmacia.

ART. ¡Hola! ¿Es usted boticario?

SER. Por ahora no soy más que mancebo.

ART. Sí, ya veo que es usted joven.

PETRA Es el primer dependiente del señor Cebolleta.

SER. El primero y el último. No tiene más.

PETRA Los dos vivíamos contentos y felices.

SER ¡Porque nos queremos con toda el alma!

PETRA ¡Pero ahora somos muy desgraciados!

SER. ¡Como que ya he pensado en el ácido prúsico!

ART. ¡Muy mal pensado!

PETRA Mi padre se opone á nuestros amores.

SER. Y me ha amenazado con una perdigonada.

ART. ¡Qué barbaridad! Sé por experiencia lo que son esas cosas.

SER. ¡Qué! ¿Le han pegado á usted alguna perdigonada?

ART. ¡No! Digo que sé por experiencia lo que son los amores contrariados.

SER. ¡Ah, ya!

ART. En la historia ha habido muchos casos de amantes desdichados.

SER. ¡Ya lo creo! Abelardo y Eloisa, Julieta y Romeo...

ART. Y Pílades y Orestes.

SER. Y Daoiz y Velarde.

ART. ¡Jóvenes! ¡La relación de esas desventuras me ha conmovido! ¡Confíen ustedes en mí!

PETRA ¿Eh?

SER. ¿Cómo?

ART. ¡Yo les protejo á ustedes! (Con solemnidad.)

---

(1) Serafín, Arturo y Petra.

PETRA ¿Es posible?

SER. ¡Oh, felicidad!

ART. ¿Ustedes se aman?

SER. ¡Mucho!

ART. ¿Ustedes sufren?

SER. ¡Muchísimo!

ART. ¡Ustedes se casarán!

PETRA ¡Dios lo haga!

ART. Dios... y yo. Tengo muy buena mano para eso. Sin mi intervención, Mendoza y Tula no se hubieran casado todavía.

PETRA ¡Qué bueno es usted!

SER. Como pueda le doy á usted una serenata con el *Orfeón*.

ART. ¡Qué! ¿Toca usted el orfeón? (Indicando el acordeón.)

SER. ¡La sociedad coral!

ART. ¡Ah! ¡Ya! La sociedad coral.

PETRA Sí, señor. Si ese es uno de los principales tenores.

ART. ¡Caramba!

SER. Canto regular, nada más que regular.

PETRA No haga usted caso, que tiene una voz muy bonita.

ART. Hombre, á ver, á ver...

SER. ¿Le gusta á usted la música?

ART. ¡Muchísimo!

SER. Pues oiga usted una pieza muy bonita que estamos ensayando... Es descriptiva, ¿sabe usted? Se titula *La tormenta*... Empiezan los barítonos con la boca cerrada: «Hum... hum... hum...» Esto es...

ART. Sí, el abejorro.

SER. No, señor; el huracán.

ART. ¡Ah! ¡Ya!...

SER. Aquí entramos los tenores: (Cantando.)
«¡El cielo se encapota!
¡El cielo se encapota!
¡El cielo se encapota!»
Y contestan los bajos: «Ya muge el huracán.. (Con la boca cerrada.) Hum... hum... hum...»

ART. ¡Muge usted perfectamente!

SER. (Cantando.)
«Ya el aquilón azota...

Ya el aquilón azota...»

(Se oye dentro el ladrido de un perro.)

PETRA ¡Dios mío! ¡El perro! ¡Ahí está mi padre!... (Corre al foro y baja en seguida.)

SER. (Sigue cantando entusiasmado.)

«Ya el aquilón azota,
y el trueno suena ya.»

(Imita el ruido del trueno. Sigue ladrando el perro.)

PETRA (Tapándole la boca.) ¡Cállate! (1)

SER. ¿Eh?

PETRA Que ahí está mi padre.

SER. ¡Caracoles!

ART. ¡El trueno gordo!

PETRA Vete en seguida...

SER. Voy... voy... Pero esos cartuchos... Esos cartuchos...

PETRA ¿Dónde?

SER. Ahí, en tu cuarto. (Corre Petra al cuarto y sale inmediatamente con el paquete de los cartuchos.) ¡Ese padre es una fiera! (A Arturo.)

ART. Ya le amansaremos; pero huya usted. No conviene que le encuentre á estas horas...

PETRA Toma.

SER. Adiós. (Se dirige á la puerta. Petra y Arturo le detienen.)

PETRA No, por ahí no.

SER. ¿Pues por dónde?

PETRA Por la ventana.

SER. ¡Me voy á matar!

ART. No importa.

PETRA ¡Anda! Date prisa.

ART. Ande usted, hombre, ande usted. (Petra y Arturo le ayudan á saltar, tirándole casi de cabeza por la ventana.)

SER. Ya voy... ya voy...

PETRA Desde el corral puedes saltar la tapia de la huerta. (Retirándose de la ventana.) Ya está abajo...

ART. ¡Gracias á Dios!

PETRA Quiera el cielo que no le vea mi padre.

ART. No tema usted.

PETRA Sería capaz de dispararle un tiro... (Se oye

(1) Petra, Serafín y Arturo.

dentro una detonación de arma de fuego.) ¡Jesús! (Aterrada.)

ART. ¡Lo mató! (Pausa.)

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y BERNARDO

BERN. (Entrando muy satisfecho.) ¡Hola! Muy buenas noches.

ART. Muy buenas. (Asustado.)

BERN. ¿Han oído ustedes el tiro? (Colgando la escopeta.)

PETRA Sí, señor. (Temblando.)

ART. ¡Ya lo creo! (Idem.) (1)

BERN. Puedes estar tranquila. (A Petra.) ¡Ese ya no vuelve á parecer por aquí!

PETRA (¡Jesús!) (Cae en una silla.)

ART. (¡Asesino!) (Cae en otra silla.)

BERN. ¿Eh? (Mirándolos con gran extrañeza.—Telón rápido.)

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

(1) Arturo, Bernardo y Petra.

# ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

## ESCENA PRIMERA

TULA, INÉS, DOÑA CATALINA, ENRIQUETA, MENDOZA, ERNESTO, DON RAMÓN y LEVIGNAC. PETRA en segundo término. Tula y doña Catalina tomando chocolate en una mesita colocada en el centro. Enriqueta en otra mesita al lado de ésta. Inés en la de primer término derecha y don Ramón en la de la izquierda. Levignac está sentado junto á Inés. Mendoza y Ernesto en la puerta del jardín. Ernesto, Mendoza y Levignac están en traje de caza.

TULA — Tía, póngase usted más bizcochos. (1)

CAT. — No, gracias, tengo bastantes...

TULA — ¿Y tú, Enriquetilla? (Enriqueta está como abstraída con un bizcocho en la mano.) ¡Enriqueta!

CAT. — ¡Pero, niña!

ENR. — ¿Eh?... ¿Qué?

TULA — ¿Qué te pasa? ¿Estás preocupada?

ENR. — No...

CAT. — ¡Claro! ¡No ves que le falta el alférez! ¡Si esta chiquilla es tonta de la cabeza!

TULA — Sí, que don Arturito se está retrasando bastante...

CAT. — ¡Está bien por allá! Es un hombre que me ataca á los nervios. Anoche en la cena estuvo hasta grosero conmigo.

---

(1) Levignac, Inés, Tula, Doña Catalina, Enriqueta y don Ramón.

TULA — Me choca, porque es un muchacho muy atento y muy bien educado. ¿Verdad, Enriqueta?

ENR. — Bien educado sí que lo está; pero lo que es atento... Ya podía haber madrugado un poquito más...

RAM. — (Desde su sitio.) Oye, Tula, ¿han quedado por ahí más bizcochos?

TULA — Sí, señor. ¡Petra!

PETRA — Señorita.

TULA — Llévale esa bandeja al tío. (Petra coge la bandeja de los bizcochos y se acerca á don Ramón.)

INÉS — Observo, don Ramón, que come usted más aquí que en su casa.

RAM. — ¡Mucho más! ¡Aquí soy otro hombre!

PETRA — Tome usted los bizcochos. (Dándole la bandeja.)

RAM. — Gracias... (¡Fea!) (Aparte á Petra.) (¿Quieres una sopita?)

PETRA — (¡Por Dios, señor!) (Se retira al segundo término.)

RAM. — (¡Vaya si soy otro! ¡Como que aquí me siento casi rejuvenecido!)

INÉS — Usted, señor Levignac, como buen francés, no se desayunará jamás con chocolate.

LEV. — ¡Oh, sí, señora! Yo soy muy español. Me gusta mucho todo lo español. Sobre todo... las españolas.

INÉS — Muchas gracias. (Sin comprender la intención de Levignac.)

MEND. — (Volviendo del foro.) Las nueve ya, y el señor don Arturo sin dar cuenta de sí. Merecía que nos marcháramos de caza sin él.

ENR. — ¡Sí que lo merecía!

MEND. — (A Petra.) ¿Estás segura de que el señorito Arturo quedaba levantado?

PETRA — Sí, señor; y buen trabajo que me costó despertarle. Le llamé lo menos siete veces; pero cuando yo subí, ya él quedaba arreglándose.

MEND. — ¿Arreglándose? Pues entonces tiene todavía para rato.

ERN. — (Bajando del foro.) ¡Hermoso día de caza! Fresquito y completamente encapotado.

MEND. — Así no nos molestará el sol.

RAM. — Pero puede que os moleste el agua. El barómetro ha bajado mucho.

ERN. No haga usted caso de los barómetros. Son como nosotros, se equivocan muchas veces.

RAM. ¡Eso sí es verdad!

ERN. ¡Ya estoy deseando verme en el cazadero! ¡Vamos á pasar el gran dia! ¿No es cierto, señor Levignac?

LEV. ¡Oh, sin duda!

ERN. Lo que siento es que don Ramón no nos acompañe.

RAM. ¿Quién, yo?

ERN. ¡Anímese usted!

TULA ¡Anímate, tío!

TODOS ¡Sí, anímese usted!

RAM. ¡Si, sí! Buena gana tengo yo de darme ahora esos trotes ..

ERN. Pues yo le aseguro á usted que no vuelvo hoy á *Villa-Tula* sin mi docenita de perdices.

INÉS No le haga usted caso, don Ramón. Lo mismo dice en el pueblo siempre que sale, y todavía no hemos comido la primera perdiz cazada por él.

RAM. Pero, hombre.

INÉS En los dos años que lleva de cazador, no ha matado más que un mirlo y media docena de gorriones. (Todos se burlan cómicamente de Ernesto.)

ERN. Mujer, no digas eso.

LEV. (Se burla de su esposo. ¡Es un buen *sintóma!)*

RAM. A Ernesto le pasa por lo visto lo que al doctor del cuento...

INÉS ¿Qué cuento?

RAM. ¿No lo conocen ustedes? El del médico cazador.

TULA ¡Venga!

TODOS ¡Venga!

MEND. Cuéntelo usted, tío.

RAM. Pues, oigan ustedes:
Un doctor muy afamado
que jamás cazado había,
salió una vez invitado
á una alegre cacería.
Con cara muy lastimera

confesó el hombre ser lego,
diciendo:—Es la vez primera
que cojo un arma de fuego.
Como mi impericia noto,
me vais á tener en vilo...
Y dijo el dueño del coto:
—Doctor, esté usted tranquilo.
Guillermo, el guarda, estará
colocado junto á usté.
Él es práctico y sabrá
indicarle...
—¡Así lo haré!
(dijo el guarda). ¡Sí, señor!
No meterá usted la pata.
Verá usted, señor doctor,
los conejos que usté mata.
Siga en todo mi consejo.
¿Que un conejo se presenta?
Pues, yo digo: ¡Ahí va el conejo!
Y usted tira y lo revienta.
—Bueno, bueno; siendo así...
—Nada, que no tema usté.
Quietecito junto á mí.
Chitón y yo avisaré.
Colocóse, tembloroso,
el buen doctor á la espera,
cuando un conejo precioso
salió de su gazapera.
—¡Ahí va un conejo!—le grita
el guarda.—¡No vacilar!—
Y el doctor se precipita,
y ¡púm! disparó al azar.
Y, es claro, como falló
diez metros la puntería,
el conejo se escapó
con más vida que tenía.
El guarda puso mal gesto
y rascose la cabeza.
Hubo una pausa, y en esto
saltó de pronto otra pieza.
—¡Ahí va una liebre, doctor!
¡Tire usted pronto ó se esconde!—
Y ¡púm! el pobre señor
disparó... ¡Dios sabe á dónde!

Gastó en salvas, sin piedad,
lo menos diez tiros, ¡diez!
sin que, por casualidad,
acertara ni una vez.
Guillermo, que no era un zote,
sino un guarda muy astuto,
dijo para su capote:
—¡Este doctor es muy bruto!
No le pongo como un trapo,
¡mas ya sé lo que he de hacer!—
Y al ver pasar á un gazapo,
corriendo á todo correr,
—¡Doctor!—exclamó Guillermo
con rabia mal reprimida.—
¡Ahí va un enfermo!... ¡Un enfermo!...—
Y ¡púm! ¡lo mató en seguida!
(Todos se ríen menos Ernesto, que permanece muy serio.)

MEND. ¡Qué atrocidad!

TULA ¡Pero qué mala intención!

ERN. Eso podrá haber sido cierto, pero no me ha hecho maldita la gracia.

TODOS ¡Se ha picado! ¡Se ha picado!

MEND. ¿Lo ve usted? ¡Se ha ofendido como médico.

ERN. ¡No! Me he ofendido como cazador... ¡Le advierto á usted, señor don Ramón, que yo me pongo con cualquiera á matar enfermos! (Risa general.) ¡No! ¡Me he equivocado! A matar perdices ó conejos... ¡y hasta caza mayor! ¡Todo lo que se presente!

## ESCENA II

DICHOS y ARTURO con el mismo traje del primer acto, con polainas, morral y escopeta

ART. Muy buenos días.

MEND. ¡Gracias á Dios!

ERN. ¡Vamos, hombre!

ENR. (¡Ya era hora!)

ART. (Saludando á Tula.) ¿Han descansado ustedes?

TULA No tan bien como usted, por lo visto.

ART. Yo he dormido admirablemente. (1)

TULA Me alegro.

ART. ¡Y eso que anoche nos llevamos un susto! ¿Verdad, Petra?

PETRA (Aparte á Arturo.) ¡Señorito!...

TULA ¿Y qué ha sido ello? (Petra le ayuda á quitarse el morral y la escopeta.)

PETRA ¡Nada, señora!

ART. Que el padre de ésta le pegó un tiro á un zorro, y nosotros creíamos que había matado...

PETRA ¡Al perro!...

ART. Eso es; al perro.

TULA ¡Sí, que hubiera sido una lástima!

ART. ¡Ya lo creo que lo hubiese sido! ¿Verdad? (A Petra.)

PETRA (Aparte á Arturo.) ¡Calle usted, por Dios!... ¿Puedo llevarme esto?

TULA Sí, llévatelo! (Vase Petra al comedor, llevándose la escopeta y el morral; vuelve luego y retira los servicios de chocolate, llevándose las mesitas del centro ó empotrándolas en las otras, si las que sirven en la escena son de las llamadas mesas de té.)

ART. (A Inés.) Señora...

INÉS Felices, Arturito...

ART. Señor Levignac... (¡Cómo madruga éste!) (Aparte á Inés.) ¡Mucho ojo!

INÉS ¿Eh? (Sin comprenderlo.)

TULA Arturo, supongo que usted, como sus compañeros de expedición, preferirá al chocolate algo más nutritivo.

ART. Tomaré lo que ustedes quieran. (Sentándose á la izquierda de Enriqueta.)

TULA Pues en seguida estará el almuerzo.

MEND. ¡Sí! Que esté pronto, porque se nos va á hacer tarde.

TULA Pero, ¿no esperan ustedes á Cebolleta? Ha quedado en venir.

MEND. No me fío de sus promesas.

TULA Sin embargo, Luisa ha dicho que vendrá, y ya sabes que el pobrecillo no hace más que lo que quiere su mujer.

---

(1) Levignac, Inés, Petra, Arturo, Tula, Catalina, Enriqueta, Mendoza, Ernesto y Ramón.

ENR. ¡Ese es un marido!

CAT. Pero, niña, ¿qué entiendes tú?...

TULA ¡Voy á ver cómo va aquéllo! (Vase Tula puerta foro, derecha.)

ART. Yo me propongo ser otro Cebolleta. (Aparte á Enriqueta.)

ENR. (Aparte á Arturo.) ¡Pues bonita manera de empezar!

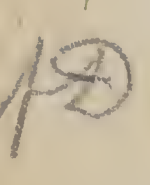
ART. ¿Por qué? (Aparte á Enriqueta.)

ENR. Porque ya podía usted haber madrugado más, sabiendo que yo estaba aquí...

ART. ¡Sentía despertar! ¡Estaba soñando unas cosas tan bonitas!...

ENR. ¿Sí?

ART. ¡Deliciosas!



ENR. ¿De veras?

ART. Oiga usted. (Se dispone á contar el sueño, cuando se presenta Tula.)

TULA ¡Señores cazadores! Cuando ustedes gusten... El almuerzo ya está servido.

MEND. ¡Pues vamos allá! (Se levantan todos.)

ERN. ¡Andando, Arturito!

LEV. *¡Allons! ¡Allons!*

ART. (Aparte á Enriqueta.) Ya se lo contaré á usted luego.

RAM. Voy con ustedes. (Vanse Mendoza, Ernesto y don Ramón.)

ERN. Hasta después, señoras...

ART. ¡Adiós, doña Catalina!

CAT. Vaya usted con Dios... (y no vuelva.)

ART. (¡Ay, qué tía más antipática!) (Vase Arturo.)

LEV. Señoras, con permiso de ustedes...

CAT. ¡Que aproveche!

LEV. *¡Merçi, bien, madamme!* (Vase Levignac.)

CAT. ¡Qué persona tan fina y tan bien educada es este señor Levignac!

## ESCENA III

TULA, INÉS, DOÑA CATALINA y ENRIQUETA. Luego LUISA y CONSTANTINO

ENR. (¡Qué lástima! ¡Cuando iba á contarme el sueño! ¡Y decía que era delicioso! ¡De seguro que soñaba conmigo!)

INÉS Mientras almuerzan voy á ver si pongo cuatro letras á casa. ¡Parece que hace un siglo que no veo á mi nene!

TULA ¡Lo comprendo!

LUISA (Prentándose en el foro, seguida de Cebolleta, que viene con traje de dril de color naranja, ó del más parecido posible; gorra con orejeras; polainas; canana; escopeta; morral; cuchillo de monte; dos jaulas de reclamos con fundas verdes, una en cada mano, y atado de la muñeca izquierda un perro de caza, galgo ó podenco.) ¿Se puede?

TULA ¡Ah, que ya están aquí los boticarios!

LUISA ¡Inés!

INÉS ¡Luisa! (Se abrazan.)

LUISA ¿Y tu esposo?

INÉS Tan bueno.

TULA Pregúntale por el niño... (A Luisa.)

LUISA Sí; ya sé que tenéis un chiquillo precioso.

INÉS ¿Y vosotros?

LUISA Nosotros... todavía no.

CONST. (Aparece Constantino.) Muy buenos días...

TULA, CAT., ENR. ¡Felices!

INÉS ¡Señor don Constantino!

CONST. ¡Señora!... (Constantino, para saludar á Inés, deja en el suelo una de las dos jaulas, que vuelve á recoger.)

LUISA ¡Ahí le tienes! ¡Armado de todas armas!

CONST. (Armado... de paciencia, es como yo necesito estar con esta mujer.)

TULA ¡Ah! Les presentaré á ustedes... (1) Mi ami-

(1) Catalina, Enriqueta, Tula, Luisa, Constantino é Inés.

ga Luisa y su esposo el señor Cebolleta... Mi tía Catalina y Enriquetilla, mi hermana...

CONST. Señoras... (Se acerca á saludar á doña Catalina, siempre seguido del perro, y para darle la mano vuelve á dejar en el suelo la misma jaula de antes.)

CAT. Caballero... (1)

CONST. Tengo el honor de ofrecer á usted mis servicios en la elegante farmacia que he instalado en esta localidad. (Luisa le tira de la chaqueta. Constantino cree que es el perro. Volviéndose.) ¡Quieto, chucho!... (A doña Catalina.) Constantino Cebolleta, servidor de ustedes...

CAT. Muchas gracias.

ENR. (¡Qué tipo tan raro!) (Riéndose.)

CAT. (¡Niña!)

TULA Siéntense ustedes. (Se sientan Enriqueta, doña Catalina, Inés y Luisa. Tula hace grupo con las señoras, apoyada en el respaldo de una silla.)

CONST. ¿Los cazadores se habrán marchado ya, de seguro?

TULA No, señor; están almorzando.

CONST. (¡Lo siento))

TULA Pase usted al comedor.

CONST. Gracias. No tengo apetito (2).

LUISA No ha querido desayunarse.

TULA ¿No?

CONST. No, señora. Estas bromas en que hay que andar á tiros me emocionan mucho y me quitan las ganas de comer.

INÉS Pues, ¿por qué va usted?

CONST. Eso digo yo; pero esta se empeña. (De pié al lado de Luisa.)

LUISA ¡Déjale que vaya! Que haga ejercicio. Todo lo que sea gimnasia le conviene.

TULA Pasarán ustedes un gran día, ya verá usted.

CONST. No lo creo. Me parece que nos vamos á mojar... Hay unos nubarrones hacia esa parte que no me gustan nada.

ENR. Don Ramón dice que ha bajado el barómetro.

---

(1) Enriqueta, Catalina, Constantino, Luisa, Tula é Inés.

(2) Enriqueta, Catalina, Inés, Tula, Luisa, Constantino.

CONST. Tengo yo un barómetro que no miente nunca. Y desde esta madrugada me está dando unos pinchazos el maldito... (Indicando el pié.)

LUISA (¡Calla!)

CONST. ¡Callo! (Las señoras se rien.)

LUISA ¡Ya has soltado una ordinariez! ¡Anda, anda! ¡Vete al comedor y déjanos en paz!

CONST. Voy, voy; pero conste que no tomo nada.

LUISA ¡Bueno, hombre, bueno! Come ó no comas. Haz lo que quieras, ¡pero déjanos tranquilas! (Incomodada.)

CONST. (No me atrevo á moverme. Estos cuarenta cartuchos (Señalando la canana.) me preocupan muchísimo... Mi mujer se ha empeñado en que los lleve todos y es una barbaridad. Si se inflama uno solo y se comunica á los demás, reviento como un triquitraque.) Abur, señoras. (Vase foro derecha.)

TULA Hasta luego.

LUISA ¡Vete con Dios! (Con sequedad.)

## ESCENA V

DICHAS, menos CONSTANTINO

INÉS Oye, Luisa. ¿Tratas siempre con esa amabilidad á tu esposo?

LUISA Es mi sistema, chica. Y me va muy bien. Ya se lo he dicho á esta. A los maridos hay que tenerlos metidos en un puño.

INÉS ¡Sí! ¡Pero no tan apretado!

CAT. Esa señora (Por Luisa.) dice perfectamente.

ENR. Eso creo yo.

CAT. ¡A tí nadie te pregunta nada! (A Enriqueta.) Repito que esa señora piensa muy bien. Yo no me he casado todavía.

ENR. ¡A buena hora mangas verdes!

CAT. No hay mangas verdes ni amarillas. No me he casado porque no me ha dado la gana; pero si algún día se me ocurre esa idea,—que puede que se me ocurra,—emplearé con

mi esposo el mismo sistema que emplea usted (A Luisa.) con el suyo.

LUISA ¡Naturalmente!

TULA Pues no estamos conformes, ¿verdad? (A Inés.)

INÉS ¡Qué hemos de estar!

CAT. ¡A los maridos hay que atarles corto, pero muy corto!

LUISA Y con un nudo bien fuerte, para que no se escapen.

TULA Pues nosotras no atamos á nuestros maridos ni corto, ni largo...

INÉS Disfrutan de una completa libertad.

TULA Y sin embargo, somos muy felices.

INÉS Y ellos no pueden ser mejores.

CAT. ¡Es claro! Los maridos son muy buenos cuando se les deja hacer su santísima voluntad. Pero, opónganse ustedes á alguno de sus caprichos...

LUISA ¡Ahí les duele!

TULA ¿Cree usted que no accederían á nuestro deseo?

CAT. ¡Probablemente no!

LUISA ¡Qué han de acceder! ¡Los tenéis muy mal educados!

CAT. ¡En esas contrariedades es donde se pone á prueba el cariño!

ENR. (¡Pues tiene razón la tía!)

TULA Quisiera encontrar una ocasión para demostrarles á ustedes que están equivocadas.

CAT. ¿Una ocasión? Pues ahora la tenéis.

TULA ¿Dónde? (Se sienta Tula y se levanta doña Catalina.)

INÉS ¿Cómo?

CAT. Vuestros esposos están ilusionadísimos con la idea de salir de caza. ¡Piensan pasar un dia delicioso! Pues decidles que no vayan.

ENR. (¿Eh?)

TULA ¿Y por qué no han de ir? ¡Pobrecitos!

LUISA ¡Eso! ¡Eso! ¡Decidles que no vayan, ya veréis cómo no os obedecen!

TULA ¿Que no?

INÉS ¡Qué tontería!

LUISA Ya habéis visto á mi marido. ¿No le gusta la caza? ¡Pues al monte! Si hubiera demostrado deseos de ir, le dejo encerrado en la

botica. (Se oyen dentro las voces de los cazadores.)
CAT. ¡Ahí los tienen ustedes! (Todas se levantan.)
LUISA ¡Ahí los tenéis!
TULA ¿Quiéres que hagamos la prueba? (A Inés.)
INÉS Las convenceremos.
TULA En cuanto se lo indique á Ramiro.
INÉS En cuanto se lo proponga á Ernesto.
ERN. (¡Voy á decirle á Arturo que no vaya! Ahora probaré si me quiere.)

## ESCENA IV

DICHAS, MENDOZA, ERNESTO, LEVIGNAC y ARTURO con todos los arreos de caza, CONSTANTINO, DON RAMÓN y detrás de todos BERNARDO con tres ó cuatro perros de caza, entre ellos el de Cebolleta

MEND. ¡Andando! ¡Andando, señores!
ERN. ¡En marcha!
CONST. ¡Miren ustedes que nos vamos á mojar!
ERN. ¡Calla, hombre!
MEND. Oye, Arturo, cuidado con la vista; porque yo no me fío de tí. Tú delante con los perros.
ERN. ¡Sí! ¡Mucho ojo! ¡No vayas á tomarnos por conejos!
ART. No tengan ustedes cuidado.
LEV. ¡*Allons*! ¡*Allons*! (Vase Bernardo con los perros por el jardín.)
MEND. Conque, señores, hasta la tarde.
ERN. Queden ustedes con Dios. (Movimiento de todas las figuras hacia el foro.)
TULA Oye, Ramiro... (Bajando con él al primer término.)
INÉS Escucha Ernesto... (Idem.)
MEND. ¿Qué hay?
ERN. ¿Qué deseas?
ENR. Oiga usted, Arturito... (Idem.)
LUISA (A Catalina.) ¡Verá usted, verá usted cómo no les hacen caso!
MEND. (Aparte á Tula.) ¡Por Dios, mujer; no pretendas eso! (1)

---

(1) Enriqueta, Arturo, Levignac (segundo término).—Ernesto, Inés, Catalina, Luisa, Mendoza, Tula.—Ramón y Constantino (segundo término.)

ERN. (Aparte á Inés.) ¡No digas tonterías, mujer!

ART. (Aparte á Enriqueta.) ¡Con muchísimo gusto!

TULA (Aparte á Mendoza.) ¿Te niegas á complacerme?

INÉS (Aparte á Ernesto.) ¿No me concedes este favor?

ART. (Aparte á Enriqueta.) ¡Con el alma y la vida!

MEND. (Aparte á Tula.) Fíjate en que están en mi casa; que yo les he invitado... Sería una falta imperdonable...

TULA (Aparte á Mendoza.) ¡Sí! ¡Es verdad!

ERN. (Aparte á Inés.) Después de lo que has dicho de mí, creerían que no sé más que matar gorriones. ¡Es cuestión de amor propio!

INÉS (Aparte á Ernesto.) ¡Sí! ¡Tienes razón!

ART. (Aparte á Enriqueta.) ¡Me quedo! ¡Ya lo creo que me quedo!

MEND. ¡Ea, señores, cuando ustedes gusten!

LUISA ¿Lo ve usted? (A doña Catalina.)

ERN. ¡Andando! (Movimiento animado de todas las figuras hacia el foro.)

LEV. *¡Allons enfant de la patrie!...*

ART. Un momento, señores.

ERN. ¿Qué hay? (Bajan todos.)

MEND. ¿Qué pasa?

ART. Que somos unos egoistas despreciables; que sólo buscamos la satisfacción de nuestros goces, sin ver que dejamos abandonadas á estas pobres señoras... Yo, á fuer de hombre atento, no puedo incurrir en esta falta y decido quedarme... ¡Que ustedes se diviertan! (Quitándose los arreos de caza.)

CAT. ¿Eh?

MEND. Bueno, hombre, bueno. ¡Quédate bendito de Dios! ¡Vamos! (Se repite el movimiento hacia el foro.)

LEV. (¡Ah, qué idea!) ¡Señores, señores! (Todos bajan otra vez.) Don Arturo tiene razón. Nosotros los jóvenes solteros no debemos dejar á las señoras... Es una falta de galantería... ¡Les abandono á ustedes!

CAT. (¡Me alegro!)

ART. (¡Ah, pillo!)

MEND. Perfectamente. ¡Libertad absoluta! El que no tenga gusto en venir, que no venga. ¡Yo no me ofendo por eso!

CONST. ¿No? ¡Pues me quedo también! (Viniendo al centro de la escena.)

LUISA ¡No, señor! ¡Tú irás porque yo te lo mando! ¡Pues no faltaba otra cosa!

CONST. Bueno, mujer, iré... Pero, oigan ustedes... ¿No podríamos llevar unos paraguas?

MEND. ¡Hombre, por Dios!

ERN. ¡Qué ocurrencia!

MEND. ¡Cazadores con paraguas! ¡Pues estaríamos bonitos!

ART. (Por Ernesto.) (¡Y ese marido sin sospechar!) Oye, Ernesto.

ERN. ¿Qué?

ART. (Aparte á Ernesto.) (¡Creeme á mí! ¡No vayas!)

ERN. (Idem á Arturo.) (¿También tú? ¡No seas majadero!)

RAM. ¿A que todavía nos quedamos sin comer perdices?

MEND. ¡Las comeremos, tío, las comeremos!

ERN. ¡Vaya si las comeremos!

CONST. ¡Como no coma usted más perdices que las que yo cace!...

MEND. ¡Adiós, señores!

CONST. ¡Abur!

ERN. ¡Hasta la tarde!

LEV. ¡Buena suerte! (Mucha animación.)

TULA
INÉS } ¡Adiós!

LUISA ¡Que ustedes se diviertan! (Vanse Ernesto, Mendoza y Constantino. Don Ramón sale con ellos hasta el jardín. Tula, Inés Luisa, Levignac y Arturo, van á despedirles hasta la terraza. Doña Catalina trae á Enriqueta al primer téérmino.)

## ESCENA VI

DICHOS, menos MENDOZA, ERNESTO, CONSTANTINO y DON RAMÓN

CAT. ¡Eres incorregible! (A Enriqueta.)

ENR. ¡Pero, tía!...

CAT. ¿A quién se le ocurre ir á decirle á ese títere que se quedara? ¡Maldita la falta que hace aquí!

ENR. No he hecho más que seguir los consejos de usted.

CAT. ¡Está visto! No se puede hablar nada delante de chiquillas. (Bajan todos del foro.)

TULA ¡Qué contentos van!

ART. ¡Y cómo corren!

INÉS No parece sino que van á llegar tarde.

TULA Hubiera sido una crueldad privarles de ese placer.

INÉS ¡Sí que lo hubiera sido!

LUISA ¡Claro! La que no se consuela es porque no quiere.

TULA Te advierto que ellos nos han dado sus razones.

INÉS Por eso no hemos querido insistir.

CAT. Desengañaos. No todas las esposas son Luisas.

INÉS Es verdad.

LUISA Ni todos los maridos son Cebolletas.

TULA (¡Afortunadamente!) (Aparte á Inés, riéndose.)

CAT. ¡Ha hecho usted muy bien en quedarse! (A Levignac.)

LEV. ¡Así lo creo!

CAT. (¡Qué simpático es este hombre!)

TULA Tú irás á escribir esa carta. (A Inés.)

INÉS Sí, ahora mismo

LUISA Por mí no lo dejes.

TULA Vamos al jardín. (A Luisa.) Quiero que veas como ha quedado el invernadero (Vanse Luisa y Tula por el foro izquierda. Arturo se acerca á Enriqueta.)

LUISA ¡Vamos!

LEV. (A Inés.) Por el gusto de acompañar á usted me he privado de uno de los más grandes placeres de mi vida. (1)

INÉS Yo le agradezco el sacrificio. (Siguen hablando.)

ART. (¡Malo!) ¡Ya hablan aparte. (Mirando á Levignac y á Inés.)

ENR. (Aparte á Arturo.) ¿Y me contará usted el sueño? (Como siguiendo la conversación empezada un momento antes.)

---

(1) Levignac, Inés, Catalina (segundo término).—Arturo, Enriqueta.

ART. ¡Ya lo creo!
ENR. ¿Es bonito?
ART. ¡Precioso! ¡Aunque no tanto como usted!
ENR. ¡Vamos! (Con fingido rubor.)
ART. ¡Es usted divina!
ENR. Gracias.
INÉS (A Levignac que la acompaña hasta la segunda derecha.) ¡Usted siempre tan galante! (Arturo mira repetidas veces á Inés y á Levignac, sin separarse de Enriqueta.)
ART. ¡Angelical! (Aparte á Enriqueta.)
ENR. Muchas gracias.
INÉS Hasta luego, señor Levignac.
LEV. ¡Adiós, señora! (Vase Inés.)
ART. (¡Por fin!) (Viendo que se marcha Inés.)
CAT. Anda; niña. (Se coloca entre Enriqueta y Arturo.)
ART. (Creyendo tener á su lado á Enriqueta ) ¡Monísima!
CAT. ¡Monísimo!
ART. (¡Ay, qué señora esta! ¡No la puedo sufrir!)
CAT. (¡Qué hombre este! No lo puedo soportar!)
ENR. Pero, tía...
CAT. ¡Anda! ¡Anda! (Vanse primera izquierda.)

## ESCENA VII

ARTURO y LEVIGNAC

LEV. (¡Es una mujer preciosa! ¡Y venceré! ¡Vaya si venceré! ¡Es cuestión de *tactica!* (Reparando en Arturo que se pasea muy agitado) ¡Hombre, está usted muy nervioso!
ART. Sí, señor. Mucho.
LEV. ¡Tunante! ¡Qué bien ha sabido usted quedarse aquí, al lado de su Enriqueta!
ART. Naturalmente. Como que con eso no ofendo á nádie. Yo soy soltero; ella es soltera. Podemos hacer lo que nos plazca.
LEV. Claro que sí. Usted se ha dicho lo que cantan en aquella zarzuela tan bonita: (Canta.)

«A caza voy,
es la verdad;
que aquí y allí
todo es cazar.» (Riéndose.) ¿Eh? ¿No es eso?

ART. Le advierto á usted que yo no soy un cazador furtivo. Estoy autorizado por el dueño del coto.

LEV. No digo lo contrario. (1)

ART. No soy como otros.

LEV. (¿Eh?)

ART. Como otros. Hay quien tiene el atrevimiento de meterse á cazar en terreno vedado.

LEV. ¡Caramba, hombre!

ART. Sí, señor. En terreno vedado. Pero, por fortuna, hay un guarda que vigila. Y ese guarda soy yo.

LEV. ¡No sea usted *estupído!*

ART. ¡Oiga usted!... ¡No tolero!...

LEV. Usted perdone... No domino el idioma...

ART. Yo tampoco domino el francés, ni gana. Pero en buen castellano le repito á usted... que...

LEV. ¡Bah, bah! (Sin querer oirle.) *¡Allons, allons!* (Hace un gesto despreciativo y vase por la escalera.) *¡Sapristi! C'est embetant...*

ART. Sí. ¡*Allons, allons*! A este tío le voy á romper yo un *alón*. Y, por supuesto, que me estoy metiendo donde no me llaman. Pero no lo puedo remediar. Estas cosas me ponen nervioso.

## ESCENA VIII

ARTURO y PETRA

PETRA. Señorito Arturo.

ART. ¿Qué hay, Petrilla?

PETRA No olvide usted lo que me prometió anoche.

ART. ¿Anoche? ¡Ah! Sí. Descuide usted. (2)

PETRA ¡Qué ocasión tan buena teníamos hoy para poder hablarnos! Serafín estará completamente solo en la botica.

ART. Es verdad. Pero por lo mismo que está solo no podrá venir.

---

(1) Levignac y Arturo.
(2) Petra y Arturo.

PETRA Es claro; pero podía yo ir allá.
ART. Bueno, vaya usted.
PETRA Sí, eso se dice fácilmente; pero... ¿Cómo está usted?
ART. Bien; gracias.
PETRA ¿Digo que cómo está usted de salud?
ART. Perfectamente.
PETRA ¡Qué lástima!
ART. ¿Eh?
PETRA Si se sintiera usted algo mal, podía yo ir á la botica por cualquier cosa.
ART. No; muchas gracias.
PETRA Ande usted, señorito, póngase usted malo.
ART. ¡Chica, por Dios!
PETRA ¡Y decía usted que nos iba á proteger!
ART. Y les protegeré á ustedes; pero no ahora.. Hoy estoy muy nervioso.
PETRA ¿Está usted nervioso? Pues voy corriendo á la botica á que le preparen á usted unas píldoras ó unas cucharadas. Las píldoras es lo mejor. Se tarda más en hacerlas... (Quitándose el delantal.) Si pregunta la señorita, dígale usted que... (Corriendo al foro.)
ART. De ninguna manera. (Deteniéndola.) Yo no la mando á usted nada. No quiero responsabilidades.
PETRA Ya podía usted siquiera corresponder á lo que yo he hecho por usted con la señorita Enriqueta.
ART. ¿Eh? ¿Cómo?
PETRA Usted no me ha dicho nada, pero ya sé que se quieren ustedes.
ART. ¿Y por quién lo ha sabido usted?
PETRA Por ella misma.
ART. ¿Por ella?
PETRA Sí, señor. Cuando entré esta mañana á recogerla el pelo, me preguntó por usted con muchísimo interés.
ART. ¿Sí, eh?
PETRA Dice que le gusta usted mucho.
ART. ¿Es posible?
PETRA Que es usted un hombre muy guapo.
ART. ¿Es de veras?
PETRA Sí, señor. No tiene usted nada de feo.

ART. ¡Ya lo sé! Pero pregunto, ¿si es cierto que Enriqueta haya dicho?...

PETRA Ya lo creo. Y yo le solté entonces una mentira muy gorda.

ART. ¿Cuál?

PETRA Que anoche había estado usted hablándome de ella más de dos horas...

ART. ¿Y qué dijo ella entonces?

PETRA Pues dijo: «Parece mentira...»

ART. ¡Claro! Lo conoció.

PETRA No, señor: «Parece mentira que á mi tía no le guste ese muchacho.»

ART. ¡Ah, ya! Esa tía nos va á fastidiar.

PETRA No lo crea usted. La señorita Enriqueta añadió, que con tal de que su hermano no se oponga, la tía le tiene sin cuidado.

ART. ¡Oh felicidad! ¡Ay, Petra, cuánto le agradezco á usted esa revelación! (Abrazándola.) Muchas gracias.

PETRA Me parece que bien puede usted hacer algo por Serafín y por mí.

ART. Sí, señor. Se casará usted con ese Serafín y con todos los Serafines que usted quiera.

PETRA Me basta con ese

ART. (Abrazándola.) Gracias. (Volviéndola á abrazar.) Muchas gracias. (Aparece don Ramón en la puerta del jardín.)

## ESCENA IX

DICHOS y DON RAMÓN

RAM. ¡Perfectamente!

PETRA ¡Ay, el señor! (Separándose asustada.)

RAM. Bien. Muy bien. (Seriedad cómica.)

PETRA (¡Qué vergüenza!)

ART. Oiga usted, don Ramón...

RAM. ¿Conque abrazándose?... (1)

ART. No, señor; si es que me estaba diciendo...

PETRA Le estaba contando...

RAM. Déjame de cuentos. ¿Me negarás que don

---

(1) Petra, Ramón y Arturo.

Arturo te tenía así, (Abrazándola.) entre sus brazos?

PETRA Si es que...

RAM. Y que al asomar yo por allí, decía: Gracias. (Abrazándola fuertemente.) Muchas gracias. (Dándole otro apretón.) Muchísimas gracias. (Otro apretón.) (Algo se pesca.)

PETRA Le juro á usted que... bien puede usted creer que yo... (Gimoteando.)

ART. Sí, señor; ha sido inocentemente.

PETRA Muy ino... cente... mente. (Lloriqueando.)

RAM. Vamos. Calla, tonta. (Sin dejar de abrazarla.) No llores por eso. Enjúgate, enjúgate esas lagrimitas. (Limpiándoselas con el pañuelo.) (¡Qué ojillos más monos!) Anda, anda. Vete tranquilamente á tus quehaceres, que todo esto ha sido una broma. (Haciéndole una caricia.) ¡Tontina!

PETRA Muchas... gracias. (Vase limpiándose las lágrimas por el foro derecha.)

## ESCENA X

DON RAMÓN y ARTURO, luego ENRIQUETA

ART. ¡Pobre chica! Crea usted que...

RAM. ¡Vamos, hombre! ¡Si eso no tiene nada de particular! A su edad de usted era yo capaz de abrazar á un guardia civil con faldas. Conque no digo á una muchacha tan bonita y tan inocentita... (y tan bien formada la pobrecita.)

ENR. (Que sale de la primera izquierda.) Diga usted don Ramón...

ART. (¡Ella!) ¡Calle usted! (A don Ramón.) (1)

ENR. ¿Por dónde andan las señoras?

RAM. Pues no lo sé, hija mía, yo he estado por ahí abajo.

ENR. ¿En qué va á pasar una estas horas hasta el almuerzo?

---

(1) Arturo, Don Ramón y Enriqueta.

RAM. ¿Quieren ustedes que demos unas vueltas por el jardín?

ENR. ¿Los tres? ¡No, señor! Hace mucho frio. Me he asomado á la ventana del jardín y está muy desagradable la mañana.

RAM. Pues aquí tiene usted, (Sobre un mueble del foro) juego de dominó, juego de ajedrez y tablero de damas.

ENR. ¿Hay tablero de damas? ¡Me alegro! Me gusta muchísimo ese juego. Arturito, ¿quiere usted que echemos una partida?

ART. Con muchísimo gusto.

ENR. Pues vamos allá. (Coge el tablero y lo coloca en la mesita de la izquierda.)

ART. Le advierto á usted que yo juego muy mal. (1).

ENR. ¡Mejor! Así le ganaré á usted. (Se sientan: uno enfrente de otro, dando Arturo la espalda á la izquierda de la escena.)

RAM. ¡Vamos á ver! ¡Vamos á ver! (Sentándose entre los dos.)

ENR. (Después de una pausa.) Oiga usted don Ramón. Yo con mirones no sé jugar. Me aturdo completamente. (Arturo se ríe maliciosamente.)

RAM. ¿Sí, eh? ¡Comprendido! (Levantándose.) Cuando yo era como ustedes tampoco me gustaba jugar con mirones. ¡Vaya! ¡Que ustedes se diviertan!

ENR. Muchas gracias.

ART. Adiós, don Ramón.

RAM. (¡Qué demonios de chicos! ¡Que uno no pueda volverse á esa edad!) (Vase por la escalera.)

## ESCENA XI

ARTURO y ENRIQUETA

ENR. ¡Ya estamos solos!

ART. ¿Y la tía?

ENR. No tema usted. Está peinándose la peluca y esa es una operación muy delicada.

---

(1) Enriqueta, Don Ramón y Arturo.

ART. ¡Lo sé todo!

ENR. ¡Eh!

ART. ¡Cuando le digo á usted que lo sé todo!

ENR. ¿Sí? Pues ya sabe usted más que yo, que todavía no sé lo que soñó usted anoche.

ART. ¡Es verdad! Se lo voy á contar ahora mismo. (Se levantan los dos.) (1). ¡Verá usted! Soñé que veníamos en el tren; ustedes en su departamento y yo en el mío; era de noche; marchábamos á toda velocidad. De pronto sentimos una conmoción horrible. ¡El tren había descarrilado! (Con entonación dramática.)

ENR. ¡Jesús!

ART. Todos los viajeros quedaron sepultados entre las astillas de los coches.

ENR. ¡Qué atrocidad!

ART. ¡Solo salvamos nosotros!

ENR. ¿Los dos y la tía?

ART. ¡No! La tía se quedó debajo del furgón de equipajes.

ENR. ¡Pobre señora!

ART. ¡Corro en busca de usted! La saco en brazos por la ventanilla. ¡Estaba usted desmayada!

ENR. ¡Naturalmente!

ART. Con tan hermosa carga trepo á duras penas por el removido terraplén; la locomotora continuaba sobre la vía; no había sufrido ningun deterioro; el maquinista y el fogonero habían desaparecido; desengancho el tender; subo con usted á la plataforma; cojo con mano firme una palanca, doy un impulso... y sale la locomotora por la vía adelante con la velocidad del rayo... Intento reprimir la marcha, y ¡ya no es posible! ¡Corremos y corremos y corremos! ¡Y pasan estaciones y más estaciones, y pueblos y más pueblos, y yo siempre agarrado á la palanca. (Cogiendo la muñeca izquierda de Enriqueta) y usted siempre reclinada en este brazo, (En el izquierdo) y las ruedas echando chis-

(1) Enriqueta y Arturo.

pas... y las chimeneas vomitando humo...

ENR. ¡Cómo nos pondríamos de cisco!

ART. No recuerdo ese detalle.—¡De pronto!...

ENR. ¿Descarrilamos otra vez?

ART. ¡No! Siento una trepidación extraña y la locomotora se detiene.

ENR. ¡Gracias á Dios!

ART. Se había acabado...

ENR. ¿El carbón?

ART. No. Se había acabado la vía.

ENR. ¡Qué cosa más rara!

ART. Estábamos en un bosque. (Con dulzura.) Comenzaba á clarear la mañana. El viento agitaba dulcemente las hojas de los árboles... Los pájaros saludaban con un himno de amor á la naciente aurora...

ENR. ¡Ay, qué bonito es eso!

ART. Usted volvió de su desmayo; fijó sus ojos en los míos; estrechó mi mano entre las suyas; (Cogiéndole las manos.) nos miramos un momento como extasiados; nuestros rostros se fueron acercando poco á poco, y en esto...

ENR. ¿Qué? (Con ansiedad.)

ART. En esto... entró Petra á despertarme.

ENR. ¡Qué importunidad! (Muy disgustada.)

ART. Eso dije yo, y me volví del otro lado; pero entonces ya no pude soñar más que con la tía. Y aquello ya no fué sueño, fué una pesadilla.

ENR. ¡Me lo explico! (Se oye un trueno.) ¡Ay! ¿Qué es eso?

ART. Un trueno.

ENR. ¡Indudablemente!

ART. ¿Tiene usted miedo?

ENR. ¡Quiá! Después del viaje que hicimos anoche, ya no tengo miedo á nada. (Riéndose y sentándose á jugar.)

ART. Es natural. (Idem, ídem. Pausa corta.)

ENR. ¡Ea, salga usted!

ART. ¡Voy! (Levantándose.)

ENR. ¡No! Digo que le toca á usted salir en el juego.

ART. ¡Ah, ya! (Levantándose.) Me gana usted, como si lo viera. ¡Salgo por aquí! (Jugando un peón.)

ENR. Pues yo por este lado. (Aparece Inés con un periódico por la segunda derecha, con algunas flores en el pecho.)

## ESCENA XII

DICHOS, INÉS. Luego LEVIGNAC

ART. ¡Muy bien! ¡Ahí va ese!
ENR. ¡Y allá va ese otro!
ART. ¡Avanzo!
ENR. ¡Me lo como!
INÉS ¡Hola, hola! ¿Jugando á las damas?
ENR. Sí.
ART. Por pasar el rato.
INÉS Muy bien hecho. (Se sienta á la derecha.)
ENR. Que le voy á soplar á usted ese peón.
ART. ¡Ay, es verdad! (Siguen jugando.)
LEV. ¡Oh, señora! (A Inés. Levignac se ha quitado el traje de caza.)
INÉS Señor Levignac...
ART. ¡Ya está ahí ese hombre! (Inquieto.)
ENR. Que le toca á usted jugar. (A Arturo.)
ART. ¡Ah, sí! (1)
LEV. (Sentándose al lado de Inés.) ¡Caramba! ¡Qué florida está usted!
INÉS Tengo verdadera pasión por las rosas.
LEV. Yo también. ¡Y si fuera usted tan amable!...
INÉS Con muchísimo gusto. (Quitándose una rosa del pecho.)
ENR. (A Arturo.) ¿Pero qué le pasa á usted? ¡Está usted distraído!
ART. No.. es que... (Incorporándose en la silla y jugando sin mirar el tablero.)
ENR. ¡Eso está mal! (Aludiendo á la jugada.)
ART. (¡Y tan mal!) (Mirando á Levignac.)
ENR. Ha saltado usted dos casillas.
ART. Sí... es cierto... (Sin dejar de mirar á Inés y á Levignac.)
LEV. (A Inés, poniéndose la rosa en el ojal.) Se la agradezco á usted con todo mi corazón.

---

(1) Levignac, Inés, Enriqueta y Arturo.

INÉS ¡No es para tanto!
ENR. (A Arturo, indicando el juego.) Tenga usted cuidado con esa dama.
ART. ¡Ya tengo, ya! (Mirando á Inés.)
LEV. (¡El guarda nos vigila! *(¡Estupído!)* (Para sí y mirando á Arturo.)
ENR. ¡Pero, hombre, juegue usted!
ART. ¡Voy... voy!...
LEV. Si quiere usted que vayamos al jardín, tendré sumo placer en dedicarle un *bouquet* (A Inés.)
INÉS Como usted guste.
LEV. ¡Es mi especialidad!
INÉS ¡Vamos! (Se levantan Levignac é Inés y se dirigen al foro.)
ART. (¡No! ¡Eso sí que no!) (Levantándose de pronto como para oponerse que salgan Inés y Levignac.)
ENR. (¿Eh?) (Con extrañeza.)
ART. ¡Inés!
INÉS ¿Qué? (Se oye un trueno más fuerte que el anterior.) ¡Jesús! (Levignac y Arturo se miran en actitud dramática.)
TULA (Dentro.) ¡Corre, Luisa, corre! (Ruido de lluvia que irá en aumento hasta el final del acto.)
ENR. (¡Qué grosería!) (Aparecen en el foro Tula y Luisa con las faldas recogidas. Luisa lleva el sombrero cubierto con un pañuelo.)
INÉS ¿Decía usted? (A Arturo.)
ART. (Que ha visto á Tula y á Inés.) No. Nada.

## ESCENA XIII

DICHOS, TULA, LUISA, luego DON RAMÓN, más tarde PETRA, JIMÉNEZ y DOÑA CATALINA

TULA ¡Qué carrera nos hemos dado! (Tula y Luisa entran en escena corriendo.)
LUISA No salgan ustedes. Están cayendo unas gotas como avellanas. (Quitándose el pañuelo.)
TULA (Desde el foro derecha.) ¡Petra! ¡Jiménez!
ART. (Que se ha acercado á Enriqueta. Sentándose.) Sigamos el juego.

ENR. Ahora juegue usted solo. (Dando un manotazo en el tablero y levantándose muy incomodada.)

ART. ¡Pero Enriqueta!...

ENR. ¡Déjeme usted! (Se retira hacia el foro.)

TULA ¡Petra! (Llamando.)

RAM. (Por la escalera.) ¡Anda, anda! ¡Qué razón tenía el barómetro!

PETRA ¿Llamaba la señorita? (Aparecen Petra y Jiménez.)

TULA Suban ustedes y cierren todas las ventanas de arriba.

PETRA A escape.

JIM. (¡Así caigan capuchinos de bronse! ¡A ver si se aburren de vivir en el campo!) (Vanse Petra y Jiménez por la escalera.)

CAT. (Por la segunda izquierda.) ¡Hija mía, os hemos traído el mal tiempo! (A Tula.)

TULA Esto pasará pronto.

RAM. (Desde la puerta del jardín, que se irá obscureciendo poco á poco desde el primer trueno.) ¡Sí! ¡Pues ya escampa! ¡Va á caer el diluvio!

INÉS ¡Buenos se van á poner los cazadores!

TULA ¡Pobrecitos!

RAM. Por algo el boticario quería llevar paraguas.

CAT. Si os hubieran obedecido, estarían ahora muy á gusto en su casita.

LEV. ¡Ha sido una gran idea la nuestra! (A doña Catalina.)

CAT. ¡Ya lo creo que lo ha sido! (¡Pero qué simpático es este hombre!)

ART. Pero oiga usted... (A Enriqueta.)

ENR. Ya le he dicho á usted que me deje. (A Arturo.)

RAM. ¡Ahí vienen! (Desde la puerta del jardín.) ¡Ahí vienen!

INÉS ¡A ver! (Se acercan todos al foro.)

TULA ¡Me alegro!

CAT. ¡Buen paso traen!

LEV. ¡Naturalmente!

TULA ¡Andad! (Como dirigiéndose á los que llegan.)

INÉS ¡Corred!

RAM. ¡A casa, que llueve!

## ESCENA XIV

DICHOS, MENDOZA y ERNESTO que entran jadeantes y sacudiendo los sombreros

MEND. ¡Ya estamos de vuelta!

TULA ¡Gracias á Dios!

ERN. Creí que no llegábamos.

TULA Vendrán ustedes perdidos. ¡A mudarse en seguida! (1)

MEND. No nos hemos mojado mucho, afortunadamente.

ERN. Gracias á la calle de los tilos.

MEND. Hemos venido sorteando el chaparrón.

CAT. ¡Valiente día de caza!

MEND. No tan malo. Este ha *cogido una liebre.*

TODOS ¿Sí?

INÉS ¿Es de veras? (Muy alegre.)

ERN. ¡Sí, hija, sí! Al saltar una zanja me he caído tan largo como soy. (Todos se ríen.)

TULA ¡Cómo se habrán reído de ustedes las perdices!

RAM. Y los conejos.

ERN. Sobre todo, los conejos; con esa risita tan burlona que tienen los condenados. (Llueve con gran estrépito.)

RAM. ¡Anda, anda, cómo aprieta!

LUISA (Que vuelve de la puerta del foro.) Pero, ¿dónde han dejado ustedes á mi esposo?

MEND. Pues, señora, no lo sé. Yo cuando oí el primer trueno, y ví lo que se nos venía encima, dí la voz de «¡A casa!» y apretamos á correr.

ART. (Desde la puerta del foro.) ¡Aquí está Cebolleta!

RAM. ¡Ay, cómo viene! (Aparece Constantino.)

---

(1) Levignac, doña Catalina, Inés, Tula, Mendoza, Ernesto, Luisa, Ramón, Enriqueta y Arturo.

F I

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y CONSTANTINO, que entra pausadamente y completamente mojado

TULA ¡Jesús! (Todos le dejan solo en el centro de la escena.)

LEV. ¡Dios mío!

INÉS ¡Pobre hombre!

CONST. ¿No les decía á ustedes que nos íbamos á mojar?

LUISA ¡Anda, vámonos á casa! ¡Pareces un bizcocho borracho!

CONST. Estos señores me dejaron en el *puesto*.

LUISA ¡Así te has puesto!

CONST. ¡Achist! (Estornuda.)

RAM. ¡Ha recibido usted dignamente el bautismo de caza! (Se estrecha el grupo.)

CONST. Esto no ha sido bautismo. ¡Esto han sido todos los sacramentos! (Al bajar la escopeta, que llevará colgada del hombro derecho, salen por los dos cañones dos chorros de agua. Todos se separan asustados.)

TULA ¡Cuidado!

LUISA ¡Pero, hombre!

RAM. ¡Quite usted allá! (Se ríen todos.—Cuadro. Final.)

FIN DEL ACTO TERCERO

# ACTO CUARTO

La misma decoración de los actos primero y tercero.

## ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón bajan por la escalera LEVIGNAC y BERNARDO, éste examinando una escopeta, luego TULA é INÉS, que saldrán del foro derecha, después JIMÉNEZ, más tarde DON RAMÓN

LEV. Pues tenga usted la bondad de aflojar un poquito este tornillo. Anda muy fuerte esto.

BERN. Descuide usted. Luego la desarmaré y veré bien lo que tiene. ¿Se le ofrece á usted algo más?

LEV. No, nada. Muchas gracias.

BERN. A la orden de usted. (Vase Bernardo por el jardín.)

TULA Sí, hija, sí. ¿Qué hemos de hacer en casa? Vamos á dar un paseo por el jardín. ¡Verás qué macizos de rosas! ¡Son una delicia! Renovaremos las de tu habitación.

INÉS Bueno, como quieras.

TULA ¿Viene usted, señor Levignac?

LEV. ¡Oh, ya lo creo! Con muchísimo gusto.

TULA (Que ha ido á la puerta del jardín.) ¿Lo ven ustedes? Se ha quedado una tarde deliciosa. Lo de esta mañana no ha sido más que una nube de verano.

LEV. Afortunadamente.

TULA Hace un sol hermosísimo, y el piso está casi seco.

INÉS Me alegro.
LEV. ¿Lleva usted calzado fuerte? (A Inés.)
INÉS ¡Ah! Sí, señor. Mire usted...
LEV. (¡Ay, qué pié! ¡Es un primor!)
TULA Allí están Enriquetilla y Arturo jugando al volante. ¡Cómo se divierten los pobrecillos! Me parece que esos acabarán por entenderse.
INÉS Sí que les veo muy enamorados.
LEV. (A Inés.) No hay nada más hermoso que el amor.
INÉS Dice usted bien.
TULA (A Jiménez, que viene del jardín.) ¿Por dónde anda el señorito?
JIM. Está con el doctor, enseñándole la caballeriza.
TULA ¿Ha vuelto ya el coche que llevó á los señores de Cebolleta?
JIM. Sí, señora. Hase dos horas lo menos. Por sierto que el cochero está muy *incomodao*, y con rasón.
TULA ¿Pues qué ha pasado?
JIM. Que como el señor boticario iba chorreando agua por todas partes, ha *echao* á perder los almohadones de la berlina.
LEV. Naturalmente. (Vase Jiménez.)
TULA Ha sido mucho empeño el de Luisita de no permitir que al pobre Constantino se le diera aquí un traje cualquiera. (1)
INÉS ¡Pues bueno habrá llegado á su casa con aquella mojadura!
TULA ¡Va á costarle una enfermedad!
LEV. Una pulmonía, por lo menos.
INÉS Con esa teoría de tener á su esposo metido en un puño, va á acabar con el pobre Cebolleta.
TULA ¡Yo no sé cómo la sufre!
INÉS Créeme. Es mejor nuestro sistema. Los maridos deben tener libertad...
LEV. ¡Oh, sí! Mucha libertad... y las mujeres también...
INÉS No; las mujeres no tanta.
LEV. Bien. Todo es relativo.

---

(1) Levignac, Inés y Tula.

RAM. (Por la escalera.) Oye, Tula. ¿Por dónde anda Petra?

TULA ¿Necesitas algo?

RAM. Sí; se me ha caído este botón del chaleco... y...

TULA Deja; yo te lo pegaré.

RAM. ¡No faltaba más!... Ya buscaré á esa muchacha.

TULA Debe de estar en el comedor... Vayan ustedes al jardín. (A Inés y Levignac.) En seguida soy con ustedes. Voy á ver si la tía ha rezado ya sus oraciones y quiere acompañarnos. (Vase á la segunda izquierda y sale en seguida.)

RAM. ¡A paseo, á paseo! Se ha quedado una tarde magnífica El barómetro ha vuelto á subir.

INÉS ¿Vamos, señor Levignac?

LEV. ¡Oh, con mil amores! (Vanse Inés y Levignac por el jardín.)

TULA (Saliendo de la segunda izquierda como hablando con su tía.) Bueno, bueno. Está bien. Por el jardín la esperamos.—Hasta luego, tío.

RAM. Vete con Dios. (Vase Tula al jardín.)

## ESCENA II

DON RAMÓN, luego PETRA

RAM. Voy á buscar á esa chiquilla. ¡Es tan simpática y tan cariñosa!... ¡Y pega los botones con una gracia!... ¡Ah! Aquí viene. (Petra sale de la puerta derecha del foro y se dirige á la primera derecha.) Oye, Petrilla.

PETRA Mándeme usted.

RAM. Ven acá. Vas á hacer el favor de pegarme...

PETRA ¿De pegarle á usted?

RAM. No, hija; de pegarme este botón del chaleco.

PETRA ¿Qué? ¿Se ha vuelto á caer?

RAM. No; es otro: el de más abajo.

PETRA Pues voy en seguida. (Saca del bolsillo hilo y aguja.) Pero estese usted quieto, ¿eh? Porque estos días tiene usted unas ganas de bromas... (1)

(1) Petra y don Ramón.

RAM. Es mi genio así. No lo puedo remediar.

PETRA ¿Es aquí, eh? (Empieza á coser el botón.)

RAM. Sí. Asegúralo bien. No importa que tardes.

PETRA No se caerá, no. ¡Botón que yo pegue!...

RAM. ¡Ay, que me haces cosquillas, mujer!

PETRA ¡Vamos, sea usted formal! (Sigue cosiendo.)

RAM. ¡Caramba, qué bien peinadita estás hoy!

PETRA Como siempre.

RAM. ¡Y qué buen perfume gastas! ¡Hueles á Cebolleta!

PETRA ¿Cómo á cebolleta, señor? ¡Si es bergamota!

RAM. Bueno: es el perfume que gasta el señor Cebolleta.

PETRA ¡Ah! Como que es de un frasquito que me regaló Serafín el día de mi santo.

RAM. ¡Y qué ricitos tan monos y tan provocativos!

PETRA Pues son naturales. A mí no me gusta usar nada postizo.

RAM. No, ¿eh? (Abrazándola.)

PETRA ¡Vamos, señor, que yo también tengo muchas cosquillas! ¡Estése usted quieto! (Con zalamería.)

RAM. Ya me estoy, ya.

PETRA Pronto acabo; no se impaciente usted...

RAM. No, si yo no... (¡Dios me lo perdone; pero me están dando unas intenciones!...) (Haciendo ademán de besarla la frente y sin atreverse.)

PETRA La última vuelta. (Dando vueltas al hilo alrededor del botón.)

RAM. (¡Sí; yo le doy un beso!) (Vuelve la cabeza á la izquierda, temiendo que le sorprenda alguien. En este momento Petra baja la cabeza para morder el hilo. Don Ramón se vuelve á besarla. Ella levanta la cabeza y se tropiezan.) ¡Huy!

PETRA ¡Eh!

RAM. No, nada...

PETRA Usted dispense... ¿Quiere usted más?

RAM. No, hija; basta por ahora. (Vase Petra por la escalera.) ¡A poco si me deshace las narices!... ¡Pero es una chiquilla muy simpática, mucho! Tiene unos ojillos capaces de hacerle

olvidar á uno hasta los más sagrados deberes! Por supuesto, que si Tula y su esposo se enteran de que yo... ¡Me echan de esta casa, como si lo viera! ¡Pero no! No se enterarán. Mañana me arrancaré este otro botón.

## ESCENA III

DON RAMÓN, ENRIQUETA y ARTURO. ENRIQUETA con la raqueta en la mano, viene del jardín muy incomodada. Entra en escena y se dirige á sentarse, colocando de golpe la silla en el primer término, izquierda. Al ruido vuelve la cabeza DON RAMÓN. ARTURO viene detrás de ENRIQUETA en la misma actitud que ella; se dirige á sentarse en primer término, derecha, dando otro golpe con la silla. DON RAMÓN se vuelve á mirar á ARTURO

RAM. (¿Eh?) (Pausa corta.) (Vamos, están de monos. (Otra pausa.) Sigan ustedes hablando; yo me voy. ¡No quiero interrumpir una conversación tan animada! ¡Jé, jé, jé! ¡Qué demonios de chicos! (Vase al jardín.)

ART. (Después de una pausa se levanta y se dirige á Enriqueta.) ¿Lo ve usted? Don Ramón se ha burlado de nosotros.

ENR. (Levantándose.) Las burlas de don Ramón no me molestan. ¡Las que me ofenden y mucho son las de usted!

ART. ¿Las mías?

ENR. ¡Sí, señor; sí! (1)

ART. ¡Vamos, no sea usted niña!

ENR. ¡Niña! ¡Eso es lo que usted cree! Que yo soy una niña inocente, á la que se puede engañar con cuatro palabritas amorosas. ¡Pues, no señor! Yo no soy una chiquilla. El mes que viene cumpliré dieciséis años, y aunque no hace más que cuatro meses que me sacaron del colegio, tengo ya bastante experiencia del mundo para comprender ciertas cosas...

ART. ¿Pero qué cosas son esas?

ENR. ¡No necesita usted que yo se las diga! Lo

(1) Enriqueta y Arturo.

que quiero que sepa es que no tolero que juegue usted conmigo.

ART. Usted ha sido la que me propuso que jugáramos al volante...

ENR. No me refiero á eso. Lo que no quiero es servirle á usted de juguete, ¡cuando veo que hay aquí otra persona que le gusta á usted mucho más que yo!

ART. ¡Ah! ¿Luego usted supone?...

ENR. ¡Sí, señor! No crea usted que soy tonta. Durante la comida ha estado usted mirando sin cesar á esa señora, así, con el rabillo del ojo. Y hace poco, cuando estábamos jugando, en cuanto ella apareció en el jardín, me dejó usted sola con la raqueta en la mano.

ART. Sí. Tiene usted razón, pero...

ENR. ¡No! ¡No trate usted de disculparse! Ahora mismo, al venir, oí que le decía usted disimuladamente: *¡Mucho ojo!* Y me parece que cuando un hombre se acerca al oído de una señora casada, y le dice: *¡Mucho ojo!* es que hay algo.

ART. ¡Sí que hay! pero no lo que usted se figura... Yo la explicaré...

ENR. ¡No! ¡No necesito más explicaciones! (Se dirige llorando á sentarse junto á la mesita de la izquierda.) (1)

ART. ¡Pero, por Dios, Enriqueta!...

ENR. ¡Qué desengaño tan grande! ¡Y decía usted que me quería mucho!... ¡Y que había soñado conmigo!... ¡Y que habíamos descarrilado juntos!... ¡Ahora si que le veo á usted descarrilado! (Llorando amargamente.)

ART. Tranquilícese usted... Yo le juro que...

ENR. ¡Razón tiene mi tía en decir que es usted un... ¡No lo digo!

ART. Sí, dígalo usted. ¡Si yo no me incomodo! ¡Me llamará antipático!

ENR. ¡No, señor! ¡Le llama á usted por su verdadero nombre!

ART. ¿Arturo?

---

(1) Arturo y Enriqueta.

ENR. ¡No! ¡Botarate!

ART. Bueno, es igual; pero usted no me lo llamará.

ENR. Yo no le llamo á usted más que... ¡in... gra... to! (Llorando.)

ART. ¡Vamos! No llore usted... ¡Esas lágrimas están cayendo sobre mi corazón como gotas de plomo derretido!

ENR. ¡Déjeme usted! (Levantándose.) ¡Necesito llorar, llorar mucho! ¡Engañarme así, después de dos días de relaciones! (Voy á contárselo á mi tía.) (Vase llorando segunda izquierda. Arturo la sigue y ella le da con la puerta en las narices.)

## ESCENA IV

ARTURO, luego PETRA, al final BERNARDO

ART. ¡Pobrecilla, qué buena es! Cuando esté más tranquila, ya la convenceré de que mi conducta no tiene nada de vituperable y me perdonará. ¡Ya lo creo que me perdonará! ¡Como que está enamorada de mí! ¡Esos celos la venden! Y la verdad, cuando veo que una mujer llora por culpa mía, siento una vanidad y un orgullo... ¡No lo puedo remediar!

PETRA Buenas tardes, señorito.

ART. ¿Quién? ¡Ah, Petra! (1)

PETRA El cochero me ha traido una carta de Serafín.

ART. ¿Y qué dice?

PETRA Que anoche se llevó un susto horroroso con el tiro.

ART. Lo creo.

PETRA Ya he hablado á la señorita Tula.

ART. ¿Y qué?

PETRA Ha prometido favorecernos.

ART. ¡Me alegro!

PETRA ¡Por la Virgen Santísima, hable usted tam-

(1) Petra y Arturo.

bién á mi padre á ver si nos da su consentimiento!

ART. No tenga usted cuidado. Le hablaré al alma.

PETRA ¡Ay, señorito, Dios se lo pagará á usted!

ART. Conque me lo paguen ustedes con su cariño, me basta.

PETRA Pues de eso puede usted estar bien seguro.

ART. Lo estoy, lo estoy. (Abrazándola.)

BERN. (¿Eh?) (Aparece Bernardo en la puerta del jardín. Petra ve á su padre.)

PETRA (¡Ay!) (Vase corriendo por la escalera.)

ART. (¿Qué le ha pasado á esa muchacha? (Desde el arranque de la escalera y sin haber visto á Bernardo.)

## ESCENA V

ARTURO, BERNARDO. Luego DOÑA CATALINA

BERN. (¡Abrazando á mi hija! ¡Pues me gusta el atrevimiento!)

ART. ¡Petra, Petrilla!... (Mirando á la escalera. Bernardo se dirige á Arturo, que está de espaldas; pero al ver aparecer á doña Catalina, se contiene y vase por el foro derecha.)

CAT. ¡Oiga usted, don Arturo!... (1)

ART. ¡Ah, señora!...

CAT. Tenemos que hablar.

ART. (¡Malo!)

CAT. La niña acaba de contármelo todo. ¡Su comportamiento de usted es verdaderamente indigno!

ART. ¡Doña Catalina!...

CAT. Yo no puedo permitir que usted, con su conducta depravada, abra los ojos á una inocente criatura que acaba de salir del colegio!

ART. Pero, si yo...

CAT. Es usted un...

ART. ¡Un botarate, sí, señora!

CAT. ¡Algo peor! ¡Es usted un adulterino!

ART. ¡Señora!...

---

(1) Arturo y Catalina.

CAT. ¡O un adúltero! Es igual.

ART. ¡Pero, señora, por los clavos de Cristo! Que crea eso Enriqueta, pase, porque es una chiquilla; pero, usted, ¡una anciana!...

CAT. ¡Oiga usted! ¡Esa es una grosería!

ART. ¡Señora!...

CAT. Quítese usted de mi vista ó no respondo de...

ART. ¡Voy, voy! (¡Qué señora esta!) (Corre hacia el jardín.)

CAT. (¡Hase visto el insolente!) (En la puerta del jardín tropieza Arturo al salir con Levignac que entra corriendo.)

ART. ¡Ay!

LEV. ¡Cuidado, hombre!

ART. Usted dispense. (Vase.)

LEV. *¡Sapristi! ¡Estupíde!*

## ESCENA VI

DOÑA CATALINA, LEVIGNAC, luego MENDOZA

LEV. (Viendo á doña Catalina.) ¡Ah, señora, usted perdone; pero ese hombre me ataca á los nervios!

CAT. ¡Y á mí!

LEV. ¿A usted también?

CAT. Mucho, no lo puedo sufrir.

LEV. Yo tampoco. (¿Dónde estarán las sombrillas?) (1)

CAT. Estoy decidida. O se marcha él de esta casa hoy mismo ó me marcho yo.

LEV. ¡Usted, no! El. Debe marcharse él enseguida.

CAT. ¿Prefiere usted que yo me quede?

LEV. Naturalmente.

CAT. Muchísimas gracias. ¡Qué diferencia entre usted y el tal Arturito! (Coquetería cómica.)

LEV. Sí que hay alguna diferencia.

CAT. Usted es un caballero.

LEV. Gracias, señora.

CAT. No hay más que verle á usted para com-

(1) Catalina y Levignac.

prender que es usted una persona decente.

LEV. Usted me favorece demasiado.

CAT. No, señor. No digo más que la verdad. Me es usted profundamente simpático. Le hablo á usted con el corazón en la mano.

LEV. Pues yo, con la mano en el corazón, le diré que me es usted también muy *simpatíca*.

CAT. Muchísimas gracias, señor Levignac.

LEV. No hay de qué, señora. (¡Ay, qué vieja esta!)

CAT. Comprendo que mi sobrino le haya invitado á usted á venir á esta casa, pero á ese títere... Maldita la falta que hacía aquí.

LEV. Dice usted bien. ¡Maldita!

CAT. ¿Usted no sabe lo que sucede?

LEV. Sí, ya sé que hace el tonto con Enriqueta.

CAT. ¿El tonto? No, señor; hace el pillo.

LEV. ¿Cómo?

CAT. Enriqueta es una pantalla. De quien él está enamorado, es de la señora del doctor.

LEV. ¿Qué dice usted?

CAT. No cesa de mirarla ni un solo momento. La sigue á todas partes...

LEV. ¡Ah, sí, sí!

CAT. ¿Lo ha notado usted también?

LEV. ¡Ya lo creo! ¡Es insoportable ese hombre!

CAT. Figúrese usted qué escándalo. ¡Pretender á una señora casada!

LEV. ¡Ah, es atroz!

CAT. El hombre que aquí mismo, en casa de un amigo, falta de ese modo á toda clase de respetos y de consideraciones, es un mal caballero...

LEV. ¡Sí, señor!

CAT. ¡Un canalla!

LEV. ¡Sí, señor!

CAT. ¡Un sinvergüenza!

LEV. ¡Sí, señor! (¡Me está poniendo como ropa de Navidad!) (Busca las sombrillas.)

MEND. ¡Hola, tía! (Viene del jardín.)

CAT. Me alegro de que vengas. (1)

MEND. ¿Qué es eso? ¿No van ustedes de paseo?

---

(1) Levignac, Catalina y Mendoza.

CAT. A quien tienes que mandar á paseo es á otra persona.

MEND. ¿A quién?

CAT. A don Arturo.

MEND. ¡Pero, tía, por Dios! ¡Qué tema ha tomado usted al pobre muchacho!

CAT. Pobre, ¿eh?

MEND. ¿Qué tiene de particular que le guste Enriquetilla?

CAT. Que le gustara Enriqueta, no tendría realmente nada de particular; pero no es eso lo grave.

MEND. ¿Hay algo grave? ¡Me pone usted en cuidado! ¿Qué pasa?

CAT. Pregúntaselo al señor. (1)

LEV. Francamente, no sé si debo...

CAT. Pues pasa lo siguiente. Que tu amiguito Arturo va á dar lugar á que haya en esta casa un disgusto muy gordo.

MEND. ¿Un disgusto muy gordo?

CAT. Sí, señor, en cuanto se entere el marido.

MEND. ¿Qué marido?

CAT. Pregúntaselo al señor.

LEV. Francamente, no sé si debo...

MEND. ¿Pero quieren ustedes hacer el favor de explicarse?

CAT. Pues que Inés y Arturo están en relaciones.

MEND. ¿Eh?

CAT. ¡Así, clarito!

MEND. ¡Señora! ¡Por Dios!

CAT. Te digo que lo que pasa es un escándalo.

MEND. ¡No puede ser! ¡Esa es una calumnia!

CAT. ¿Una calumnia? Pregúntaselo al señor.

LEV. Francamente, no sé si debo...

CAT. Sí, hombre, sí. Debe usted decírselo. No se atreve á hablar porque el señor es un caballero; pero me consta que él lo ha notado lo mismo que Enriqueta.

MEND. ¿Dice usted que Enriqueta?...

CAT. Sí. La pobrecilla se ha enterado de todo.

MEND. ¿Dónde está?

---

(1) Levignac, Mendoza y Catalina.

Car. En mi cuarto. ¡Ahí lo tienes llorando como una Magdalena!

Mam. ¡Pero señora! ¡Si no es posible! ¡Si yo no puedo creerlo! (Vase por la segunda izquierda.)

Car. ¡Anda, anda! Ya te convencerás. (Volviéndose y haciendo una reverencia a Mr. Levignac.) Hasta luego, señor Levignac.

Lev. Adiós, señora.

Car. ¡Ay! ¡Pero qué simpático es este hombre! (Vase por la segunda izquierda.)

## ESCENA VII

MR. LEVIGNAC, luego INÉS, JULIA y ERNESTO, con varios ramos de rosas

Lev. ¡Caramba! ¡Esta señora es tremenda! ¡En seguida ha hecho un mundo de una nada! ¡Y qué mimados los suyos!... No sé... pero me parece que yo la he impresionado un poco. ¡Ah! no me choca eso, francamente. Cuando un hombre tiene esta cara y esta figura y este... no tiene nada de particular... En fin, lo importante es que ahora despediremos a Arturo y yo me quedaré en completa libertad. ¡Y le estará bien empleado a ese tonto! ¿Qué le importa a él que a mí me guste la hermosísima Inés? Al único que pudiera importarle es a su marido, y el doctor me parece a mí que es un Juan... un Juan... ¿Cómo se dice? ¡Un *Juan de las viñas*... o *de las lunas*!... ¡*Juan de las lunas*! ¡Eso es! Y a todo esto, las señoras estarán esperando las sombrillas, y yo no las encuentro por aquí... ¡Ah! ahí vienen. (Aparecen en la puerta del jardín Inés, Julia y Ernesto.)

Inés ¡Son preciosas, chica, preciosas! ¡Tienes una colección variadísima!

Ern. Lo que es como estemos aquí muchos días, ¡buena cuenta va a dar ésta de todos los rosales!

Julia No tema usted. Lo que sobran aquí son flores.

LEV. Señoras, no he podido encontrar las sombrillas. (1)

INÉS ¡Ah! señor Levignac. No se moleste usted... Vamos á mi habitación... ¡Vea usted, vea usted qué rosas! (Enseñándole las rosas que traen los tres.)

LEV. ¡Oh! ¡Son hermosísimas! ¡Combinando bien los colores se pueden hacer unos *bouquets* lindísimos! ¡Esa es mi especialidad!

TULA ¡Pues venga usted con nosotras!

INÉS Ayúdenos usted.

LEV. ¡Con muchísimo gusto!

ERN. ¡Pase usted! (A Levignac. Vanse los cuatro segunda derecha.)

LEV. ¡Oh! *¡Apres vous!*

## ESCENA VIII

MENDOZA y luego BERNARDO

MEND. (Que sale de la segunda izquierda.) ¡Descuide usted que yo le daré su merecido! ¡Pues no faltaba más! (Bajando.) No hace cuarenta y ocho horas que está aquí y ya coquetea descaradamente con dos mujeres, y una de ellas casada. Y menos mal, que no le ha dado por recordar su antigua pasión por Tula.

BERN. ¡Señorito!... (2)

MEND. ¿Qué hay, Bernardo?

BERN. Usted me perdonará, pero tengo que pedirle un favor.

MEND. ¿Qué es?

BERN. Usted sabe, señorito, que yo les quiero á ustedes de veras; que todo lo que ustedes me mandan lo hago siempre sin replicar y con muchísimo gusto; pero hay cosas que... ¡Vamos! ¡Al fin y al cabo soy padre!...

MEND. Bien, hombre; ¿pero qué quiere usted decir con todo eso?

---

(1) Levignac, Inés, Tula y Ernesto.

(2) Bernardo y Mendoza

BERN. Pues que yo agradecería mucho á los señores que se trajeran á dormir al hotel al señorito Arturo.

MEND. ¿A Arturo? ¿Pues qué pasa?

BERN. Pues, la verdad, señorito; que antes me lo encontré aquí abrazando á mi hija.

MEND. ¿También Petra? ¡Pues ya son tres!

BERN. ¿Cómo tres?

MEND. ¡No, nada! (¡Esto ya es demasiado!)

BERN. ¡Usted ya sabe, señorito, que yo soy un hombre muy prudente y muy respetuoso, pero á lo mejor se le sube á uno la sangre á la cabeza, y puede uno hacer una barbaridad!

MEND. Sí, hombre; sí. Tiene usted razón. ¡Abusar de ese modo! Yo le aseguro á usted que Arturo no dormirá esta noche aquí ni en su casa de usted... Se irá á dormir á donde le dé la gana.

BERN. Yo, señorito, sentiría...

MEND. ¡Váyase usted... váyase usted tranquilo!...

BERN. Pues, muchas gracias, y usted disimule. (Vase por el jardín.)

## ESCENA IX

MENDOZA y luego DON RAMÓN

MEND. ¡Vaya con la criatura! ¡Pues estamos aviados! Me están dando ganas de ir á buscarle ahora mismo y de... Pero no; no podría contenerme y... ¡Sí! Le despediré por escrito. Esto le hará más efecto. (Se sienta á escribir en la mesita del foro, dando la espalda á la izquierda.) Cuatro palabras nada más, pero expresivas. (Escribe.) «El que falta de una manera tan descarada al cariño que se le ha dispensado y á la hospitalidad que ha recibido, no es digno de permanecer un momento más en esta casa.» Así. Basta con esto. «Ramiro Mendoza.» (Coge un sobre.) Se la mandaré por cualquiera de los criados. (Escribe el sobre.)

RAM. (Por la puerta del jardín.) Oye, chico, ¿qué le

has hecho al guarda que va de tan mal humor? Me dió unas buenas tardes que más parecían un «Vaya usted en hora mala.»

MEND. Tiene razón para estar incomodado. (Sigue sentado.)

RAM. ¡No, pues me parece que tú tampoco estás de muy buen homor que digamos!

MEND. Le parece á usted que el pobre Bernardo pueda ver con gusto que haya en esta casa quien se entretiene en abrazar á su hija? (1)

RAM. (¿Eh?) (Aterrado.)

MEND. ¡Por supuesto que á mí me gusta cortar de raíz esos abusos de confianza!

RAM. (¡Caracoles! ¿Cómo habrán sabido?...)

MEND. Lea usted esto. (Se levanta le da la carta y se vuelve á la mesita á escribir el sobre.)

RAM. (Lee para sí confuso y acobardado.) «. .No es digno de permanecer un momento más en esta casa.» (¡Me echan! ¡Lo que yo me temía!)

MEND. Me parece que basta... (Levantándose con el sobre en la mano.)

RAM. Sí. (¡Y sobra!)

MEND. Va usted á hacerme el favor de...

RAM. ¡Me voy! ¡Me voy ahora mismo!...

MEND. ¡No! Escúcheme usted.

RAM. No me digas nada... Tienes razón... Pero la verdad... yo... A veces no puede uno contenerse.

MEND. No, tío. ¡No disculpe usted á Arturo!

RAM. (¿Cómo?) (Sorprendido.)

MEND. Va usted á hacerme el favor de entregarle esa carta.

RAM. ¿A quién?

MEND. A Arturo. (Dándole el sobre.)

RAM. ¡Ah!... Pero... ¿esta carta es para Arturo?

MEND. ¡Claro! ¿Pues para quién había de ser?

RAM. ¡Es natural! (¡Qué susto me he llevado!) Pero, chico, perdona; yo, como me cogió así, tan de sopetón, creí que era... para... para otro... para monsieur Levignac.

MEND. ¡Pobre Levignac! ¡Esa cartita es para ese

---

(1) Mendoza y Ramón.

mentecato! Entréguesela usted y que no se presente delante de mi vista.

RAM. ¡Pero, hombre, por tan poca cosa... por un abrazo!... (Guardando la carta en el sobre.)

MEND. Si no es eso sólo.

RAM. ¿Qué, hay más?

MEND. ¡Sí, señor! No contento con abrazar á Petra, y con enamorar á la pobre Enriquetilla, lleva su cinismo hasta el punto de asediar con sus ridículas pretensiones á la honradísima Inés.

RAM. ¿Qué me cuentas?

MEND. ¡Me parece que bien merece el caballero esa cartita.

RAM. ¡Ya lo creo! Merece esta cartita... y un puntapié. De esto último ya me encargaré yo.

MEND. Ande usted. Vaya usted á buscarle. Yo voy á tranquilizar á mi tía y á consolar á la pobrecilla Enriqueta.

RAM. Vete tranquilo, que yo me encargo de arreglar este asunto. (Vase Mendoza por la segunda izquierda.)

## ESCENA X

RAMÓN, luego ARTURO, más tarde LEVIGNAC y ERNESTO

RAM. ¡Miren ustedes á don Arturito! ¡Y parece un palomino atontado! Comprendo que le guste Petrilla, porque á mí también me gusta; pero pretender á Inés... ¡A una mujer casada! Las mujeres casadas deben ser respetadas por todos... Por todos... menos por sus maridos. Yo, á la mía, la he faltado al respeto muchísimas veces.

ART. ¡Pero señor! ¿Por dónde andan ustedes? (Viene del jardín comiendo un melocotón... ó cosa que lo parezca.)

RAM. (Aquí está mi hombre.) (1)

ART. Me he cansado de dar paseos por la huerta.

(1) Don Ramón y Arturo.

¡Hermosa fruta! ¡Hay unos melocotones riquísimos!

RAM. Oiga usted, señor don Arturo. (Con gravedad cómica.)

ART. Diga usted, señor don Ramón. (En el mismo tono.)

RAM. Le advierto que no estoy para bromitas.

ART. Dispense usted...

RAM. ¿Conque esas tenemos?

ART. ¿Cómo?

RAM. ¿Conque le gusta á usted el fruto prohibido?

ART. ¿Prohibido? Usted perdone. No lo sabía. Como el jardinero no me dijo nada...

RAM. No hablo de los melocotones. (Dándole un manotazo y tirándole el melocotón.) Me refiero á algo más importante.

ART. No comprendo...

RAM. ¿Conque pretende usted enamorar á Inés?

ART. ¡Don Ramón!

RAM. ¡A una señora casada!

ART. ¡También usted!

RAM. ¿Yo? ¡Mentira! Yo no la he dicho nunca una palabra.

ART. No es eso. Digo, ¿que si también usted ha creído semejante absurdo?

RAM. ¿Cómo absurdo?

ART. Sí, señor. ¡Ea, ya me he cansado de callar! Sepa usted, que si yo miro con insistencia á Inés, y sigo todos sus pasos, no es por lo que ustedes suponen.

RAM. ¿Pues por qué es?

ART. Por hacer un favor á su marido.

RAM. ¡Hombre! ¡Vaya una teoría!

ART. Créame usted. Quien pretende favores, que seguramente no ha de alcanzar nunca, es otra persona.

RAM. ¿Quién?

ART. ¿Quién? Pues Mr. Levignac.

RAM. ¿Mr. Levignac?

ART. Sí, señor. Ese. Ese es el que anda trás de los melocotones, digo, tras del fruto prohibido. El mismo me lo ha confesado. Por eso yo, conociendo sus propósitos, estoy siempre ojo alerta, y en cuanto le veo al lado de Inés, procuro estorbar sus coloquios.

RAM. ¿Pero cree usted que ella?...

ART. No, señor. Ella es incapaz de faltar á sus deberes. En cuanto á él, que se ande con cuidadito conmigo. ¡Yo no tolero que se ofenda á una señora! Ya me conoce el señor Levignac. Esta mañana, aquí mismo, por poco si me pega, digo, si le pego una bofetada.

RAM. ¡Pobre Arturo! ¡Y nosotros que creíamos!...

ART. No, si no me choca. No quieren ustedes convencerse de que yo he formalizado mucho. De que no soy un botarate.

RAM. Tiene usted razón. Como que yo había prometido pegarle á usted un puntapié.

ART. ¿Sí, eh? Pues puede usted aprovecharlo en el señor Levignac.

RAM. Puede, puede que lo aproveche.

LEV. (Dentro.) Hasta luego. Bajo en seguida. (Saliendo.)

ART. ¡El!

RAM. ¡Y en su cuarto!

ERN. (Desde la puerta.) Pero tome usted...

RAM. (¡Ah! No estaban solos.)

ERN. Aquí tengo cigarros.

LEV. Gracias. Estoy acostumbrado á los míos. (Se dirige á la primera derecha.)

ERN. Como usted guste. (Se retira. Levignac vase por la escalera sin haber visto á don Ramón y Arturo, que estarán en el primer término de la izquierda.)

ART. Vea usted. ¡Y el pobre Ernesto sin sospechar una palabra!

RAM. No importa. Ahora ya somos dos á vigilar.

## ESCENA XI

DON RAMÓN, ARTURO, LUISA y SERAFÍN

LUISA (Entra angustiadísima y seguida de Serafín.) ¡Ay, don Ramón de mi alma!

RAM. Luisa, ¿qué es eso? (1)

LUISA ¡Ay, don Ramón de mi vida!

---

(1) Don Ramón, Luisa, Arturo y Serafín.

ART. ¿Qué le pasa á usted?
LUISA ¿Dónde está Tula?
RAM. ¿Pero qué te sucede?
LUISA ¡Un disgusto horroroso!
RAM. ¿Un disgusto?
LUISA ¡Llame usted á Tula! ¡Yo necesito desahogar!
RAM. Voy, voy. ¡Tula! (Desde la puerta foro derecha.)
SER. «El cielo se encapota...» (Cantando.)
LUISA ¡Calle usted, hombre! No me ponga más nerviosa de lo que lo que estoy.
RAM. ¡Tula! (Llamando.)
ART. (A Serafín.) ¿Qué le pasa á esta señora?
SER. (A Arturo.) ¡Un disgusto horroroso!
ART. Eso ya nos lo ha dicho ella.
RAM. ¡Tulita!

FD, 10

## ESCENA XII

DICHOS, TULA, INÉS y ERNESTO, luego LEVIGNAC, que baja y se entera de todo sin acercarse al grupo

TULA ¿Llamabas?
RAM. Que ahí tienes... (Indicando á Luisa.)
TULA ¡Luisa!
LUISA ¡Ay, Tula de mi alma! (Abrazándola.)
INÉS ¡Luisita!
LUISA ¡Ay, Inés de mi corazón!
ERN. ¿Qué ocurre? (1)
LUISA ¡Soy muy desgraciada!
TULA ¡Explícate!
INÉS ¡Habla!
LUISA Constantino...
TULA ¿Se ha puesto malo?
INÉS ¡Nos lo temíamos!
ERN. ¿Un enfriamiento?
LUISA ¡No! ¡Ha sido un acaloramiento!
TODOS ¿Eh?
LUISA ¡Una escena horrible!
TULA ¡Pero explícate, mujer!

(1) Don Ramón, Ernesto, Inés, Luisa, Tula y Arturo. Serafín en segundo término.

RAM. ¡Sí, habla! Habla y sepamos de una vez...

LUISA Pues verán ustedes: Desde que salimos de aquí en el carruaje, no fué posible que me dirigiese la palabra. Iba lo mismo que un poste. Llegamos á casa. El se fué á su cuarto y yo me metí en el tocador. Dieron las doce. La hora de la comida... Constantino había bajado á la farmacia. Mando llamarle, y no sube. Le llaman segunda vez, y tampoco sube. Entonces yo, irritadísima, tomo escalera abajo y llego á la rebotica. Allí estaba él machacando en un mortero yo no sé qué cosa...

SER. ¡Era asafétida! (Acercándose al primer término por la izquierda del grupo. Don Ramón, Inés y Ernesto le miran con extrañeza, como diciendo: ¿quien será este tipo? Serafín después de hablar se vuelve al segundo término.)

LUISA ¡Bueno! ¡Lo que sé es que era una cosa que apestaba!... ¡Le llamo desde la puerta y sigue machacando sin contestarme! ¡Pueden ustedes suponer cómo me pondría yo!...

TULA Lo suponemos.

LUISA Empecé á regañarle duramente, y nada. Yo riñe que te riñe, y él machaca que te machaca... Entonces ya no pude contenerme; me dirigí á él y le dije: ¡Eres un grosero! ¡Y él entonces, furioso, levantó la mano y me la tiró á la cabeza!

RAM. ¿Te tiró la mano?

LUISA ¡La mano del mortero!...

TODOS ¡Ah!...

LUISA Por fortuna yo me separé y fué á estrellarse en un tarro que tenía yo no sé que cosas.

SER. Simiente de zaragatona. (Repítese el juego anterior.)

LUISA Bueno; lo cierto es que lo hizo pedazos.

TULA ¡Qué atrocidad!

LUISA ¡Pueden ustedes figurarse la escena!...

SER. ¡Una escena horrible!... (Lo mismo.)

LUISA ¡Aquello no era un hombre! ¡No era Constatino! ¡Era una furia! «¡Yo no puedo más! ¡Yo no puedo más!» decía. «¡Ya he sufrido demasiado! ¡Márchate! ¡Quítate de mi vista!

¡Que yo no te vea nunca!...» Y se paseaba como un loco... y yo, ¡claro! aturdida... angustiada... cogí al mancebo...

RAM. INÉS Y ERN. ¡Ah! ¡Es el mancebo!

LUISA Y vine á escape á refugiarme entre vosotros... ¡A desahogar aquí la pena que me aflige! (Llorando.)

INÉS ¡Pobre Luisa!

TULA Has hecho muy bien en acudir á nosotros.

RAM. No temas. Todo se arreglará...

LUISA ¡Sí! ¡Arréglenlo ustedes! ¡Yo no puedo vivir así! ¡Yo quiero mucho á mi Constantino! (Llorando amargamente.)

ERN. ¡Vamos, vamos! ¡Está usted muy nerviosa! Que le hagan una tacita de tila.

TULA ¡Sí, ven conmigo!

INÉS ¡Tranquilízate!

RAM. Anda, anda á tomar lo que te manda el doctor.

LUISA ¡Soy muy desgraciada! ¡Mucho!

TULA ¡Calla, tonta! ¡Si eso no vale nada! Constantino te quiere. Es preciso que le trates con más dulzura... Que no le tengas metido en un puño.

INÉS ¡Sí, hija; hay que abrir algo la mano!

LUISA ¡No me hables de la mano! (Vanse por el foro derecha, Inés, Tula, Luisa, Ernesto y Levignac.)

## ESCENA XIII

DON RAMON, ARTURO y SERAFIN

RAM. ¿Pero ha visto usted cómo ha sacado los piés de lás alforjas el señor Cebolleta?

ART. ¡Sí, señor, sí! Pero oiga usted, don Ramón. ¡No nos olvidemos de nuestro asunto!

RAM. ¡Ay, sí, hombre; tiene usted razón! Pero con estas cosas...

ART. Comprenda usted que Enriqueta me juzga mal y yo necesito sincerarme...

RAM. ¡Es natural!... ¡Pues no faltaba más! Voy

ahora mismo á prevenir á Inés. (Se dirige al foro derecha.)

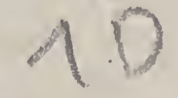
SER. (Cantando.) «El cielo se encapota...» (Desde la puerta del jardín.)

RAM. ¿Eh? (Volviéndose al oir á Serafín.)

SER. No... es que canto...

RAM. ¡Ah! ¡Creí que volvía á llover!... (Vase foro derecha.)

## ESCENA XIV



ARTURO, SERAFIN y luego PETRA

SER. ¿Por dónde andará Petra? ¡Ah! Aquí viene.

PETRA ¡Serafín! ¿Tú aquí? Te he estado escribiendo arriba... (Por la escalera.)

SER. ¿Sí? ¿Y qué me dices?. (1)

PETRA Una porción de tonterías.

SER. Déjame, déjame... (Cogiendo la carta.)

PETRA No, no la leas delante de mí, que me dá mucha vergüenza.

SER. Bueno. La leeré esta noche cuando me meta en la cama.

PETRA Ya he hablado á la señorita Tula.

SER. ¿Y qué?

PETRA Ha prometido protegernos.

SER. ¿De veras?

PETRA Y don Arturo también. ¿No es verdad, señorito?

ART. ¡No! ¡A mí déjenme ustedes en paz! ¡Tengo bastante con lo mío! (Paseándose intranquilo.)

PETRA ¡Pero, por Dios, señorito!...

ART. ¡Le digo á usted que me deje! ¡Estoy muy preocupado!

SER. ¡Nada, nada! ¡El ácido prúsico!

PETRA ¡No digas tonterías! Confiemos en la señorita Tula. (Se oye hablar á don Ramón é Inés.) Viene gente. ¡Vámonos arriba!

SER. ¡Vámonos á donde tú quieras!
«El cielo se encapota» (Vanse Petra y Serafín por la escalera.)

(1) Petra, Serafín y Arturo.

## ESCENA XV

ARTURO, INES y DON RAMON

INÉS ¡Me deja usted asombrada!

BERN. Pues créalo usted.

INÉS ¿Pero es cierto lo que acaba de decirme don Ramón? (A Arturo.)

ART. ¡Ciertísimo!

INÉS Conque todas esas amabilidades... y esas galanterías de Mr. Levignac...

ART. ¡Llevaban mala intención! ¡Es un pez muy largo. (1)

RAM. ¿Un pez, eh? Yo me encargaré de pescarle. (Ya sé yo para quien va á ser esta cartita.) ¡Le pondré una postdata! (Se sienta á escribir en la mesita del foro.)

INÉS ¡Cómo podía yo sospechar!... Ahora me explico por qué me dijo usted varias veces: «¡Mucho ojo!»

ART. Para avisarla á usted.

INÉS Muchas gracias; pero, hijo mío, le juro á usted que no le comprendí.

ART. ¡Pues mire usted, un *mucho ojo* de esos fué la causa de que Enriqueta se haya incomodado conmigo y de que la tía me haya puesto como chupa de dómine!

RAM. (Levantándose y leyendo.) «Postdata. Márchese usted inmediatamente si no quiere recibir un puntapié de su afectísimo Ramón.» ¡Perfectamente!

INÉS (A Arturo.)No tenga usted cuidado. Yo le dejaré á usted en el buen lugar que merece.

RAM. Sí, hable usted á mi sobrino.

ART. Y á Enriqueta.

RAM. Y á la tía.

ART. No, la tía me tiene sin cuidado.

LEV. (Dentro.) ¡Eso no vale nada!

INÉS ¡Ah! Ahí viene... Ahora le diré...

RAM. ¡No, usted no!

(1) Ramón, Inés y Arturo.

ART. ¡Yo! ¡Yo!

RAM. Usted tampoco. Tiene usted el genio muy fuerte y podría comprometerse. Déjenme solo á mí. Yo me encargo de soltarle el toro. Váyanse ustedes, váyanse ustedes.

INÉS Venga usted Arturito... desde aquí lo oiremos todo.

ART. ¡Crea usted que siento no tener un lance con ese hombre! (Vanse Inés y Arturo al jardín á cuya puerta se asomarán sigilosamente durante la escena que sigue.)

RAM. (¡Iremos con cautela!)

## ESCENA XVI

DON RAMON, LEVIGNAC, ARTURO é INES al foro

LEV. ¡Pobre señora! ¡Qué disgusto le ha dado su marido! Y vea usted... El boticario parecía un infeliz... ¡Cómo engañan algunos hombres!

RAM. ¡Ah! ¡mucho! ¡Hay quien parece que es muy listo, y luego resulta que es tonto de capirote! (1)

LEV. ¡Sí que hay de esos!

RAM. Por supuesto, que yo los clavo en seguida.

LEV. ¡Y yo también!

RAM. ¡Ah! ¡Ya se ve que es usted un hombre muy práctico!

LEV. ¡Mucho! Yo conozco en seguida á las personas.

RAM. ¿Sí, eh?

LEV. ¡Oh! ¡Ya lo creo!

RAM. ¡Sobre todo, á las mujeres!

LEV. ¡Figúrese usted!...

RAM. ¡Es usted muy largo!

LEV. ¡Un poquito!

RAM. Pues yo también tengo mucho pesquis.

LEV. ¿Qué es eso de *pesquis?* No comprendo...

RAM ¡Que las cazo al vuelo!

LEV. ¡Ah, ya!

---

(1) Ramón, Levignac, Inés y Arturo en la terraza.

RAM. Usted cree, por ejemplo, que yo no sé nada, y estoy enterado de todo.

LEV. ¿Cómo?

RAM. No se alarme usted. A mí puede usted hablarme con entera franqueza.

LEV. Pero...

RAM. Vamos á ver. ¡La verdad! Aquí hay una señora que le gusta á usted mucho.

LEV. Señor don Ramón... yo...

RAM. Sí, hombre, sí. ¡Sea usted franco conmigo! ¡Yo no me asusto de nada!

LEV. ¡Pues bien, ya que usted lo ha conocido, lo confesaré todo! ¡Francamente, es verdad!

RAM. (¡Se tragó el anzuelo!)

ART. (A Inés.) Pero, ¿oye usted?

INÉS (A Arturo.) ¡Calma!

LEV. ¡Es una mujer encantadora!

RAM. ¿Ve usted como yo no me había equivocado?

LEV. ¡Ah! ¡Es usted muy tunante! (Cariñosamente.)

RAM. No tanto como usted.

LEV. Se hace lo que se puede.

RAM. ¡Claro! ¡Y hasta lo que no se puede!

LEV. ¡Naturalmente! ¡Es cuestión de *tactica*!

RAM. ¡Ni más ni menos!

LEV. ¡Yo he corrido mucho!

RAM. ¡Ah! Ya lo creo que habrá usted corrido mucho; pero ahora, ahora es cuando va usted á correr más que nunca.

LEV. ¿Cómo? (Alarmado.)

RAM. En cuanto se entere usted de esa cartita. (Le da la carta.)

LEV. ¿Una carta? (Cogiendo la carta.)

RAM. Lea usted, lea usted. (Mientras Levignac lee la carta, don Ramón hace señas á Inés y á Arturo que siguen en la puerta del jardín.)

LEV. No comprendo: (Abre la carta y lee.) «El que falta de una manera tan descarada al cariño que se le ha dispensado... (¿Eh?)... y á la hospitalidad que ha recibido, no es digno de permanecer un momento más en esta casa. Ramiro Mendoza.» ¡Oh! ¡Esto es muy fuerte!

RAM. No lo crea usted. Lo más fuerte está más abajo. En la postdata.

LEV. (¡Estoy avergonzado!)

RAM. Lea usted, lea usted.

LEV. (Lee.) «Márchese usted inmediatamente si no quiere recibir un puntapié... »¡Ah, esto es demasiado!

RAM. ¡Es lo que usted se merece! (En serio.)

LEV. ¡Señor don Ramón!

ART. (Yo no me aguanto más.) (Presentándose.) ¡Sí, señor, lo que usted se merece! (1)

LEV. ¡Oiga usted!...

INÉS (Presentándose.) ¡Arturo! ¡Don Ramón! ¡Por Dios! (Va á la puerta derecha del foro.)

LEV. (Esto es una encerrona.) (2)

ART. ¿Cómo se dice... el pelo en francés? (A don Ramón.)

RAM. *Le cheveux.*

ART. Gracias.—Sepa usted, señor Levignac, que estábamos enterados de todo. ¡Que el señor le ha estado tomando á usted *le cheveux*!

LEV. ¡Esa es una insolencia!

ART. Perdone usted, no domino el idioma.

RAM. ¡Vaya usted con sus *tactícas* á otra parte!

ART. ¡Lárguese usted!

INÈS (Bajando.) ¡Silencio, por Dios!... Señor Levignac, ruego á usted que se retire.

LEV. (Tengamos audacia.) ¡Señores!...

ART. ¡Abur! (3)

RAM. ¡Vaya usted con Dios!

LEV. ¡No! Si no me marcho. ¡Yo necesito que me expliquen ustedes esto! ¡Aquí pasa algo que yo no he podido comprender!

ART. ¿Que no? ¿Negará usted que pretendía enamorar á esta señora?

LEV. ¿Yo? Yo enamorar á... ¡Ah, señores! ¡Esta es una calumnia infame!

RAM. }
ART. } ¡Eh!

INÉS (¿Qué dice?)

LEV. ¡Yo soy incapaz de semejante felonía! ¡Esta señora no puede gustarme á mí!

INÈS ¡Gracias!

---

(1) Ramón, Levignac, Arturo é Inés.

(2) Ramón, Arturo (Inés en la puerta foro derècha). Levignac.

(3) Ramón, Arturo, Inés y Levignac.

LEV. ¡No, señor! Porque esta señora es casada, y yo respeto siempre lo que debe ser siempre respetable.

RAM. Pero, oiga usted, oiga usted. ¿No me decía usted antes que había aquí una señora que le gustaba á usted mucho?

LEV. ¡Sí, señor! Pero, es... ¡es otra!

RAM. ¿Quién?

ART. Sí. ¿Quién?

LEV. (¡Ah, qué idea!)

RAM. ¡Que lo diga!

ART. ¡Eso! ¡Que lo diga! (Acosándole.)

LEV. Pues es...

RAM.
ART.
INÉS } ¿Quién?

LEV. ¡Doña Catalina!

INÉS ¿Doña Catalina? (Rápido.)

ART. ¿Doña Catalina?

RAM. ¡Doña Catalina!

LEV. ¡Sí, señor! (Dios me perdone esta barbaridad.) (Inés sonríe maliciosamente.)

RAM. ¡Quién lo había de sospechar!

LEV. Es una señora muy *simpatíca.*

ART. ¡Mucho!

LEV. Se lo acabo de decir á ella misma aquí, hace un momento.

RAM. Pero, hombre. ¿Es posible que sea doña Catalina esa mujer encantadora?

LEV. A mí me lo parece y basta. Es cuestión de gustos.

INÉS No insista usted, don Ramón.—Señor Levignac, ¡que sea muy enhorabuena!

LEV. ¡Gracias!

INÈS (¡Yo te casaré con doña Catalina!)

ART. Usted perdone, señor Levignac.

LEV. No hay de qué.

INÉS Vamos, vamos á tranquilizar á Enriqueta. (A Arturo.)

ART. ¡Y á dar la gran noticia á la tía! (Vanse Inés y Arturo segunda derecha.)

LEV. (¡Me he salvado admirablemente! ¡Mañana tomo el tren y que me busque doña Catalina en los infiernos!)

RAM. Oiga usted, señor Levignac... Conste que queda retirado lo del puntapié.
LEV. No hablemos más del asunto.

## ESCENA XVII

DON RAMÓN, LEVIGNAC, CONSTANTINO; luego BERNARDO; más tarde MENDOZA, ENRIQUETA, ARTURO, INÉS y DOÑA CATALINA

CONST. ¡Ay, don Ramón de mi alma! (Entrando muy acongojado.)
RAM. ¡Cebolleta! (1)
CONST. ¡Ay... caballero de mi vida! (A Mr. Levignac.)
RAM. Ya sabemos, ya sabemos lo que le ha pasado. ¡En el comedor tiene usted á su mujer!
CONST. ¡Pobrecita! ¡La he tratado con mucha dureza! ¡Merezco que me pegue! ¡Yo no sirvo para tener carácter!
RAM. ¡Al contrario! Ahora es cuando debe usted tenerlo.
LEV. ¡Claro!
RAM. ¡Luisa está arrepentida de haberle tratado á usted siempre como á un dominguillo!
CONST. ¿Es de veras?
LEV. Sí, hombre, sí. ¡Vaya usted allá!
CONST. ¿De manera que ustedes creen?...
RAM. Creemos que en los matrimonios, el marido es el único que debe llevar los pantalones.
CONST. Pues, precisamente, yo los uso con tirantes. ¡Ya verán ustedes!... ¡Ya verán ustedes!... (Vase foro, derecha.)
LEV. ¡Es un infeliz!
BERN. ¿Se puede? (Por la puerta del jardín con una escopeta.)
RAM. Adelante.
BERN. Ya tiene usted arreglada la escopeta.
LEV. Mil gracias. Póngala usted arriba, en mi habitación.
BERN. Con su permiso. (Vase por la escalera.)
MEND. (Sale por la segunda izquierda, y tras él, Arturo y

(1) Ramón, Constantino y Levignac.

Enriqueta.) ¡Mi querido Levignac!... ¡Permítame usted que le dé un abrazo! (1)

RAM. ¡Abráza, abraza á tu tío!

MEND. ¡Quién había de decirme?.. (2)

LEV. ¿Qué quiere usted? ¡Cosas de la vida!

MEND. (A don Ramón.) ¡Siempre dije yo que este hombre era un valiente!

RAM. (¡Lo es, lo es!)

ENR. Perdóneme usted. No volveré á dudar nunca de que es usted un caballero. (3)

ART. ¡Ni de que la quiero á usted con toda mi alma!

INÉS ¡Sí, señora, sí! Venga usted. (Presentándose con doña Catalina.)

LEV. (¡Dios mío, la vieja!)

INÉS ¡No tenga usted rubor!

CAT. (¡Pero si yo... ya ve usted... una cosa tan inesperada!...)

RAM. ¡Ande usted, señora, ande usted!

CAT. ¿Pero es cierto, señor Levignac, que usted?...

LEV. ¡Sí, señora! ¿Qué quiere usted?... ¡Cosas de la vida!

CAT. Yo sí sabía que le era á usted simpática; pero, la verdad, no me esperaba esto. (4)

LEV. (¡Ni yo tampoco!)

## ESCENA XVIII

DICHOS, TULA, LUISA, CONSTANTINO y ERNESTO

TULA ¡Así me gusta! ¡Que se quieran ustedes mucho!

LUISA ¡Si yo siempre le he querido!

CONST. Y yo también... ¡pero el hombre debe ser hombre!

LUISA Sí, hijo, sí.

---

(1) Don Ramón, Levignac y Mendoza.

(2) Don Ramón, Mendoza y Levignac.

(3) Don Ramón, Mendoza, Levignac, Arturo y Enriqueta.

(4) Don Ramón, Mendoza, Levignac, Catalina, Arturo, Enriqueta é Inés.

MEND. Querida Tula. Tengo el gusto de presentarte á mi futuro cuñado.
TULA ¡Cuánto lo celebro! (1)
MEND. Y ahora, otra presentación.
TULA ¿Qué?
MEND. ¡Mi futuro tío, el señor Levignac!
TULA ¿Qué me dices? ¿Es posible?
CAT. ¡Sí, hija, sí!
LEV. ¡Sí, señora! ¡Qué quiere usted!... ¡Cosas de la vida!
TULA ¡Cuánto me alegro! ¡Que nos den ustedes pronto ese gran día!
LEV. ¡Sí! (El día del juicio.)
LUISA Constantino, ¿te parece que nos vayamos? (Con humildad.)
CONST. ¡Nos iremos cuando á mí me dé la gana! (Con mucha energía.)
LUISA ¡Bueno, hijo, bueno!
CONST. ¿Eh?... ¿Qué tal? (A don Ramón.)
RAM. (¡Muy bien!) (Se oye arriba, en el primer término derecha, gran estrépito y gritos de Serafín y de Petra.)

## ESCENA XIX

DICHOS, PETRA, SERAFÍN y BERNARDO

TULA ¿Eh?... ¿Qué ruido es ese?
MEND. ¿Qué voces son esas?
RAM. Parece que se pegan.
PETRA (Baja llorando, asustadísima.) ¡Ay, señorita! ¡Ay, señorita!
TULA ¿Qué pasa?
PETRA ¡Que mi padre le va á matar!
SER. ¡Favor! ¡Socorro! (Baja la escalera casi rodando, yendo á caer en medio de la escena, por delante de todos los personajes, refugiándose luego en la izquierda del grupo.)
CONST. ¡Serafín!
BERN. (Detrás de Serafín.) ¡Pillo! ¡Más que pillo!

---

(1) Don Ramón, Constantino, Luisa, Ernesto, Tula, Mendoza, Levignac, Catalina, Arturo, Enriqueta é Inés.

RAM. ¡Pero Bernardo! (Conteniéndole.)
MEND. ¿Qué significa esto?
BERN. Señoritos, ustedes perdonen; pero me los he encontrado arriba. ¡Y ese tuno la estaba abrazando!
SER. No es verdad. (1)
RAM. (¡Pero á esta chica la abraza todo el mundo!)
BERN. ¡El demonio del muñeco!
MEND. ¡Vamos, vamos! Basta de cuestiones. Retírense ustedes.
TULA No llores, mujer. (A Petra.) Ya convenceremos á tu padre.
CONST. (A Serafín desde el extremo opuesto de la escena y con mucho énfasis.) Mejor le fuera á usted estar en la botica cumpliendo con su obligación. ¡Lárguese usted inmediatamente! (A don Ramón.) ¿Eh? ¿Qué tal?
RAM. Muy bien.
SER. (Me suicido. Vaya si me suicido.) (A Constantino.) Deme usted la llave del ojo.
CONST. ¿Eh?
SER. Del ojo de boticario. Necesito el ácido prúsico.
CONST. No puede ser. Eso no se despacha sin receta

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y JIMÉNEZ, luego ANDRÉS, el cocinero con mandil y gorro y toda la servidumbre de la casa

JIM. ¡Señoritos! ¡Señoritos! (Muy alegre.)
TULA ¿Qué sucede?
MEND. ¿Qué pasa?
JIM. ¡Ahí vienen, ahí vienen!
MEND. ¿Pero quién?
JIM. ¡Los nuestros! ¡La gente de tropa! ¿No oyen ustedes las cornetas? (Escuchan todos. Se oye lejano el toque de una banda de cornetas, que se irá acercando poco á poco.)

---

(1) Bernardo, don Ramón, Constantino, Luisa, Ernesto, Petra Tula, Mendoza, Levignac, doña Catalina, Arturo, Enriqueta, Inés y Serafín.

UNOS Sí.
OTROS Sí que se oyen.
MEND. Es el relevo de la guarnición de Palencia.
JIM. ¡Ya están ahí! En la revuelta de la carretera. ¡Madre mía de mi alma! ¡Si me están dando ganas de llorar!
INÉS Vamos, vamos á verles. (*Vase á la puerta del jardín.*)
LUISA Sí; vamos.
ENR. (*A Arturo.*) ¡Qué gusto, cuando mande usted un batallón! (*Banda militar que se acerca.*)
ART. Ya habrá llovido para entonces.
AND. (*A toda la servidumbre, que sale de la puerta del foro derecha y se dirige á la del jardín.*) ¡Corred, chicos, corred! ¡Qué aquí pasa la tropa! ¡Mialos, mialos! (*Todos los personajes, menos Mendoza, Tula y don Ramón, se dirigen á la terraza.*)
TULA ¡Con cuánta amargura oía yo, hace cuatro años, los acordes de estas marchas militares! (*A Mendoza.*)
MEND. ¡Y con cuánta tranquilidad los oimos ahora!
TULA ¡Ay, tío, qué tiempos aquellos!
RAM. No me hables de aquellos tiempos, que me pongo muy triste.
MEND. ¿Porque se acuerda usted de los alojados?
RAM. No. ¡Porque me acuerdo de mi mujer! (*Se dirigen á la puerta del jardín. Fuerte en la banda militar. Mucha animación. Vivas y aclamaciones. Todos los personajes están en la terraza, excepto Jiménez, que se queda en escena llorando.*)

FIN DE LA COMEDIA

# OBRAS DRAMATICAS DEL MISMO AUTOR

¡BASTA DE MATEMÁTICAS! juguete cómico en un acto y en prosa, original.

EL PARIENTE DE TODOS, juguete cómico en un acto y en verso, original.

DESDE EL BALCÓN, juguete cómico en un acto y en verso, original.

LA VIUDA DEL ZURRADOR [1], parodia en un acto y en verso.

EL AUTOR DEL CRIMEN, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

APROBADOS Y SUSPENSOS, pasillo cómico en un acto y en verso, original. (Sexta edición.)

HORAS DE CONSULTA, sainete en un acto y en verso, original.

NOTICIA FRESCA [2], juguete cómico en un acto y en verso (Sexta edición.)

TRAS DEL PAVO [3], apropósito en dos actos y en prosa, original.

PACIENCIA Y BARAJAR, comedia en un acto y en prosa.

CALVO Y COMPAÑÍA, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

PÉREZ Y QUIÑONES, comedia en un acto y en prosa, original.

CON LA MÚSICA Á OTRA PARTE, juguete cómico en dos actos, en verso, original. (Tercera edición.)

TURRÓN MINISTERIAL, apropósito en un acto y en prosa, original.

LLOVIDO DEL CIELO, comedia en dos actos y en verso, original. (Tercera edición.)

PERIQUITO [1] zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA [1], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID! [1], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS [1], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

EL MEDALLÓN DE TOPACIOS [2], drama cómico en un acto y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [1], comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [1], refundida en dos actos.

LA CALANDRIA [1], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE [1], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

PRESTÓN Y COMPAÑÍA [4], sainete en un acto y en verso, original.

PARIENTES LEJANOS, comedia en dos actos y en verso, original.

CARTA CANTA, juguete cómico en un acto y en verso.

ROBO EN DESPOBLADO [1], comedia de gracioso, en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)

LAS CODORNICES, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Quinta edición.)

DE TODO UN POCO [5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

JUEGO DE PRENDAS, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

TIQUIS-MIQUIS, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

¡UN AÑO MÁS![5], revista cómico-lírica en un acto y siete cuadros, en prosa y verso, original.

¡ADIOS, MADRID! refundida en dos actos.

PENSIÓN DE DEMOISELLES[5], humorada cómico-lírica en un acto y en prosa, original.

SAN SEBASTIÁN, MARTIR, comedia en tres actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

PARADA Y FONDA, juguete cómico en un acto y en prosa, original. (Quinta edición.)

BODA Y BAUTIZO[5], sainete en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original.

EL VIAJE A SUIZA[5], vaudeville en tres actos y en prosa, arreglado del francés.

PERECITO, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA ALMONEDA DEL 3.º[1], comedia en dos actos, original y en prosa.

CORO DE SEÑORAS[1], pasillo cómico-lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto (Tercera edición.)

LOS TOCAYOS, juguete cómico en un acto y en prosa, original.

EL PADRÓN MUNICIPAL[1], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LOS LOBOS MARINOS[1], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL SOMBRERO DE COPA, comedia en tres actos y en prosa, original (Quinta edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR[1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL SUEÑO DORADO, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.)

SU EXCELENCIA, comedia en un acto y en prosa, original.

EL SEÑOR CURA, comedia en tres actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

EL REY QUE RABIÓ[1], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Quinta edición.)

EL OSO MUERTO[1], comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

VI-LA-TULA (segunda parte de *Militares y paisanos*), comedia en cuatro actos, escrita sobre el pensamiento de la obra alemana *Reif von Reifingen*.

## OBRAS NO DRAMÁTICAS

TODO EN BROMA, versos de Vital Aza, con un prólogo de Jacinto O. Picón, un intermedio de José Estremera, un epílogo de Miguel Ramos Carrión y ¡nada más! (Segunda edición aumentada).

---

1 En colaboración con Miguel Ramos Carrión.
2 Idem id. José Estremera.
3 Idem id. José Campo-Arana.
4 Idem id. Eusebio Blasco.
5 Idem id. Miguel Echegaray.
6 Idem id. Ramos Carrión y Pina Domínguez.


eso me lo dice en la calle!